



Marian
Izaguirre
La reina
de Chipre

Relatos

DEBOLSILLO

La reina de Chipre
Relatos

DEBOLSILLO

www.megustaleerebooks.com

NOTA DE LOS EDITORES

La reina de Chipre está formado por un conjunto de dieciséis relatos que Marian Izaguirre escribió a lo largo de una década. En 1999 obtuvo el Premio Caja España de libros de cuentos y fue publicado bajo el título *Nadie es la patria. Ni siquiera el tiempo*, un verso de Jorge Luis Borges.

Rescatado tras una difusión escasa y casi dos décadas fuera de la imprenta, los editores, en conversación con la autora, hemos querido darle un nuevo índice y un nuevo título, y dejar esta nota en sus páginas para no llamar a engaño a todos aquellos que tienen la edición de 1999.

LA MUJER DE OGRÓD SASKI
(El viaje)

Cada país no es sino una continuidad de un espacio; del mismo modo que cada día es una continuidad del tiempo que nada tiene que ver con la división, sino con el acrecentamiento.

JOSEPH BRODSKY

LA MUJER DE OGRÓD SASKI

*A las doce y un minuto
una mujer aprende a pronunciar su nombre.
Temblorosa y ausente
sueña que la sueña un rey rojo
para poder así, incansablemente, vivir.*

*A las doce y dos minutos
esa mujer piensa la luna blanca
mientras se desnuda y se viste
incansablemente.*

TERESA AGUSTÍN

Estuve en Varsovia a primeros de octubre. Es un buen momento, porque más tarde, cuando el invierno se acerca, se convierte en una ciudad fría, húmeda, llena de corrientes de aire que pasan sobre el río con violencia.

No obstante, aquella Varsovia soleada y asombrosamente cálida producía una sospechosa sensación de frío. Era una época de cambios. Los países del Este se habían derrumbado sobre su propia fragilidad y por toda Europa Central había una trémula sensación de desconcierto. Los conflictos interétnicos, las pugnas por antiguas reclamaciones territoriales y el resurgimiento de un nuevo nacionalismo voraz y destructor parecían los únicos remedios para paliar la falta de identidad que sucedió a la caída del comunismo. Polonia contemplaba con asombro cómo sus límites con la URSS se transformaban en fronteras con Lituania, Bielorrusia y Ucrania, mientras las dos Alemanias se convertían en una y Checoslovaquia desaparecía de la noche a la mañana. Sólo el mar seguía en su sitio, en el norte gélido de los inviernos, sólo él llamándose del mismo modo, lamiendo el suelo polaco con una lengua salada y húmeda que prometía ser eterna. En tierra firme, las fronteras amenazaban con ser más frágiles que nunca y las gentes parecían estar esperando una señal que les indicara el territorio concreto de eso que llamamos país y que ahora se había quedado un poco hueco, carente de significado. Quizá yo también, durante mi viaje, había percibido una extraña proliferación de espacios vacíos, algo que no puedo explicar muy bien y que me hacía recordar una gran sala repleta de gente desconcertada, en cuyo interior yo sentía palpitar la incómoda sensación de que nadie sabe exactamente cuál es su sitio.

Precisamente fue allí, en las calles de Varsovia, durante esos cortos y extraños días llenos de incertidumbre, donde tuve la impresión de que las personas, igual que las ideas, podían caerse por un enorme precipicio que las sepultara para siempre entre tinieblas y silencio. Y desde ese día también, trato de anotar algunos hechos aparentemente irrelevantes en esos pequeños cuadernos que se amontonan sobre mi mesa y en los que, tiempo después, encuentro con sorpresa mi propia y desvanecida mirada.

No sé si les pasa a ustedes. Cuando viajo mi mente se ordena de otra manera. Desaparecen los códigos de la vida cotidiana y la capacidad de observación se vuelve más permeable, casi esponjosa. Entonces, cosas a las que en una situación ordinaria no prestaría la más mínima atención, adquieren una repentina importancia. Es un momento, luego se pierden sin remedio. Ocurre del mismo modo con las ciudades. Sí, también una calle, la fachada de una casa o el tronco ceniciento de un árbol, todos los pequeños detalles que se pueden observar cuando pasas por lugares a los que no perteneces y, en algún caso, jamás volverás, entran a formar parte de ese gran montón de nada que perderemos irremediamente. Cuando se viaja se está siempre de paso, en un permanente y reconocible tránsito que tiene un significado metafórico muy evidente: viajar es como vivir, una reproducción mimética de la existencia, fugaz, irrepitable y desmemoriada.

La mañana de la que hablo era una de tantas. Me iba de Varsovia en el vuelo de las doce cuarenta. Dejé el equipaje en un rincón del *lugagge-room* y salí a dar un breve paseo. Frente al hotel había un parque y un monumento funerario custodiado por militares. Día y noche había visto arder la luz de una llama y ahora, al acercarme, pude leer en las paredes, sobre el mármol negro, los nombres de aquellos muertos que la ciudad quería recordar para siempre.

El parque estaba brumoso y el cielo ligeramente amarillento. En uno de los senderos de tierra, una mujer joven se paró y llamó a alguien. Por ese gesto me fijé en ella. Llevaba una bufanda de angora tejida a mano y pantalones vaqueros bajo el chaquetón. Su aspecto era agradable. Miré a mi alrededor y no vi una sola persona. El trozo de parque que se extendía ante mis ojos estaba vacío, tan vacío como las ideas que movieron Europa durante la mayor parte del siglo XX, pero la mujer seguía hablando en voz alta, repetía dos o tres frases en polaco y sonreía sin importarle mi asombro. Pensé fugazmente que podía tratarse de una perturbada, aunque deseché esta idea, ahora lo sé, entonces todo fue tan rápido que yo podía haberme olvidado de ello si no llega a ser porque está escrito en uno de esos cuadernos a los que me he referido, justo a continuación de las notas sobre el mausoleo, bajo las frases en las que traté de reflejar mi asombro por esa necesidad humana de recordar a los muertos. La mujer estaba en medio del camino, hablando en polaco. Y yo, según me iba acercando a su lado, consideraba que la escena estaba incompleta, tenía que suceder algo, porque era una mujer que se parecía tanto a mí misma que no podía pensar que estaba allí, sin más, hablándole al aire. Efectivamente, por debajo de un seto salió un precioso perro de color canela y los dos, la mujer y el perro, se alejaron corriendo. Eso la convirtió en otra, le dio un sentido y me hizo reflexionar.

Hay personas a las que conocemos en un momento dado, en la sala de espera de un aeropuerto o en el interior de un autobús, por lo que sea nos fijamos en ellas de forma especial, un gesto, su forma de vestir, a veces una simple prenda como un pañuelo de cuello o una boina gris, las miramos con esa atención somnolienta con la que se miran los árboles desde la ventanilla de un tren porque, en ese momento, forman parte del decorado de un sueño. Todos estos personajes tienen algo en común: están ligeramente descolocados, como si guardaran un extraño equilibrio entre la existencia y el miedo a la muerte, a la desaparición. Son fronterizos, cambiantes, habitan un aquí y un ahora sin antes ni después. Esa es su gran singularidad. Luego, cuando la normalidad vuelve y recuperamos los rostros de siempre, los lugares comunes, y nuestro entorno pierde ese pequeño e inestable hábito de precariedad, los olvidamos.

Después de que la mujer del perro desapareciera, con la eventual intranquilidad del que hace tiempo para emprender el viaje de regreso a casa, recordé por lo menos media docena de personas en las que me había fijado especialmente durante los días pasados en Polonia. La niña que va con una mujer hombruna y sin dientes por Krakowskie Przedmieście; camina a su lado con pasos rápidos y, de pronto, la mujer le mete las manos bajo la falda y ríe con su horrible boca vacía que parece tragarse de un violento bocado la vergüenza de la niña, su sofoco, una reacción repentina en la que me reconozco al doblar el recodo más oculto del pasado. O esa anciana de tobillos hinchados y titubeantes que arrastraba dos bolsas muy pesadas por Konwiktorska, a quien inútilmente intenté ayudar. Pensé que la acompañaba a su casa y ella me invitaba a entrar y yo veía la foto de un joven aviador polaco sobre una mesa oscura, que ella se acercaba sonriente y parlanchina con una taza de té y que yo encontraba muy agradable su incomprensible idioma, me parecía cálido, entrañable y cercano. Pensaba quizá en mi propia madre y en una serie de sentimientos imprecisos que bordean el afecto. Pensaba en todo esto, cuando la anciana me miró a los ojos con un extraño extravío que me hizo dar dos pasos atrás y cruzar la calle en dirección opuesta.

Hay encuentros condenados de antemano al olvido. Pero en el parque de Varsovia, todos estos anónimos seres que habían acompañado mis tiempos muertos en esa ciudad y sobre los que había depositado una mirada atenta existían. Existían con tanta fuerza como el Observatorio Astronómico o el monumento a Chopin, como las casas de colores de Stare Miasto y sus hermosos corredores de madera que cuelgan sobre el río. Como el propio Ogród Saski, el parque de castaños y abedules por el que yo paseaba esa mañana de octubre, cuando tuve la impresión de que si anotaba su presencia en un bloc de notas que había en mi bolsillo, esos lugares y esas personas no se desvanecerían. En un momento, pude recordar a otros muchos, mudos fantasmas depositados en el recuerdo de otras ciudades, y vi nuevamente al hombre de rostro turbado que se paró junto a un roble en Kolómskoye... o la expresión confusa y algo incómoda de Fidel Castro cuando visitó Láncara, la aldea de su padre... a Kumari, la pequeña diosa que espera la menarquia... y a tantos otros, gentes atrapadas por una ráfaga del pensamiento, que se quedan dentro de la conciencia como las hojas muertas en el bosque. La lluvia de otoño las convierte en polvo y un soplo de viento las hace desaparecer.

Entre los castaños de Ogród Saski el sol dibujaba sombras móviles. Pasé ante un banco. Alguien me miró un instante. Me sentí atrapada por esos ojos y, un minuto

después, me invadió una sensación como de muerte, el vértigo de caer por un precipicio oscuro camino del olvido.

Unas horas después me encontraba por fin en casa. Lo primero que hice al llegar fue cambiarme de ropa. Me puse unos pantalones vaqueros y un chaquetón, tomé la bufanda de angora que había olvidado en el perchero y salí a la calle con mi perro. Noté que el cuerpo aún no se había deshecho de la sensación tibiamente desordenada que producen los viajes. A pesar de todo, una curiosa promesa de permanencia flotaba a mi alrededor. Era sumamente agradable encontrar de nuevo el parque sumido en esa suave penumbra, las luces de los comercios al fondo de la calle, el boulevard violeta e indeciso por el que ahora camino con mis bolsas, los años han caído pesadamente sobre mí, ha ocurrido en un instante, mis pies titubean tratando de encontrar el camino cuando una mujer extranjera y joven se me acerca y yo leo en sus ojos el deseo de ayudarme, una especie de calor inesperado, la complicidad de quien ha pasado antes por el mismo trago, y también la vergüenza de algo que no acaba de tener explicación, la tía Anna levantándose las faldas delante de todos y riendo con esa desagradable risa hombruna, su boca sin dientes en la que se ahoga una carcajada asmática, mientras mi voz de mujer adulta cruza el aire de Ogród Saski y repite esa frase en polaco...

LA TROCHA DE MARIEL

No sé si le hablé alguna vez de mi padre. Vivió por la parte de acá, a este lado del pueblo. Su casa daba al camino grande, todavía puede verse el solar, aunque ya no queda en pie casi nada. Se derrumbó un buen día, como él, que también se fue de este mundo hace tanto tiempo que hasta yo lo he olvidado.

Las casas son como la gente. Van dejando ruinas allá donde estuvieron. Mírelas. Cuatro piedras llenas de maleza y ese olor, levemente descompuesto, que me recuerda al almacén de Eusebio Pereira en Holguín. La memoria de mi padre no es más que eso: un resto que aún no desapareció del todo y que las zarzas amenazan con sumir en el olvido.

No tengo muchos datos de su infancia. Usted sabe mejor que yo cómo son las cosas en las pequeñas aldeas. La vida transcurre sin que suceda nada digno de mención, como nos pasa ahora a nosotros, a usted y a mí, que los días se parecen entre sí de tal modo que los confundimos y muchas veces perdemos la noción del tiempo, creemos que han pasado unas pocas semanas y ya va para tres años que llegué a Láncara. Igual debió de pasar con mi padre. De sus años infantiles sólo conservo una imagen húmeda, verde, la imagen de un niño que desprende un fuerte olor a bosta de vaca pisoteada. En fin, quizá todo sea producto de mi cansada imaginación. A veces tengo pequeños problemas de memoria. Usted ya me entiende.

Pues sí. El caso es que mi padre no hablaba gran cosa de sus años mozos en España y, en cambio, le oí contar cientos de historias sobre la guerra de Cuba, la del 95, cuando formaba parte del Ejército Colonial. Era soldado telegrafista, «rayadillo» como les llamaban en la isla a los españoles, por el uniforme de campaña, ¿sabe usted?, que era de una tela que llaman percal y se componía de chaqueta y pantalón rayado en azul claro, aunque en las líneas colonialistas había otras tropas y otros uniformes, como los batallones vascos y catalanes, y los asturianos, que llevaban atuendos típicos de sus regiones en España, a los vascos les decían chapelgorris por las boinas rojas, yo las he visto, conservamos un uniforme de teniente en el Museo de la Guerra, siempre me gustó este museo, no porque yo haya sido también militar, y me haya batido el bronce como el primero, sino porque hay algo en él que me recuerda la época de mi padre, a esos viejos que quedaron en la isla, unos tipos con barba larga que se pasaban el día soñando. A mí, he de reconocerlo, me caían bien los españoles, les tuve ley, eran mejor que los jodidos yanquis, todo el mundo lo sabe en Cuba, a los españoles se les recuerda con respeto a pesar de todo.

Pues como le digo, mi padre contaba muchas historias de aquellos años. Realmente era una guerra de broma, ¿no le parece? Nada, comparado con lo que vino después. El armamento ha evolucionado mucho en un siglo. A veces pienso que los hombres ponemos demasiado empeño en todo lo que tiene que ver con la muerte. Hay que ser viejo, como nosotros, para entenderlo. Fíjese en aquellos años, cuando mi pueblo luchaba por su libertad y el Ejército Colonial basaba su aparato en los viejos fusiles Remington del 69... Más tarde los cambiaron, en la época de mi padre, por el máuser español, un arma resistente que yo mismo he llegado a manejar. Y luego la artillería de campaña con aquellas enormes piezas de retrocarga, cinco mulas había que disponer para trasladar cada una, total para nada, porque los mambises resultaban inalcanzables por cañones y morteros, siempre emboscados en la manigua, que las tropas mambises eran un ejército de hombres invisibles, por no tener no tenían ni uniforme, sólo el sombrero volteado por delante como único rasgo de pertenencia, y tan pronto presentaban combate como iban de forrajeo por los poblados e ingenios sin fortificar. Aquella era una guerra perdida. Con todo, los españoles tenían un contingente enorme en la isla. La Armada disponía de grandes barcos dotados con cañones Hontoria y torres artilleras en las que relumbraba la famosa ametralladora Maxim, que disparaba hasta seiscientos tiros por minuto. A usted eso le parecerá una nadería, pero con ese arma se hicieron grandes masacres entre los independentistas de los pueblos de la costa y en mi país todo es costa, no lo olvide usted, siete mil setecientos cuarenta y seis kilómetros de costas, doscientas bahías y casi trescientas playas, ya sé que le extrañará mi memoria, a veces es infalible, recuerdo datos, números, como esto de las costas, y los nombres de viejos armamentos que se usaron en el siglo pasado y se me olvida cómo se llamaba mi madre, no puedo recordarla, sé que era una buena mujer, que la quise, pero su imagen desaparece de mi recuerdo, se borra, su rostro y su voz, incluso su nombre se va, y me duele terriblemente ver que me hago viejo, porque el olvido es un síntoma inequívoco de vejez, por eso me gusta recordar las cosas que me contaba mi padre.

Él siempre hablaba de la guerra. De *su guerra*. Le sorprenderá a usted que yo le esté contando cosas de cuando aún no había nacido, pero es que siempre me impresionó saber que mi padre había peleado contra el pueblo cubano, contra los verdaderos cubanos, por eso quizá yo hice lo que hice y nunca me encasquillé en el debate y aguanté todo lo que se puede aguantar hasta que no quedó más remedio y tuve que regresar a la tierra fría de la que salió mi padre.

Entre él y yo, entre su destino y el mío hay más de una coincidencia. Señales. Vínculos. Verá, tengo que contárselo para que usted lo entienda.

Ya le he dicho que era telegrafista en las filas del Ejército Colonial. Estuvo en la construcción de la segunda trocha, la que iba de Mariel a Majana. Los españoles querían embotellar al Ejército Libertador en Pinar del Río y se empeñaron en cortar la isla de norte a sur, como en el 68, cuando unieron Júcaro con Morón por medio de una franja llena de fuertes, trincheras, fosos y alambradas. Pero la de Mariel les sirvió de muy poco.

Mi padre contaba que su escuadrón salió de un ingenio que había por Ceiba del Agua, muy cerca de la trocha, uno de esos ingenios de azúcar que los españoles protegieron con empalizadas y fortines, y en él se almacenaban municiones y víveres para las columnas de paso. Este ingenio y otros de los alrededores se abastecían desde el mar, con los barcos que llegaban al Surgidero de Batabanó.

Las tropas mambises no podían hacer nada contra la poderosa Armada española. Pero en la manigua eran los amos. Los españoles no podían operar de noche fuera de los ingenios, porque su sistema de combate era rígido e inadecuado para un país de naturaleza tan exuberante. A los «rayadillos» se los comían los insectos, el paludismo y la malaria. Los mambises, por su parte, eran ágiles, conocían el terreno, eso les valió para hacerse con la victoria, aunque llegado este punto yo nunca quise olvidar la ayuda que recibían del exterior, de los tabaqueros desterrados de Cayo Hueso y Tampa, que Cuba tuvo siempre un exilio, ya ve usted, a mí me hundió la «gusanera» de Miami, siempre hay un grupo de disidentes tocando los cojones desde fuera de la isla.

Ya le digo, los independentistas sorprendían a los «rayadillos» en una emboscada tras otra y las expediciones burlaban la vigilancia de los agentes españoles o norteamericanos —que en esto estuvieron hasta los detectives de la famosa agencia Pinkerton— y no había forma de que se quedaran aislados, que los mambises se reían del bloqueo desembarcando clandestinamente equipos, medicamentos y armas para el Ejército Libertador. Yo aprendí mucho de esta guerra. Las historias de mi padre me sirvieron a mí y sirvieron a mi país durante muchos años, todo ese tiempo en el que fuimos el ejemplo y la esperanza de los pueblos oprimidos, amenazados permanentemente por el criminal acoso imperialista.

En fin, volviendo a lo nuestro, siempre se dijo, mi padre no se cansaba de repetirlo, que los españoles estaban perdidos fuera de sus fortificaciones. Por eso, los mambises procuraban sitiarles en lugares plagados de ciénagas y mosquitos de los que salían enfermos y debilitados. Cuando el escuadrón de mi padre dejó el ingenio de Ceiba del Agua no sospechaban que la trocha sería para ellos un cementerio. Murieron a miles. Las enfermedades tropicales, las epidemias y la fiebre, se les pegaron al cuerpo como carárganos, de modo que los «pozos de lobo», fosos y alambradas de la trocha militar quedaron sembrados de sus propias bajas. Mi padre hablaba con horror de la trocha de Mariel, aunque fue allí donde cambió su destino y donde de algún modo se decidieron, sin que él pudiera sospecharlo, los años más gloriosos de la historia de Cuba, su verdadera Liberación.

Pues sí, en la trocha, mi padre trabó amistad con un civil, un español que era dueño de un almacén en Holguín. Se llamaba Eusebio Pereira y pertenecía al Cuerpo de Voluntarios. Usted no sabrá de qué le hablo. Los Cuerpos de Voluntarios estaban formados por batallones de civiles, españoles residentes en la isla que defendían así sus pequeños comercios y sus fincas de la amenaza independentista. Se cuentan historias confusas sobre su papel en la contienda. Se les hace violentos y sanguinarios, mucho más que las tropas regulares, pues no estaban sujetos a la disciplina militar y practicaban el saqueo, sobre todo los Batallones de Color, no es que yo tenga nada contra los «pardos» o los «morenos», como nosotros, allá en Cuba, les decimos, nadie podrá decir que practiqué la discriminación racial, para mí un negro es igualito que un blanco y, es más, un hombre semejante a una mujer. Lo demostré cumplidamente, creo. Pero bueno, en la época de mi padre, cuando conoció al mencionado Eusebio Pereira, los mestizos y los negros de los Batallones de Color estaban bien separaditos de los blancos, que digan ustedes lo que digan, los españoles siempre fueron un punto orgullosos, que miraban por encima del hombro a cualquiera que tuviera una pizca más de melanina en la epidermis, y total, después que llevo dos años aquí, no veo el motivo del orgullo, que blancos como la leche pero bien pobres y miserables son algunas de las gentes que viven en estos alrededores y muy atrasadas me parecen algunas de sus costumbres, qué diferencia, tendría usted que ver, con el aprovechamiento agrícola de mi país y con la forma en la que se organizan las labores colectivas, la producción y el cooperativismo. Pero bueno, todavía es pronto para este tipo de reflexiones, porque estábamos contando que mi padre trabó amistad con uno de

estos sujetos que se llamaban a sí mismos Voluntarios del Mérito, que su nombre era Eusebio Pereira y que tenía un almacén en Holguín, en la provincia de Oriente. No sé qué le contaría a mi padre, sólo sé que la guerra acabó, los españoles regresaron a su país, y que mi padre, según le oí contar en numerosas ocasiones, pasó un tiempo oyendo la voz de este hombre que le animaba a establecerse en Cuba, hasta que finalmente se decidió a regresar, compró una finca en Birán, en Oriente, y se dedicó al cultivo de la caña y a la cría de ganado.

El tal Pereira le ayudó a establecerse. Cuando yo era niño íbamos a veces hasta Holguín, a verle. En el almacén, un lugar húmedo y oscuro como esta tierra, que siempre olía a vino, aceites y salazón, ellos dos hacían cuentas, mi padre le pagaba una suma que a mí me parecía enorme y luego bebían y recordaban los tiempos de la trocha de Mariel entre risas y guiños de complicidad.

Esos viajes a Holguín duraron un tiempo, luego el español murió y mi padre empezó a mejorar su situación financiera, de modo que llegó a tener una finca de 10.000 hectáreas y poco a poco dejó de recordar su guerra y comenzó a hablar de cosas que estaban más atrás, cosas de sus abuelos aquí en Galicia, como yo ahora, ya ve usted, después de lo que he sido para mi pueblo, le hablo a usted de la guerra de Cuba, unos recuerdos que no me pertenecen y que sólo oí en boca de mi padre.

Ahora que estoy aquí, en el pueblo donde nació, pienso mucho en esa pequeña franja de tiempo: el que transcurrió entre el final de la guerra y su regreso definitivo a la isla. El tiempo que permaneció en su pueblo. Sé que lo vivió como un destierro. Yo mismo me encuentro en una situación parecida. He perdido mi guerra y me han obligado a regresar al terruño familiar. A veces, en las oscuras y húmedas noches de invierno, cuando las luces de la aldea se apagan por completo, me levanto de la cama, me visto el viejo uniforme militar y salgo al camino. Pienso entonces en mi padre y estoy seguro de sus sentimientos. Esta región fría, sin sol, estos lugares tristes, le debieron parecer un infierno después de haber conocido Cuba, su clima, su mar y sus gentes. No sé si podrá creermme, pero en las noches solitarias, cuando voy por el camino del pinar con mi traje de campaña, lo siento todo muy cerca, quizá porque a los viejos nos pasa a veces que no podemos recordar lo que hicimos ayer, a quién vimos o con quién hablamos, yo no sé muchas veces dónde estoy, ni reconozco al señor Manuel y, sin embargo, creo ver por todos lados a mis viejos camaradas, al rocho Miguel, a Turna o al Ñato, disparando sus viejos «máuseres» heredados de la última guerra, la de mi padre, y yo voy con ellos y, mientras peleo en Matanzas, mi hija nace en el ranchón, no la veo hasta mucho tiempo después, una noche sin luna que envió a por ellas, la trae la madre en los brazos y, al verla, el corazón se me vuelve como de azúcar, blando, caliente, y me duele de tanta emoción. Mi hija. La que fue contra mí en los últimos años. Contra su padre. Lo mismo que mi otro hijo, Fidelito, que le tuve que cesar de su puesto en la Junta de Energía Nuclear. Usted no sabe cuánto duele eso. Ver que tu propia sangre te traiciona y que tus hijos se convierten en gusanos. Esas noches que visto de uniforme los recuerdos me pesan en el pecho y sólo deseo olvidarme de todo, como mi padre, que poco a poco fue dejando caer en el olvido la guerra que le trajo a Cuba y el espanto de la trocha de Mariel, yo también quiero quedar sin memoria, así que visto mi viejo uniforme verde y recorro el camino que lleva al pinar, en el frío húmedo de las noches gallegas voy a encontrarme con Ernesto en Playa Girón, o al norte de la Ciénaga de Zapata, voy porque Ernesto me llama a lo lejos y el aire huele a vainilla y a pólvora, y detrás del manglar oscuro y tenebroso suena el estruendo de la Bahía de Cochinos y la voz de todos los que murieron en el 56 me reclama, como a mi padre le llamaba el tal Eusebio Pereira, les oigo gritar mi nombre y las viejas consignas de la Revolución, imagino que estamos en Sierra Maestra o que tratamos de vadear el río para alcanzar el caserío de La Vegueta, y Pombo y Miguel se ahogan como entonces, se los lleva la corriente, ya ve usted qué cosas recuerdo, tan sin fundamento, mientras escucho esas voces que salen por detrás del manglar, todas me parecen la voz de Eusebio Pereira llamando a mi padre, «¡Ángel Castro, vuelve a Cuba!», y la voz recorre la isla entera, desde San Antonio hasta Maisí, todo el pueblo cubano repite la consigna, «¡Vuelve, Fidel, regresa a tu casa!», y entonces yo tengo la certeza de que estaré aquí poco tiempo, como mi padre, y que pronto, muy pronto, ¿sabe usted?, regresaré para siempre.

EL TESTIGO ROJO

*In memoriam Julio Cortázar**A los treinta años de Rayuela, con el asombro incontestable de los que no aciertan a encontrar su lugar**Para Lucía,
la otra Maga*

Cuando llegó a la isla, proveniente de Europa, el calor, la humedad y el sonido del mar que lo llenaba todo, le hicieron recordar las tardes de verano en Punta del Este, cuando aún era un muchacho y los sueños estaban poblados por un misterio húmedo e inconcreto que hacía la vida mucho más interesante.

Había ido a encontrarse con su hijo, el hijo que Lucía y él habían concebido una tarde de otoño, en un sucio hotel de la rue Tournefort, muy cerca de la casa en la que madame Berthe Trépart aseguraba vivir mientras la lluvia resbalaba por su cenicienta cara, un hotel que ya no recordaba siquiera, pero que permanecía escondido en su memoria como una sanguijuela hambrienta.

El muchacho había crecido y él había seguido vagando por París, por los clubes donde todavía hacían buen jazz, por las calles llenas de esos gatos de pelo miserable que ella acostumbraba a acariciar, esas mismas calles en las que jugaban al encuentro cuando aún podían besarse con la boca llena de flores o de peces, a veces sumergidos de lleno en la magia sedosa de una incógnita que surgía de muy dentro, calles de silencio nocturno entre el olor viejo de las emociones y el rumor inquietante de sus propios pasos. París había sido un territorio palpitante, lleno, rotundo. Después ella se fue, se llevó al chico, vagaron por varios países, el muchacho encontró un padre, alguien capaz de desempeñar ese esclavizante papel que reconcilia a los hombres con la sociedad, habían sido felices, eso creía, aunque le resultaba extraño imaginar a Lucía recorriendo las esquinas de Europa, trazando círculos cada vez más amplios en torno a París, porque París seguía siendo el centro de todo, primero Malta, Tánger, Estambul, y luego, a medida que los círculos se expandían y el mar penetraba en ellos, Venezuela, Beirut, Bombay.

A veces pensaba en ella. La imaginaba en ciudades extrañas, bajo el sol radiante, una zona colonial junto al barrio diplomático, era fácil rescatar una imagen suya, una imagen inverosímil, la Maga convertida en una buena esposa, sonriendo en las recepciones en las que unas mujeres caducas se secaban el sudor con un pañuelo de encaje, y ella transformada, venciendo el deseo de salir corriendo, de escapar para siempre, el deseo de regresar a París, como si París pudiera ser una puerta de acceso a lo infinito, era fácil suponerla a punto de ingresar en la deriva y notar un aliento cálido que escapa de su boca en las siestas calurosas, cuando duerme en una espaciosa habitación del trópico, las persianas entornadas sobre la incierta penumbra de su sueño todavía poblado de humo y fósforos usados, la piel contagiada del mismo vapor húmedo que desprendía el Jardín des Plantes los días lluviosos de primavera y el pelo enredado en una vieja canción de Jelly Roll.

También, a veces, pensaba con la misma precisión absurda en el hijo. Le veía crecer entre seres extraños, volverse silencioso y distante, quizá tuviera una enciclopedia ilustrada con animales mitológicos, posiblemente ella le cantara suaves canciones o jugaran, los dos, a esas cosas absurdas y locas que la Maga inventaba de continuo, a veces los tres juntos, el falso padre, ese simulacro de sí mismo que recomponía su propio futuro como si se tratara de un jeroglífico, lo que hubiera debido ocurrir, el papel que él tenía que haber cumplido, un hombre seguro de poder afrontar las responsabilidades allí donde él se sentía ahogado por una opresión de incertidumbre que era capaz de tumbarle en medio del ring, así los tres, instalados en el asiento trasero de un Chevrolet, cruzando la ciudad hacia Ensanche Piantini, ellos tres compartiendo la misma sonrisa, mientras los vendedores de mangos les miran torvamente y las sicas asoman sus hojas verdes por los jardines.

El hijo era lo peor de todo. Lo peor de la separación, de los años, del abandono. El hijo era un testigo rojo entre manchas negras, algo que se repetía de cuando en cuando y se adueñaba del recuerdo, algo que buscaba siempre la continuidad de su vida y acababa por remontarse a los comienzos, en Punta del Este, cuando Buenos Aires quedaba desierto y se producía una misteriosa travesía de la que siempre regresaba con la certeza de haber dejado atrás la infancia. Allí, en el recuerdo confuso de los veranos de Punta del Este, era donde el hijo encontraba su mejor acomodo, penetraba sin permiso entre sus propios recuerdos, los de su adolescencia, se recostaba silencioso y desconocido sobre la historia y se dejaba mecer por una evocación imperfecta, llena de fantasías. Era todo cuanto tenía de él, imágenes borrosas estallándole en el cerebro y una estúpida sensación de desconcierto por toda la cabeza. No se habían visto nunca. Él jamás le había escrito. Por eso le resultaba fácil creer que no existía y recrear, al mismo tiempo, su presencia constante entre los brazos de Lucía.

Ahora París estaba lejos, al otro lado, fuera del mundo, porque el mundo era esto, la habitación del hotel Sheraton frente al malecón, un muchacho que vendía cocos en un pequeño carro, los casinos, un Tom Collins en la mano, el cielo deslumbrante y cálido como un aliento de gigante, y él, él también en la isla, en una ciudad desconocida a la que había ido para encontrarse con su hijo.

Se sentó en el bar de la piscina y contempló durante largo rato a un grupo de norteamericanos que jugaban en el agua. Siempre le fascinaba comprobar que algunas personas se comportan eternamente como si aún fueran adolescentes y que para ellos nunca termina la saltadera y el griterío de los muchachos cuando se meten en una pileta. A las cuatro, tres horas antes de su cita, salió caminando del hotel. Un negro con el torso desnudo segaba lentamente la hierba de un pequeño parterre junto a la acera. El Caribe le pareció un pozo azul que alguien había recortado de una postal y luego había sido pegado en los bordes de la ciudad, sin ningún esmero, y acarició la sospecha de que el agua podía llegar a coagularse en cualquier momento. Reflexionó sobre este aspecto del mar, un plano inclinado que se volcaba sobre el malecón, y cuyo extremo más próximo quedaba envuelto en una absoluta invisibilidad. Nunca había visto una cosa así. Era un efecto óptico que parecía surgir de una extraña posición aérea. Exactamente de la misma forma que se pega la corteza terrestre en las ventanillas del avión cuando se inclina sobre una de sus alas, el Caribe se pegaba a los ojos con engañosa insistencia vertical. Caminó durante un buen tramo por la avenida Abraham Lincoln y contempló sin interés las vallas publicitarias que anunciaban el ron Bermúdez y la compraventa de bienes raíces, algo que no consiguió entender, aunque por otra parte le importaba bien poco, lo miraba todo como si tuviera la esperanza de que los datos se iban a organizar en su cabeza por mera casualidad, sin necesidad de que él hiciera el más mínimo esfuerzo. Recorrió un par de kilómetros más, hasta que alcanzó la gasolinera de Villa Juana y se arrimó a la barra del bar, donde una muchacha le preparó el segundo Tom Collins. Los talleres de reparación ocupaban toda la calle y los viejos Buick se amontonaban a lo largo de las aceras. Un viejo pasó arrastrando un carro de refrescos y la camarera le sonrió varias veces entornando sus pesados párpados.

Quedaba poco tiempo. En el puente Duarte tomó un taxi. Recorrieron una gran avenida y luego se adentraron en el barrio colonial, donde los patios dejaban sus puertas abiertas y los habitantes deambulaban por los corredores con cierto desmayo, como si ellos también arrastraran el peso de los años. El chófer paró en una calle estrecha y pocos minutos después emprendió la marcha, dejándole sudoroso y confundido por la idea de que faltaban tan sólo unos minutos para que el viaje tuviera sentido y veinte años de historia quedaran engarzados entre los entresijos de una explicación razonable, una explicación que, por otra parte, él no se sentía capaz de ofrecer a nadie.

Una mujer le miró sin curiosidad desde el interior de una casa. Reparó en la penumbra que envolvía la estancia y en la figura de un hombre grueso, ataviado con una camiseta de tirantes y un pantalón de pijama. En la puerta había una placa de latón: NEFTALÍ GÓMEZ, ABOGADO, y al lado, sobre la pared, un letrero: ENTRADA DE VEHÍCULOS LIVIANOS. Pensó nuevamente en el hijo, ahora como si lo tuviera delante, visualizó su posible rostro anticipándose al encuentro, y se sorprendió de que le resultara asombrosamente familiar, los dos mirándose extrañados, los ojos del hijo velados por algo que podía ser emoción, acaso no, acaso fuera el mismo brillo que siempre tenía la mirada de la Maga en el pont des Arts o su eterna predisposición al llanto que surgía sin saber por qué, siempre las lágrimas atrapándole por sorpresa, la culpabilidad reflejándose en ese espejo oscuro que eran sus ojos, y ahora ahí otra vez, otra vez la sensación de malentendido, o de haber prolongado indefinidamente ese París que era una metáfora, para darse de bruces con un extraño que decía ser su hijo.

Caminó unos metros y llegó a una pequeña plaza. Los pájaros alborotaban en la copa de los árboles. Recordó que Lucía le había escrito una vez, durante años le mandaba largas cartas sin respuesta, seguramente para que él supiera del hijo, se las enviaba desde lugares lejanos y siempre describía un trozo de realidad invisible, algo que sólo ella era capaz de ver. En una de esas cartas, la última, le contó cómo era el olor del río en San Pedro de Macorís, descompuesto y cálido como algunos recodos

del Sena, y el estrépito de las garzas cuando venían al atardecer, porque las garzas anidaban en la boca del río Chavón, justo ante sus ojos desmayados por la terrible voracidad contemplada en La Ciénaga o el desconcierto de un cauce seco cubierto de basura que recorría el Hoyo Chulín, barrios miserables por los que todavía le gustaba caminar contemplando a los muchachitos harapientos, los vendedores de mavisés y guarapo de caña que atravesaban las calles, las mujeres fatigadas junto al conuco en los pueblos del interior, todo le seguía asombrando mientras las garzas se adueñaban de los árboles a pocos metros de las grandes villas, mientras ella y el chico se dejaban arropar por la confortable situación de amparo que la vida finalmente les había proporcionado, la Maga se sorprendía con el recuerdo de sus orígenes en Montevideo y no podía renunciar a ver toda esa pobreza, es demasiado inmensa, decía en su carta, porque la Maga era así, generosa y descontrolada con las emociones, estaba atada al pasado y no era capaz de sacudírselo de encima, aunque todo hubiera cambiado tanto, ella se dejaba llevar por el ruido de sus propios pasos en el tiempo y nada, nada era capaz de apartarla de las calles y de la gente, ni siquiera las garzas cuando llegaban entre los cañaverales para adueñarse de un paisaje verde y limpio cerca del cielo, como si fuera un sueño, había dicho ella, un sueño que no puede borrar los días de Montevideo, ni París, no puede deshacer las presencias que están del otro lado porque sólo es belleza sin alma, una pasión inútil que no tiene la capacidad de conmové.

En la pequeña plaza el tiempo se había congelado. Sabía que la casa se encontraba a pocos metros, pero el cuerpo no le obedecía y continuó parado bajo los árboles, bajo los pájaros, pensando en todo eso y en las garzas del río Chavón.

Cuando llegó al hotel pensó que le gustaría escuchar una canción de Eddie Lang. Hizo las maletas con calma y después se tumbó sobre la cama, esperando la hora del vuelo. Trataba de no pensar en nada, pero era difícil mantenerse flotando sobre el vacío, en cualquier momento podía precipitarse hacia algún siniestro hueco en el que le escocieran las heridas. Había decidido no verle, eso era todo. Una pasión inútil, había escrito Lucía en su última carta. Y era cierto. Para él, al menos, era totalmente cierto.

El piloto hizo inclinarse al aparato hacia la derecha y el mar surgió tras la ventanilla. Un plano inclinado que parecía totalmente irreal. Pensó, con desgana, en la posibilidad de tomar otro Tom Collins y en París que, curiosamente, cada vez se encontraba más lejos.

POR LAS HÚMEDAS CALLES DE ROMA

A Rodrigo

El año en que mis padres se separaron mi madre decidió llevarme a Roma. No sé por qué tomó esa decisión ni sé cómo se sentía realmente. Yo estaba como ciego, tenía bastante con lo mío, con mi propia desventura. El mundo se abría en mil pedazos, de pronto era un lugar inhóspito y plagado de peligros. Nunca mis miedos fueron tantos y tan grandes, y nunca me he sentido más desprotegido que durante ese oscuro verano.

El caso es que mi madre, después de unos meses turbios en los que trató de mantenerme al margen, sin lograrlo, porque la sombra de la catástrofe se instaló clandestinamente entre las cuatro paredes de mi habitación, mi madre, como digo, compró dos billetes de avión para Roma y reservó dos habitaciones en un pequeño hotel cerca de la estación de autobuses.

Creo recordar cómo era en aquella época. Nunca ha cambiado gran cosa, a decir verdad. Una mujer pequeña, rubia, con el cabello corto y un aspecto casi adolescente. Ella debía de tener entonces veintisiete o veintiocho años. Yo tenía diez. Nunca conseguimos parecer madre e hijo. Esa es, quizá, la causa de que nuestras relaciones sean como han sido. En Roma me parecía más pequeña, más menuda. Su imagen, su cuerpo moviéndose a mi alrededor con unos pantalones blancos y una fina camisa de algodón rosa, lo llenan todo en mi memoria. No recuerdo nada de la ciudad. Apenas guardo imágenes del escenario de nuestras vacaciones, pero tengo totalmente vivas las sensaciones, los sentimientos con los que tuve que pelearme durante los días y las terribles noches insomnes de aquel desconcertante mes de agosto.

Según llegamos a Roma, en nuestro primer recorrido por la ciudad, me lo dijo. Hacía mucho calor. Un calor pegajoso y húmedo, desagradable. Habíamos visitado el Coliseo y yo quería subir en un tranvía. Era una situación rara, turbia, preñada de extrañeza. Ella y yo solos, sin mi padre, tomando nuestras propias decisiones y sintiendo, al mismo tiempo, el hueco vacío que había a nuestro lado. Ella lo sentía también. Siempre he tenido esa certeza. Era como si no pudiéramos decidirnos del todo, como si no estuviéramos en el lugar que nos correspondía. Queríamos comer y dudábamos entre la pizzería y el restaurante, queríamos descansar y no sabíamos si tomar un helado o sentarnos en las viejas sillas de hierro de un café al aire libre. Siempre parecíamos esperar una tercera opinión, a una persona que no estaba allí, pero que reclamaba su espacio. Éramos como algo que está sin terminar, una de esas figuras que se mueven inquietas en la boca del metro, consultando a cada minuto el reloj, y que transmiten, si uno las mira durante el tiempo suficiente, una tremenda angustia por la espera que sufren, hasta que se hace insoportable y acabamos deseando que la cita llegue a buen fin y aparezca de una endiablada vez el otro esperado. Creo que yo deseaba ver aparecer tras una esquina de Roma a mi padre. Entonces, en ese primer paseo, a la salida de una de las galerías de acceso al Coliseo, un lugar terroso y maloliente según creo recordar, me lo dijo. Me tomó por un brazo, hizo que me detuviera, me colocó suavemente frente a ella, el sol le dio de pronto en la cara y yo vi que tenía unas pequeñas gotas de sudor bajo el nacimiento de su cabello rubio, unas gotas diminutas, inapreciables, redondas y firmes que surcaban la frente en sentido vertical. Su rostro caía, por entonces, a la altura del mío. La voz le salió serena, con una extraña tranquilidad neutra y cálida al mismo tiempo.

—A partir de ahora será siempre así —dijo muy despacio—. Hay que acostumbrarse.

Luego, me pasó una mano por el hombro y me hizo emprender de nuevo la marcha, quizá para no ver las lágrimas en mis ojos de niño, y añadió:

—No será difícil, ya lo verás.

Desde ese momento la ciudad se enturbió como unos prismáticos a los que se les va el foco.

Pasé los días tratando de digerir nuestra nueva situación y las noches agitado por una inquietud y una sensación de soledad y abandono que me impedía conciliar el sueño y que resucitó los viejos terrores nocturnos que recordaba vagamente de otros tiempos. Cada vez que me adormilaba despertaba sobresaltado por una sensación de vértigo. Soñé varias veces lo mismo. Yo era muy pequeño, casi un bebé. Estaba sobre una superficie satinada. De pronto, empezaba a crecer rápidamente, el plano se abría para hacer visible mi nuevo tamaño y descubría también el soporte que me sostenía, una simple hoja de papel, una vieja fotografía en blanco y negro en la que estábamos los tres sonrientes y mirando a la cámara. Yo seguía creciendo y, sin ningún aviso, la fotografía se rasgaba separando la imagen de mi padre. Perdía el equilibrio, corría hacia el otro lado en el que ya sólo quedábamos mi madre y yo, pero la foto se rasgaba de nuevo y me precipitaba tambaleante en el vacío. Era una sensación espantosa y atroz, que me llenaba la garganta de un ardor agudo y áspero, como el rescoldo de un grito estrangulado a medio camino.

Y, a pesar de todo, la frase de mi madre había comenzado a cambiar las cosas. Cuando el miedo me atenazaba en la oscuridad del cuarto del hotel y sentía el deseo de llamarla a mi lado, algo más fuerte que yo me impedía hacerlo. Era su imagen, su rostro con la frente perlada de sudor, diciendo aquella frase que en principio me pareció tan cruel y que poco a poco terminaría por aceptar y comprender. En la penumbra de mis noches romanas, con las ráfagas de luz que se filtraban por las rendijas de la persiana y el insistente rumor mortecino que la ciudad vomitaba sobre sí misma, imaginaba a mi madre en su cama, despierta también, en manos de algún secreto terror intransferible y tratando de afrontar una nueva vida llena de interrogantes. Entonces me sentía mejor y, no sé por qué extraña razón, siempre pensaba que ella y yo teníamos la misma altura y que era capaz de ver el sudor en la parte alta de su frente.

Los años pasaron rápido y nada fue tan terrible como el verano parecía anunciar. Me hice mayor, mi padre y ella siguieron formando parte de mi vida por separado, pasaron a ocupar un espacio distinto al que habían ocupado hasta entonces y a representar un papel nuevo, ligeramente escorado, pero en el que los afectos permanecían inalterables, milagrosamente vivos. Desde entonces, desde nuestra estancia en Roma, siempre tuve la sensación de que yo podía servirles de algo si las cosas no iban bien del todo, que los dos, pero sobre todo mi madre, eran también vulnerables y que en algún momento podían llegar a necesitarme.

Hace pocos días cumplí cuarenta y cuatro años. Una semana antes había muerto mi madre, de repente, sin que fuera posible predecirlo ni evitarlo. Cuando la vi en la cama del hospital tenía en la frente unas pequeñas gotas de sudor, apenas visibles. Me acerqué y pensé, después de mucho tiempo, en nuestro viaje a Roma. Nunca he vuelto a esa ciudad. Apenas la recuerdo. Pero la veo a ella como era entonces, paseando con un niño de diez años por unas calles desconocidas en las que ambos tratan de dominar el miedo y tengo la sensación de estar viendo una vieja película gastada por el tiempo, que todavía posee el inquietante poder de emocionarme.

KUMARI, LA DIOSA VIVIENTE

A comienzos de los años setenta, cuando Kathmandú era uno de esos paraísos posibles que luego se extinguieron suavemente, como si se tratara de un sueño arrebatado por la luz de la mañana, alguien me contó esta historia.

Lo recuerdo muy bien. Era un sueco, alto y rubio que se llamaba Jan. Llevaba una serpiente viva en un saco de lienzo y le daba de comer pequeños ratones y lagartijas que él mismo cazaba. Se alojó durante un par de semanas en mi casa. Isabela, la serpiente, se enroscaba a nuestros pies y yo encontraba cierto placer en acariciar su lomo curvo y seco, mientras el sueco contaba lo que entonces me pareció una prodigiosa invención y que ahora, pasados tantos años, debo reconocer como un acontecimiento sujeto a la inevitable corporeidad de lo real.

Tengo ante mí un grueso cuaderno de papel de arroz. Las tapas están forradas con una tela de algodón, similar a las que sirven para confeccionar esas pequeñas gorras que llevan los hombres en Nepal. En cada hoja hay una rudimentaria estampación en oro de los ojos de Buda, tal como pueden verse en la stupa de Swayambunath, inquietantes y magnánimos, con el misterioso símbolo «ek» a modo de nariz. La estampación preside el ángulo superior izquierdo de cada uno de los pliegos cosidos entre sí por un cordoncillo blanco que sobresale a veces del lomo y que produce el efecto de que alguien ha arrancado cuidadosamente alguna de las hojas. Nada más abrirlo se lee en tipografía occidental: LOKESHOR. Writing Pad. Kathmandú, Nepal. Y después, en caracteres hasta hace muy poco para mí indecifrables, la siguiente frase escrita con tinta ligeramente azulada: Esto sucedió en Patán, la antigua Lalitpur, la ciudad de los mil templos, la de los tejados dorados, el lugar que se conoce como «la eternidad», bajo los ojos semientornados de Buda, y ocurrió porque la ciudad de Kathmandú robó a Patán uno de sus tesoros y porque la envidia de los dioses a veces es superior a su magnanimidad.

Hace cinco años que se llevaron a Shabkhan a la morada de los dioses. Cada vez falta menos para que regrese. Yo la sigo esperando.

Hoy, al amanecer, he despertado bañado en sudor. El sol se elevaba sobre el valle. Al oeste de Kathmandú, sobre la stupa de Swayambunath, unas grandes nubes negras oscurecían el horizonte. Mi corazón estaba también en tinieblas. He crecido. Ya soy un hombre. Por eso me parece más grande su ausencia.

Hay días terribles como el rostro honorífico de un dios. Precisamente hoy, a las diez de la mañana, mi padre me anunció que debo casarme. Hará venir a la muchacha de Bhadgaon y yo deberé aceptarla porque de lo contrario la vergüenza cubrirá para siempre el honor de mi familia. He dejado la casa y he recorrido las calles adornadas con farolillos y guirnaldas. Es la fiesta anual del Rojo Machhendranath. Todos parecen felices. La ciudad entera está volcada en un desconcertante júbilo que no puedo entender, porque fue, precisamente en un día como este, cuando se la llevaron.

Shabkhan y yo hemos nacido en Lalitpur, la ciudad de los mil tejados de oro. Es la antigua capital del reino y el lugar más hermoso del mundo, pero desde que ella se fue un velo de tristeza la cubre por completo. Ya no vive aquí. No puede ver los patios empedrados del viejo palacio, ni las *chaityas* repletas de reliquias y ofrendas que rodean el camino de Kathmandú. En su nueva morada, Sabkhan habrá olvidado el color de los campos de mostaza y el verde profundo de las colinas que rodean el valle. A veces temo que pueda olvidarse también de mí, que el tiempo ciegue sus ojos con un velo de plomo y que todo lo anterior perezca en la hueca oscuridad del olvido.

En Lalitpur nuestras casas estaban cerca del viejo monasterio de los budas meditativos. Desde las ventanas del piso más alto podíamos ver el Kwa Bahal, escondido en el interior de un patio, y sus tejados de bronce dorado que brillan intensamente al atardecer. Muchas veces subíamos a las terrazas, donde el sol atraviesa la madera tallada y crea mil figuras entre las sombras, y allí, en la penumbra, nuestros rostros el uno cerca del otro y nuestros alientos uniéndose en el aire, yo le decía que la ciudad era un cofre repleto de riquezas. Por las noches, sobre todo en la estación de los monzones, cuando la humedad entra en las casas y el calor hace difícil el sueño, bajábamos a la plaza con los otros niños y jugábamos en la oscuridad. Ella era mi amada, nadie se atrevió nunca a discutirlo. Durante nuestros juegos infantiles nos desposamos una infinidad de veces, convencidos los dos de que nada era más fuerte que aquel compromiso que nos unía para siempre. Ahora dicen que nunca podré casarme con ella, dicen que ningún hombre debe atreverse a desposar a Kumari, la diosa viviente.

Cuando se llevaron a Shabkhan ella tenía seis años y yo diez. Durante todo el invierno los mensajeros de la Kumari Ghar recorrieron el reino buscando con desesperación una candidata. Shabkhan, como yo, pertenece a la casta de los plateros reales. Esa fue nuestra gran desgracia, nuestra perdición, porque los estudiosos de las Cuatro Verdades eligen con sumo cuidado entre las hijas de los Sakya, los orfebres budistas que habitan sobre todo en la vieja ciudad de Lalitpur, y seleccionan a las que reúnen las mejores cualidades para ser diosa viviente. Su rostro ha de ser hermoso y en su cuerpo no debe existir imperfección alguna, ninguna cicatriz o lunar que lo afee. Kumari debe ser igualmente bella por dentro. Valiente, bondadosa, inteligente y diestra en las bellas artes, es la perfecta encarnación de Taleju Bhawani, la deidad que adoraron hace mucho tiempo nuestros mayores, cuando el mundo estaba cubierto de agua y los corales crecían en el fondo del valle de Kathmandú. Por último, Kumari ha de ser impúber. Será diosa hasta que la primera sangre fluya de su cuerpo. Luego la dejarán libre.

Siempre ha sido así. Desde hace trescientos años, cuando el rey Maya Jaya Prakash instauró el culto, los sacerdotes examinan con atención a las candidatas y las someten a las más difíciles pruebas de valor e inteligencia. La elegida será llevada a la Kumari Ghar o casa de la diosa viviente y allí vivirá apartada de todos hasta que llegue para ella el día señalado.

Yo temía por Sabkhan. Sabía que no podía existir ninguna más hermosa y que su carácter era capaz de colmar las aspiraciones del corazón más exigente.

Sucedió durante la celebración del Machhendranath, en el mes de mayo. Dicen que Machhendra guarda el valle de Kathmandú y que su rostro rojo concede la abundancia y la felicidad a sus habitantes. Para Sabkhan y para mí, la fiesta del Machhendranath fue el comienzo de la desgracia, el dolor y la desesperación. No nos sirvió de gran cosa.

Recuerdo que era una tarde calurosa y sofocante. Los hombres llevaban al dios dentro de ese gigantesco cono de ramas que mide más de cuatro pisos y que se desplaza peligrosamente de una pared a otra entre los gritos jubilosos de la multitud. La fiesta dura varias semanas en las que el dios guardián de nuestro valle viaja en su espectacular carro, de barrio en barrio, de calle en calle. Por la noche se detiene y los vecinos del lugar hacen sus ofrendas y rezan sus plegarias. Esa tarde, el carro del Rojo Machhendranath llegaba a la plaza Sundhara, lugar en el que se encuentran nuestras casas. Muy cerca, el templo de los mil budas trataba de competir con él en dignidad y altura. La gran torre de barro del templo reverberaba en la deslumbrante luz de poniente y las imágenes de terracota que cubren sus paredes se confundían con el cielo rojo como un rubí. Sabkhan estaba más hermosa que nunca. Llevaba su sari verde, el collar de turquesas y coral que le dieron al nacer y diez pulseras de vidrio a lo largo de cada brazo. La nariz perforada por un pequeño brillante que su padre había engarzado para ella y los ojos rebosantes de una alegría limpia y transparente como el agua cuando baja de las cumbres. De aquel día recuerdo, sobre todo, la sensación de dicha que me invadía al contemplarla. He guardado conmigo cada detalle de su atavío y cada uno de los gestos que entraron por mis ojos. Me sentía rodeado de una curiosa transparencia que me hacía pensar en mi propio cuerpo como algo inexistente y esta embriagadora sensación me rodeaba por completo, igual que el aire cuando viene del norte, envuelto en un rumor de nieves eternas. Así la recuerdo. Sé que no me engaño. Sabkhan me parecía la esencia de lo que permanece a través del tiempo. La había visto crecer día a día y siempre, desde que mi memoria alcanza, oí a nuestros padres hablar de matrimonio. Era, pues, mi destino: seguro y placentero, como el sueño de Buda sobre la flor de loto.

En la fiesta del Rojo Machhendranath el barrio de los orfebres estaba adornado con guirnaldas de colores y sobre el rostro de los leones que guardan la entrada del templo habían puesto una gran cantidad de polvo rojo. Sabkhan también llevaba tika en la frente. Cuando el carro de Machhendra llegaba a la plaza, cientos de personas invadieron las calles. No se podía dar un paso. Los vendedores de té y maíz instalaban sus carros junto a los puestos de flores y guirnaldas. La muchedumbre rompió

nuestra paz y yo tuve, por primera vez, miedo a que alguien pudiera arrebatarme de mi lado. Era un miedo irracional, pero así y todo le propuse que nos fuéramos lejos, los dos solos. Ella accedió como siempre a mis deseos. Nos alejamos hacia el viejo molino de arroz. Hacía mucho calor y Sabkhan corría cogida de mi mano. Cuando entramos en el molino, una bofetada polvorienta nos golpeó en el rostro. Estaba oscuro. Su pequeño cuerpo se apretó contra el mío. Era frágil y cálido. Le dije que ya estábamos casados, que podíamos hacerlo. En el suelo del molino, entre los sacos de arroz acaricié a Sabkhan. Mi cuerpo se estremeció. Aún ahora, en la noche, me despierto con el mismo sentimiento que tuve entonces por primera vez. Al crecer se ha hecho más fuerte y poderoso y yo he aprendido a doblegarlo. Pero ese día me desconcertó en lo más profundo y me pareció que algo muy importante estaba sucediendo. Tuve la impresión de que el pequeño cuerpo de Sabkhan hacía arder mis entrañas y que un fuego invisible se aferraba con violencia a ese punto por el que me mojaba con un placer desconocido y turbador. Sabkhan se burló de mí, pero no me importó, el descubrimiento era maravilloso y yo sabía que esa desconcertante sensación era el comienzo de mi madurez. Acortaba prodigiosamente el camino que nos separaba de la unión total y definitiva.

Regresamos al lugar de la fiesta. Me sentía feliz, inundado por una profunda calma. Mi cuerpo se encontraba relajado, sin fuerza, y mi mente parecía flotar entre las nubes de Pokhara. Apenas vi a la madre de Sabkhan acercarse, tomarla de la mano y llevarla a la casa donde los sacerdotes de la Kumari Ghar esperaban.

Todo se hizo en secreto. Se llevaron a Sabkhan por la noche, sin que yo tuviera la oportunidad de verla por última vez. Durante todo este tiempo he sufrido su ausencia. Cada día, en cada instante, el recuerdo de Sabkhan estremece mi cuerpo y recorre mi sangre. Está dentro de mí.

Hoy he cruzado el río Bagmati y he llegado a Kathmandú cuando el sol ya estaba en lo alto. Apenas nos quedan unos días. Mañana llega la muchacha que mi padre ha hecho traer para mí desde las montañas. No quiero verla. No quiero ver a nadie más que a mi amada Sabkhan. Pero mi familia ha tomado su decisión. Dicen que no puedo desposar a la que ha sido Kumari, que eso nos deparará una gran desgracia a todos y que me causará la muerte temprana. Yo sé que no es cierto.

Mi hermana menor ha sido mujer este último verano. Tiene un año menos que Sabkhan. Pronto encontrará marido entre los jóvenes Sakya y yo creo que a nosotros nos asiste ese mismo derecho.

En las calles de Kathmandú hay una especie de conmoción invisible, un rumor enterrado tras las piedras de los templos que resbala lentamente sobre toda la ciudad. Quizá se trate de mi propio temor. Al pasar por delante de Hanuman, el dios mono, he depositado a sus pies una plegaria escrita sobre un pequeño papel y lo he cubierto después con semillas de mijo. Necesito su ayuda. Es mi última oportunidad. Dentro de unos días nadie podrá hacer nada por nosotros.

La casa de la diosa viviente estaba abierta. He aguardado junto a la fachada de estuco, bajo su ventana. Cuando uno de los sirvientes se asoma le doy unas rupias y la carta.

En el patio hace mucho calor. Los niños juegan junto a los leones de la entrada. Una pequeña, con los ojos exageradamente pintados de kajal, se acerca y me dice: «Soy Kumari, soy Kumari». Luego comienza a tirar piedras contra las ventanas de madera tallada.

Al rato se oye un extraño alboroto en el interior de la casa. Los gritos y las carreras dejan oír una voz alarmada al otro lado de la puerta:

—¡Avisad al médico de Juddha Sadak! ¡Kumari pierde mucha sangre!

Doy gracias a Hanuman por atender mis ruegos. Sabkhan pierde sangre. Ahora es cuestión de días. Le darán su dote y la dejarán libre.

Pude verla por última vez.

La llevaban en un carro cubierto de flores. Nada más cruzar la puerta de los leones, Sabkhan levantó la mirada hacia mí, como si secretamente supiera dónde me encontraba. Entre toda la confusión de joyas y ropajes yo sentí el amado destello de sus ojos. El corazón me dio un vuelco en el pecho. Creí que una cobra me había mordido dentro. Ella entonces quiso bajar de su trono y los guardianes del culto se lo impidieron. Los pies de la diosa viviente no deben tocar el suelo. Pude ver las gasas rojas de sangre y el tono apagado de sus mejillas. Sabkhan lloraba débilmente y yo la llamé una y otra vez hasta que desapareció.

Dicen que fue mi carta, la carta en la que le contaba mi próxima boda, lo que la obligó a producirse las heridas. Dicen que fue ella la que se arrancó la vida. Yo creo que Hanuman acudió a verla y que, celoso de su belleza, me la arrebató.

Todavía la recuerdo. A veces entro en el viejo molino de arroz y revivo una extraña sensación. La veo con su sari verde, alegre y feliz en la fiesta del Rojo Machhendranath, y me conmuevo con su inocencia. Luego recorro las calles de Lalitpur y observo cómo va cambiando todo en nuestra querida ciudad. Presiento que Sabkhan se sumerge en el fondo del tiempo y desaparece en un placentero reino de agua y coral en el que habitan desde siempre nuestros dioses.

Hasta aquí el contenido del cuaderno. Está escrito en su totalidad, muy apretadamente hacia el final de la última hoja. Ahora sé que el autor utilizó la lengua franca de los Gurkas, el nepalí, aunque existen, a lo largo del texto, diversas expresiones en newar, el idioma propio del valle de Kathmandú, y algunos confusos términos de origen sánscrito que mi traductor asegura desconocer. Hay también cierto número de párrafos definitivamente perdidos a causa del poder de absorción del papel de arroz que ha convertido la escritura en un grueso borrón de tinta azul en el que resulta imposible reconocer una sola palabra.

Durante casi veinte años ha permanecido en uno de los cajones de mi escritorio. Inédito y misterioso, ha dormido el largo sueño de los objetos abandonados. El sueco se fue una mañana de enero, creo recordar que se dirigía a las montañas de Ketama. Al despertar encontré junto a mi cama el saco blanco de lienzo en el que guardaba a Isabela. Estaba ligeramente abultado. Lo abrí temiéndome lo peor. Una hermosa serpiente sin dueño, por ejemplo. Pero en el interior del saco había tan solo un grueso cuaderno de papel de arroz. El mismo que ahora sostiene mi mano y en el que está escrito lo que entonces me pareció una historia totalmente inverosímil.

ISLA KAMPA

Llegué a Praga con un único objetivo: entrevistarme con Josef Sedek. Después de tantos años, el viejo Sedek seguía vivo y era necesario saber qué intenciones albergaba. La ciudad me sorprendió con un clima benevolente y apacible que yo no esperaba encontrar a esas alturas del otoño. Recordaba vagamente las calles mal iluminadas y la vista de las incontables torres verdes que se podían contemplar desde los alrededores del castillo. Viejos campanarios góticos, destellantes cúpulas barrocas y tejados de hierro forjado que habían resistido el impacto de la metralla y resurgido milagrosamente de la destrucción.

Ví que todo seguía en su sitio: el río cruzado por sus quince puentes, las casas burguesas de Parížská y Jáchymova, construidas después del saneamiento del barrio judío, y la colina de Vysehrad con sus muertos ilustres descansando plácidamente entre los abedules. En la ciudad vieja, cerca de Malé Námeští, la casa donde fue detenido Novák seguía también en pie. Una mujer, en lo alto de un andamio, restauraba las pinturas del friso renacentista. El mundo era otro, la historia se había deshecho de sus propios recuerdos y, sin embargo, Praga seguía intacta.

Esta certeza sirvió para que aumentara mis precauciones respecto a Sedek. Él también podía encontrarse sometido a esa especie de nostálgico embalsamamiento que conserva milagrosamente las cosas a través del tiempo. Podía, por tanto, resultar ahora más peligroso que nunca.

Encontré su pista entre los bastidores de un mortecino centro de investigación que dirigía una extraña mujer llamada Anna Schaverova. Era una minúscula y polvorienta oficina en un edificio de construcción soviética, sin mantenimiento alguno, y en cuyo interior los restos de hollín se pegaban a las suelas de los zapatos.

Anna Schaverova me recibió fríamente y escuchó mis palabras sin ningún tipo de turbación. Era una mujer joven, un poco masculina. Llevaba el pelo corto, peinado hacia atrás y al hablar emitía un pequeño siseo que me resultó molesto.

—El profesor Sedek no viene por aquí últimamente —dijo con un tono de voz tan gélido como su rostro—. De hecho, creo que ni siquiera se encuentra en estos momentos en Praga.

No la creí. Inmediatamente percibí que detrás de sus gestos había algo más que tranquilidad e indiferencia. Por un momento tuve la impresión de que había oído mi nombre antes de que yo se lo dijera. Aquella conversación era una simple fórmula vacía. Sedek ya sabía que yo me encontraba en Praga.

Efectivamente, a las pocas horas me entregaron un mensaje. Sedek quería entrevistarse conmigo. Me citó en el hotel Europa, en el corazón de una bulliciosa plaza llena de almacenes y puestos callejeros que yo recordaba desierta, atrincherada tras el silencio de las noches de antaño, cuando las patrullas la cruzaban una y otra vez hasta el amanecer. Llegó puntualmente y, no obstante, me sobresalté al verle. Estaba viejo. Cojeaba. Sus ojos tenían una especie de vaho gris que diluía la dirección de su mirada. Me sorprendió encontrarme con un hombre acabado.

No quiso sentarse.

—Prefiero caminar, si eso no le causa molestia —me dijo—. A mi edad hay que procurar que los huesos no se entumescan para siempre.

Tomamos la acera de la izquierda y ascendimos hacia el monumento a San Wenceslao. Cerca de la estatua, en el suelo, los praguenses habían colocado fotografías de sus muertos, esquelas de todo tipo y tarros de cristal llenos de flores. Josef Sedek me señaló el lugar.

—Son las víctimas de las arbitrariedades comunistas —dijo con una sonrisa—. Un pequeño homenaje a la rebeldía.

Caminamos durante un buen rato. La ciudad era, en compañía de Sedek, un estremecido escenario por el que discurría el temor. Mi temor al recuerdo.

Nos acercábamos al centro de la ciudad vieja. Antes de llegar, se detuvo unos instantes ante un viejo edificio desconchado cuyos locales estaban tapiados por planchas de madera. Del interior salía un penetrante olor a miseria.

—¿Por qué me buscan? —preguntó en voz baja—. Ahora sólo soy un viejo profesor retirado. Todo el mundo se ha olvidado de mí.

—Nosotros no —le respondí.

Tenía curiosidad por saber cuál sería su reacción ante mis palabras. Pero Sedek mantenía los ojos bajos y parecía contemplar con indiferencia las zanjas de tierra maloliente que se abrían a lo largo de toda la calle Nekázanka, donde seis o siete hombres trabajaban afanosamente el subsuelo de dos edificios de sillería que estaban unidos entre sí por arcadas venecianas.

—Mi pueblo intenta reconstruir su presente —dijo señalándoles—. Estamos limpiando el país. Transformándolo. Se necesita algún tiempo para conseguir buenos resultados.

Luego emprendió la marcha y, unos pasos más allá, se detuvo pensativo.

—El tiempo es un buen aliado, ¿no cree?

Entendí que se refería a él y a mí, a nuestra propia supervivencia. El tiempo, contra todo pronóstico, nos había respetado. Pero Sedek pensaba en algo muy distinto.

—Después de tantos años, ustedes no han podido hacerse con el corazón de esta ciudad —continuó diciendo mientras caminaba a mi lado y su cojera se me hacía más y más habitual, hasta que acabé por ignorarla totalmente—. Nadie lo ha conseguido nunca. Praga no admite otra doctrina que su propio y peculiar culto.

Noté que evitaba Malé Námeští. El recuerdo de la detención de Novák me asaltó de nuevo. Dimos un pequeño rodeo para entrar en la ciudad judía. Sabiamente me condujo hacia el cementerio de la sinagoga de Pinkas y me mostró las decenas de turistas que se agolpaban entre las tumbas y que hacían cola en la estrecha escalera del museo donde esperaban ver expuesto el horror del exterminio nazi.

—Mire —dijo con amargura—, esto es lo que quedará también de nosotros. Una imagen diabólica. A pocos metros de aquí hay una exposición de dibujos infantiles sobre el campo de concentración de Terezín. El horror de los nazis hace una buena taquilla cada día. El mundo les ha juzgado, les ha condenado, pero se resiste a olvidarles. Es la paradoja del mal. Uno nunca puede librarse de su peso. A mí me causa terror ese afán de los hombres por rememorar la desgracia y la desolación.

—Usted sabe muy bien —le respondí— que todo esto no es más que propaganda. Las ideas son lo único que realmente importa. Nuestro proyecto no merece desaparecer. Pasará el tiempo y alguien tendrá que devolver la dignidad a una causa que obtuvo grandes logros.

—No me necesitan para eso —respondió—. Yo ya no soy nadie.

Supé entonces que había registrado perfectamente mi mensaje y que trataba de convencerme para que no llevara a cabo mi misión.

—Nos interesa saber qué ha decidido hacer con cierta información —le aclaré.

Como en ocasiones anteriores, Sedek pareció ignorar mis palabras.

—El olvido es mi única aspiración —confesó con tristeza—. He conseguido sobrevivir a expensas de mi propia memoria. ¿Ha visto usted a esos hombres que estaban abriendo una zanja? Yo hago lo mismo. Cada mañana me levanto y me pongo a cavar. Cavo incansablemente una zanja que es mi propia tumba. Lo hago con la esperanza de poder enterrarme en ella y que nadie me recuerde. Ese es mi único deseo. Desaparecer totalmente, que no puedan venir a reclamar los recuerdos que voy sepultando.

Sedek había llegado a un pacto con su propia conciencia. Pero algo ajeno a él mismo le impedía olvidar.

—Praga es una ciudad llena de fantasmas —me aclaró como si fuera capaz de descifrar mi pensamiento—. Sus calles, sus iglesias, sus plazas y rincones están hechos de historia. Son la historia misma. Aquí todo se conserva, nada perece.

Habíamos llegado al río. Cruzamos por Karlův Most y bajamos hacia isla Kampa, la zona situada a los pies del puente, donde el Vltava lame los cimientos de las casas.

—Esos fantasmas recorren la ciudad incansablemente —dijo Sedek—. No sé si usted también ha podido darse cuenta de su existencia.

Me miró de frente. El sol caía lentamente sobre el Vltava y su luz grana se dispersaba sobre la ciudad, tiñendo de rojo la cúpula de San Salvador y los dieciséis arcos del puente. El rostro de Sedek también parecía súbitamente encarnado.

—Porque uno de esos fantasmas le pertenece —dijo al fin.

Novák apareció ante mis ojos. Sedek debió de ver cómo asomaba a mi rostro el miedo. El sol se sepultó definitivamente detrás de un horizonte en el que se recortaban, precisas y distantes, las siluetas de mil torres repartidas por la orilla izquierda del río. Estábamos en el parque de la isla. Hacía rato que caminábamos en la

temprana oscuridad de los jardines, bajo un pequeño bosque de castaños. El río del Diablo, uno de los brazos que el Vltava tiende sobre la orilla, discurría con calma. Pasamos un puente y nos asomamos al canal. La oscuridad era mayor en ese lugar. Sedek dijo:

—La noche en la que murió Novák yo estaba en su casa. Lo sabe, ¿verdad? Usted siempre sospechó que alguien se ocultaba en la habitación contigua.

Un cisne blanco cruzó bajo el pequeño puente del canal, muy cerca de donde nosotros estábamos.

—Pude verle —continuó—. Vi cómo ponía las listas sobre el escritorio. Todos aquellos nombres señalados por la muerte... Novák nunca conoció la existencia de esos papeles. Simplemente, no le pertenecían.

La silueta negra del puente de piedra perdía lentamente sus contornos. En lo alto, las estatuas permanecían visibles, como testigos mudos de una peligrosa conversación.

La noche se adueñaba definitivamente de Praga y un repentino vacío, la impresión de que el mundo había dejado de girar por unos instantes, se extendió por la orilla, contagiándolo todo de un mágico silencio.

Sedek seguía a mi lado. En la oscuridad del parque apenas podía verle.

—La muerte de Novák acarreó una matanza innecesaria. No se limpió la ciudad, no se castigó a los culpables. Todos los represaliados eran inocentes. Incluso el mismo Novák. Él también murió inútilmente. Nunca pude entender qué motivos tenía usted para desear aquella masacre.

Bajo las piernas de Sedek se oía correr el agua. Bastó un instante, un simple empujón, y el cuerpo cayó al canal con un ligero chapoteo. Sólo gritó una vez. Luego, como si lo pensara de nuevo, Josef Sedek se hundió en las oscuras y tranquilas aguas del río del Diablo. Algo me hizo pensar que caía en una profunda zanja y que su necesidad de morir era superior a la mía de matarle.

Subí hacia Malá Strana. Desde el puente, a la altura de la torre mayor, me asomé al Vltava. No había luna, pero el agua del río reflejaba una suave luz dorada.

Nos encontramos de nuevo en Budapest. Gyula había cambiado mucho. Su rostro estaba terriblemente avejentado y sus grandes ojos negros me parecieron ahora sin vida, cubiertos de arrugas y agotados. Apenas hablamos. No teníamos nada que decirnos.

Cuando le vi alejarse por el andén vacío de la estación del Este, me pareció una sombra borrosa, el resto que queda en el aire cuando alguien a quien creemos reconocer pasa rápidamente por nuestro lado, dobla la esquina sin que nos dé tiempo a identificarle y se pierde irremediabilmente en la oscuridad. Gyula desapareció entre la multitud de la estación, un pobre y oscuro viejo más entre los viejos que pasan allí las mañanas, en el bullicio de los andenes y las salas de espera, viejos amarillos que aguardan la muerte y se sientan mientras tanto a contemplar el farragoso ir y venir de la gente, viejos blancos y transparentes, llenos de nada, que ven llegar los trenes cargados de grises funcionarios y campesinos, y casi al mismo tiempo los ven marchar de nuevo, viejos que contemplan los vagones repletos de personas desconocidas a quien, sin embargo, parecen decir adiós con un oscilante balanceo de cabeza. Gyula no me dijo adiós, pero yo me quedé en el andén con la impresión de que él también se había extraviado en un pliegue del tiempo, en un intervalo ruidoso donde los trenes llegaban y marchaban sin descanso, un lugar perdido en el que ya nadie le estaba esperando.

Le conocí en los baños de Gellért. Yo era muy joven. Habíamos venido a Budapest con la orquesta de Fiedrich Stein. Gyula era entonces un hombre atractivo, con el pelo casi gris, pero todavía se encontraba muy lejos de la vejez. Guardo conmigo esa primera imagen de su cuerpo recostado sobre una de las columnas de los baños, mientras el agua interponía entre nosotros una penosa sensación húmeda.

Durante toda una semana Gyula vino a vernos actuar. Después, cuando acababa el concierto, tomábamos cualquier cosa con el resto de la orquesta, bromeábamos y bebíamos durante un par de horas, hasta que nos dejaban solos. Gyula me acompañaba al hotel. Caminábamos por la orilla del Danubio en silencio. A veces cruzábamos uno de los puentes y pasábamos al otro lado, a Óbuda. Le gustaba pasear por los muelles, mientras hablaba de la ciudad, de su vida en Budapest y del miedo que, por aquellos días, comenzaba a aflorar entre los judíos.

Gyula se sentía en peligro. Aquel año de 1935, cuando Gömbös ganó las elecciones de abril, las huestes de Ferenc Szálasi habían apedreado su casa. La madre y el hermano de Gyula dejaron Budapest y se refugiaron en el sur, en Szeged, a orillas del río Tisza. Gyula no sabía entonces que jamás volvería a verlos.

Una noche, a la salida del teatro, le acompañé al viejo embarcadero. Recuerdo que se quedó durante largo rato mirando el cauce oscuro del Danubio y que después de un prolongado silencio dijo:

—Me preocupa el futuro. La tolerancia está desapareciendo de la faz de la tierra y dentro de poco no habrá sitio para gente como nosotros, no existirá un espacio para la singularidad. A veces pienso que puedo desaparecer como esas ramas secas que arrastra el agua.

Le miré preocupado.

—Mira el río —me dijo—. El Danubio. Dos mil ochocientos kilómetros de agua que han servido de puente entre culturas opuestas y diferentes; pero él no pregunta, nunca lo hace, recorre la vieja Europa sin importarle que los hombres la llamen Alemania, Austria, Hungría o Eslovaquia, todo es tierra, todo lo mismo, para él no existen las fronteras.

Se quedó en silencio, como si reflexionara sobre lo que acababa de decir.

—Tengo miedo —añadió con pesadumbre—. El mundo que conocemos parece estar preparando su propio fin. Yo mismo estoy contaminado por un sentimiento apocalíptico. Pienso cada día en lo que habrá después, porque no soy capaz de imaginarlo. Nadie puede. Por todos lados esta penosa sensación de desconcierto que nos roba el futuro. A veces creo que la sociedad centroeuropea está a punto de perecer.

Gyula tenía razón. La guerra que vino después nos exterminó. Aunque cada uno consiguiera sobrevivir a su manera, cuando volvimos a encontrarnos no quedaba nada de aquellos días en los que paseábamos por la orilla del Danubio. Nada de nuestras ilusiones, ni de nuestros sueños. Tampoco el mundo era el mismo. Pero Gyula quiso fingir que todavía era posible esquivar las pesadillas y recorrer las engañosas veredas de la nostalgia.

Habían transcurrido diez años tan sólo, pero cuando le volví a ver tuve la impresión de que estaba acabado y que el presagio funesto que se desprendía de su voz durante la noche de 1935, cuando él y yo recorriamos la ciudad siguiendo el inquietante y sombrío contorno de Óbudai-sziget, se había cumplido. Todavía el Ejército Rojo no había tomado Budapest y los judíos estaban siendo deportados en masa. Gyula permanecía a la espera de un visado que le permitiera escapar. Nos vimos de nuevo, esta vez en la Puerta de Viena, en la zona septentrional del castillo, desde donde se puede ver el paisaje de las colinas de Buda que por aquellos días la guerra había convertido en un montón de escombros cubiertos de nieve. Caminamos por las calles que bordean el castillo. Un bombardeo acababa de destruir la iglesia gótica de la Magdalena. La torre permanecía en pie, como vestigio de una vergonzosa barbarie. A su alrededor, el cielo parecía haberse derrumbado y convertido inexplicablemente en un montón de piedras sin ninguna conexión que pudiera permitirnos reconstruir la belleza.

Gyula me pidió ayuda, pero yo no me sentía en disposición de poder brindársela. Tuve miedo, aunque no se lo dije. Creo que me entendió, porque el temor se había convertido en el único sentimiento permanente, algo que compartíamos ellos y nosotros por igual.

Poco tiempo después supe que, aquella misma noche, le habían sacado del Danubio y que había estado a punto de morir. Le deportaron a un campo de concentración unos días antes de que las tropas alemanas trataran de alcanzar la frontera con Austria. Sólo unos pocos pudimos escapar. Gyula también consiguió sobrevivir. Pero ni él ni yo éramos los mismos.

Durante años arrastré la vergüenza de haberle dejado marchar. Quise verle de nuevo, años más tarde, cuando la memoria se había disuelto y el recuerdo de mi pasado parecía enterrado. Por eso regresé a Budapest. Por eso quise recuperar la imagen de Gyula que sentía en el fondo de un tiempo inocente, cuando yo era el joven músico alemán instalado en el resbaladizo borde de un sueño y él me llevaba por la orilla del Danubio, mostrándome la belleza de un territorio compartido y el temor a que todo eso se disgregase y desapareciera misteriosamente. Deseaba rescatar su rostro, su cuerpo aprisionado entre la humedad de los baños, antes de todo, cuando el dolor no era más que una sospecha; quería revivir el bienestar que producía Gellért en mi memoria, lo que significaba. Pero cuando le tuve frente a mí, en la estación del Este, noté que no me reconocía. Me miró con indiferencia y luego se alejó con el paso vacilante de los muertos. Supe que había cometido una estupidez, que había tratado de recuperar un pedazo incompleto de mi vida. Los días de Gellért se borraron en mi mente y dejaron paso a un recuerdo mucho más doloroso y más intenso. Pensé una vez más en la guerra, en el olor de la muerte que creí haber olvidado y nada de lo que pudiera esgrimirse como justificación, ni la historia, ni las coartadas personales, fue suficiente para atenuar el desolador resultado del remordimiento y el dolor. No éramos supervivientes, estábamos en pie, como la vieja torre de la Magdalena, pero la vida nos había anulado por dentro. Mirara por donde mirara, sólo era capaz de ver el vacío, un hueco imposible que jamás se podría rellenar con nuestra vieja identidad. Sólo podía rescatar sus palabras más oscuras, aquellas que pronunció con pesadumbre y temor a la orilla del Danubio y que, desgraciadamente, ahora se habían convertido en una cruel realidad cosida para siempre a la historia. En Budapest no quedaba el más mínimo vestigio de nosotros. En cierto modo, habíamos desaparecido, nos habían exterminado.

EL SUEÑO DE ALEXEI SEFCHENKO

Nuestro pequeño Lyosha se casaba. Él y Nadia, su joven esposa, quisieron hacerlo en una pequeña iglesia que hay a las afueras de Moscú. Habían ahorrado durante más de cuatro años, rublo tras rublo, con un tenaz esfuerzo que convertía su matrimonio en un empeño al que habían sacrificado otras muchas ilusiones. Cuando llegó el día, un radiante sábado del mes de junio, todos sabíamos que se habían cuidado del más insignificante detalle y yo esperaba en lo más profundo de mi corazón que sus sueños se cumplieran felizmente. Nunca pude sospechar que precisamente ese día, el de la boda de Lyosha, nuestra familia se pudiera quebrar como lo hacen las finas capas de hielo cuando avanza la primavera y que el causante de ese desastre iba a ser precisamente yo.

A primera hora de la mañana Irina, mi mujer, me despertó alegre como una alondra.

—¡Despierta, Alexei! ¡Mira qué hermoso día!

Parecía una mujer dichosa. Me pregunté qué siente una madre en esas circunstancias; porque ni Irina ni yo éramos los verdaderos padres de Lyosha. Les recogimos, a él y a su pequeña hermana Olga, cuando se quedaron huérfanos. Irina les crió con el inmenso amor que sólo las mujeres estériles pueden poner en los niños. Esos dos pequeños se convirtieron en su única preocupación y, poco a poco, se apoderaron de ella de tal modo que la fueron desdibujando como si crecieran alimentándose de su identidad y, con el tiempo, mi mujer desapareció y yo me encontré viviendo junto a la madre de Olga y Lyosha, una desconocida que de tarde en tarde me recordaba vagamente las reminiscencias de un amor desaparecido.

—¡Vamos, despierta!

No obstante, esa mujer era la misma que ahora tiraba cariñosamente de las sábanas y que sonreía a mi lado, tratando de compartir conmigo su felicidad.

—¿Acaso no recuerdas que hoy se casa tu hijo? —insistió apremiante—. El autocar que nos llevará a Kolómskoye va a llegar de un momento a otro.

Recordé que Lyosha y Nadia se casaban en Kolómskoye, la antigua hacienda de los zares, y que un autocar alquilado llevaría a los invitados al lugar de la ceremonia. Es un sitio muy hermoso. La iglesia de San Jorge, la de la Ascensión, la torre Vódovzvodnaya, la casa de madera que Pedro I tenía en Arjánguensk... Todo nos resulta maravillosamente familiar. Hemos pasado muchos domingos en ese lugar, en los jardines, junto al lago, hemos caminado en otoño bajo los robles centenarios a cuyos descomunales troncos se abrazan los moscovitas intentando que el espíritu de la tierra penetre en su sangre y les llene de energía. Sí, para los chicos y para mí era un lugar poblado sólo de buenos recuerdos.

El día de la boda de mi hijo, Kolómskoye estaba más hermoso que nunca. Totalmente verdes, las ramas de los tilos se perdían en la magnífica bóveda azulada que el cielo había extendido sobre nosotros. El aire estaba limpio y por todas partes flotaba una brillante sensación de regocijo.

Irina, mi mujer, corría detrás de los novios por el camino de tierra que lleva a la iglesia. Nerviosa, agitada, preocupándose de todo como si ella fuera la desposada, se alejó de mi lado. Yo la miraba y apenas la reconocía. No podía recordar nuestra propia boda, qué día de la semana era, si cantaban los pájaros como ahora, ni lo que se podía contemplar desde las Colinas de Lenin, donde bebimos una botella de champán con nuestros amigos. Tampoco podía recordar a Irina. La Irina de entonces. El tiempo se la había tragado.

Me sentí terriblemente solo. Parecía increíble que hubieran pasado tantos años desde que los dos niños llegaron a nuestra casa.

Ahora Lyosha se casaba. El grupo de invitados entraba en el recinto y yo me iba quedando atrás, atrapado por una especie de fuerza magnética que me llevaba hacia el pasado. Miraba asombrado a mi alrededor, intentando encontrar respuesta a una pregunta que nadie, aún, había llegado a formular, pero que flotaba por Kolómskoye como si un poderoso secreto enterrado en el fondo de la tierra se fuera abriendo camino hasta mí de forma insoslayable.

Fue en ese momento cuando Olga, nuestra querida hija Olga, se acercó, me cogió del brazo y caminó a mi lado hasta que cruzamos el umbral de la iglesia. Me reconfortó descubrir que alguien estaba pendiente de mí en ese torbellino de entusiasmos ajeno que contrastaba profundamente con mi estado de ánimo. Encendió una fina vela y me la puso en la mano. Sus ojos me miraron con amor y sus labios se extendieron en una cálida sonrisa. Olga es una muchacha seria a la que todo el mundo aprecia. A veces, podría decirse que una profunda tristeza la embarga, pero en el interior del templo se la veía distinta, iluminada por una emoción que le obligaba a suspirar imperceptiblemente cuando los cánticos cesaron y los invitados cayeron en un respetuoso silencio.

—Lyosha... —musitó en voz baja.

Yo asentí sonriendo. Luego pasé mi brazo por su hombro y ella se quedó súbitamente quieta, como un polluelo al que le apagan la luz.

—¿Recuerdas lo que nos solías contar? —me preguntó con la voz ligeramente temblorosa.

Irina nos reclamó silencio con un gesto.

—La historia de Kolómskoye... —evocó Olga sin obedecer.

No me miraba. Sus palabras, graves y aterciopeladas, resbalaban como el musgo que crece junto a los torrentes. Tuve una curiosa sensación de profundidad, como si repentinamente me hubieran obligado a entrar en una fosa marina. Un muchacho, vestido con una vieja casulla dorada, esparcía incienso alrededor de los novios. El aire se hizo más denso.

—La primera vez que vine —recordó Olga, recorriendo con la vista las paredes del templo— había nieve y las iglesias estaban cerradas.

Irina nos hizo un nuevo gesto. Varios invitados volvieron la cabeza hacia nosotros. Sonreían. Aquel día todos estaban contentos.

—Tú me contaste la historia de Kolomna —dijo ella bajando la voz—, la ciudad quemada por Batú Kan. *Durante mucho tiempo las cenizas de los muertos flotaron en el aire sin encontrar acomodo...*

—*Sin saberlo* —continué yo complacido porque ella hubiera guardado en su memoria de niña aquellas viejas palabras—, *los restos de la vieja Kolomna viajaban hacia aquí...*

—Luego, un buen día —siguió ella—, *el aire contuvo el aliento, las cenizas de la ciudad destruida cayeron sobre la tierra y de su contacto surgieron esos gigantescos árboles a los que la gente se abraza, el hielo se fundió y formó un lago, los tilos crecieron y los hombres descubrieron que este lugar tiene una energía superior a la de cualquier otro punto de la ciudad. Aquí se construyeron iglesias y residencias reales, porque en Kolómskoye hay una fuerza misteriosa que atrae la felicidad.* Eso nos contabas. Siempre creíste que cumpliendo el ritual de abrazarnos a los viejos robles la energía de Kolómskoye penetraría en nuestro interior.

Olga se quedó pensativa. En ese momento los novios se tomaban las manos.

—Lyosha cree que casándose aquí —dijo gravemente— todo le irá bien y que su matrimonio germinará como las cenizas de la mítica Kolomna.

Irina ya no nos miraba. La ceremonia había terminado y su atención se dispersaba como el incienso. Olga y yo nos quedamos en silencio. Ví a mi mujer entrar y salir varias veces. Pasaba de la luz a las sombras con una extraña facilidad. Tuve la impresión de que estaba cruzando repetidamente una frontera.

—Tú no la quieres —dijo de pronto Olga.

Los invitados fueron saliendo de la iglesia. Un pequeño grupo se quedó junto a los novios en la puerta. Nosotros dos, mudos y quietos, permanecíamos paralizados en el interior del templo. Se oían voces y risas en lo alto de la escalinata. A lo lejos, contra la luz, la joven esposa se secaba tímidamente una lágrima. Tuve la impresión de que todo era un sueño.

—No la quieres —repetió Olga.

La cogí del brazo.

—Tú qué sabes —dije dirigiéndome hacia la puerta—. Eres sólo una niña.

Se dejó llevar. Nos reunimos con los invitados. Alguien me golpeó afectuosamente en la espalda. Yo sonreía sin prestar demasiada atención a las frases de afecto que escuchaba alrededor. Al vernos, Irina se acercó a nosotros. Estaba llorosa y feliz. Nos besó. A una cierta distancia, bañada la escena por el mismo efecto de irrealidad que me embargaba desde que comenzó el día, vi cómo una mujer le entregaba a Lyosha una toalla de lino bordada y cómo mi hijo cubría a su esposa con ella. Me pareció un hermoso gesto.

—¡Vamos! ¿Qué os pasa? —preguntó Irina alegremente—. No os quedéis aquí. Todos irán hacia el lago.

Olga estaba muy tensa, pero mi mujer no se daba cuenta. Nuevamente nos quedamos al final de la comitiva. Sin saber muy bien por qué, yo me sentía turbado. Oí la voz de Olga, extrañamente sorda, contenida:

—No soy una niña. Tengo veinte años, lo sabes muy bien.

Su insistencia era inquietante. Presentí que trataba de decirme algo que yo no quería escuchar. No obstante, mi paso era cada vez más lento. Creo que una fuerza misteriosa tiraba de mí en dirección opuesta a mis pasos y se empeñaba en mantenerme apartado de los demás.

—Para Irina y para mí —dije precipitadamente— serás siempre aquella niña que lloraba en la oscuridad. Nuestra pequeña hija.

Olga me cogió bruscamente por el brazo y me obligó a detenerme.

—Despierta y mírame. ¿Crees que te he visto alguna vez como a un padre?

Estábamos cerca de los robles. Yo me encontraba aturdido, sin reflejos. Olga continuó:

—Desde que tengo memoria sueño una y otra vez con la misma escena. Cada noche la misma angustia, el mismo deseo insatisfecho.

La miré preocupado. No sabía que era tan infeliz.

Ella se sentó en uno de los bancos. Parecía muy cansada. Me acerqué a su lado y le tomé la mano. Estaba fría.

—Sueño contigo —me dijo bruscamente.

Luego se dejó caer en un repentino silencio en el que yo sólo podía escuchar el acelerado latir de mi sangre entrando a chorros por las paredes del corazón.

—Estamos aquí —continuó ella al cabo de unos larguísima instantes—, en Kolómenskoye. Estamos tú y yo solos. No hay nadie más. Irina y Lyosha no existen. Yo siento una fuerte angustia porque quiero decirte que te amo, pero tú no me dejas hablar. Cuentas en voz muy alta la leyenda de Kolomna, gritas para no oír mis protestas.

Mantenia mi mano entre las suyas.

—Te quiero desde que era muy pequeña —añadió con amargura—. Toda mi vida...

Retiré la mano. Ella la soltó sin ninguna resistencia. Estaba abatida y, no obstante, continuaba hablando.

—¿Sabes cómo es el deseo de una niña de diez años? —me preguntó—. Es terrible, porque se tiene la certeza de que tus sentimientos están condenados a perecer.

Crecer no me sirvió de nada. Cada noche duermo abrazada al deseo, día tras día, año tras año... Luego, al despertar, siempre la tortura y la culpa, la vergüenza...

Yo no sabía qué decir. Trataba de encontrar una vía de escape por la que sortear aquella repentina locura.

—En mi sueño hay algo más —añadió Olga tristemente—. Miedo. Un terrible miedo a que lo sepas y me echés de tu lado. Casi te agradezco que me impidas hablar, porque eso me permitirá estar contigo un día más, un día más en esa casa donde tengo una madre que me cuida y ante la que me siento siempre culpable.

Quise abrazarla. Me conmovía su dolor, su desesperación. Pero, en ese instante, yo también descubrí el miedo atenazando mis impulsos. Un miedo secreto y antiguo que me impide comportarme con naturalidad.

—Debiste hablar antes —digo por fin—. Has guardado los sentimientos en el fondo del corazón y allí, sin luz y sin aire, han germinado como las malas semillas, han crecido hacia dentro y se han hecho duros y grandes.

—Sí —responde ella. Muy cerca de nosotros, los invitados se abrazaban uno tras otro a los árboles centenarios. Olga les miró con tristeza—. Han crecido como los viejos robles de Kolómenskoye. Sus raíces son hondas y su fuerza enorme...

Era el día de la boda de mi hijo y yo estaba escuchando las palabras de Olga con la actitud de un naufrago tendido en un mar de cenizas. Mi capacidad de reacción flotaba por el aire de Kolómenskoye igual que la ciudad de mi asombrosa historia. Pero en cualquier situación de incertidumbre hay un momento en el que sucede algo, una clave, una señal que nos obliga a dirigirnos hacia un único lugar, a una única solución posible. Cuando se llega a este punto ya no es posible retroceder.

No sabría explicar cómo sucedió, pero de pronto la pequeña Olga se desvaneció y en su lugar surgió una mujer desconocida. La miré como si nos acabáramos de conocer en ese instante.

Estaba muy cerca.

Olia bien.

El asombro cedió de improviso y dejó paso a una extraña sensación de placer. Me di cuenta de que podía recuperar el amor, un sentimiento inquietante que ya casi había olvidado, y me vi en el fondo de un sueño que nos pertenecía por igual. Presentí que nos habíamos encontrado otras veces en este mismo lugar, durante la noche, en el territorio inconfesable de los anhelos nocturnos, que yo quería ignorar nuestro vínculo, pero que mientras lo hacía estaba tratando de ganar tiempo, que los años pasaran sobre nosotros y la niña pudiera llegar a convertirse en esta radiante muchacha llena de amor hacia mí...

Los sueños, a veces, tienen unas pequeñas fisuras por las que se escurren, como una baba viscosa, hacia la realidad.

Hice lo único que podía hacer. Tomé su cara entre mis manos y la besé apasionadamente en los labios. El sabor de su boca apenas colmaba mi repentina necesidad. Es difícil de explicar, pero un vendaval de emociones se desató en el interior de mi pecho, el cuerpo recuperó un calor tenso, pura energía y deseo puro, que me atraparon por sorpresa y me obligaron a comportarme como si durante miles de años hubiera estado esperando este momento. Podía estar dormido. Podía tratarse de un sueño, pero la necesidad de vivirlo crecía segundo a segundo sin que nada pudiera hacer y por evitarlo. Mi mano se deslizó por el interior de su blusa y torpemente, acuciada por la urgencia, buscó sus senos mientras mi boca llenaba toda su boca y los ojos se cegaban ahogados con su propio entusiasmo.

Entonces Olga me apartó enérgicamente, se secó las lágrimas con el dorso de la mano, y dijo algo que todavía ahora, después de tanto tiempo, retumba en mi cabeza como si se tratara de un eco falso.

—Me voy —la decisión estaba escrita en su cara—. Mi hermano se marchará y sin él, sin Lyosha, no podría seguir en vuestra casa. Es lo único que se puede hacer.

Parecía una cruel burla.

—No nos veremos más —añadió con una incomprensible serenidad que yo no alcanzaba a comprender.

Por un momento creí que se trataba de un juego, una absurda representación del futuro que, evidentemente, se desarrollaba de forma equivocada. En otro espacio, otra dimensión, las cosas sucedían de muy distinta manera. Era necesario descubrir la puerta de acceso al otro Kolómenskoye, el de nuestros sueños, antes de que se desvanecieran definitivamente.

Olga se levantó. Yo la miraba atónito. Sentí que mis deseos quedaban atrapados entre la voluntad y un gesto incompleto, atragantado a medio camino. Murmuró:

—Di a Irina que siempre la he querido.

Luego se alejó por el camino de tierra. Un rumor de pasos, apagado y distante, la llevó fuera de Kolómenskoye y la devolvió a ese mundo hostil y ajeno del que nosotros la habíamos apartado.

Momentos después oí un gemido. Me volví y contemplé a Irina entre los árboles. Quizá no pudo escuchar nuestras palabras, pero era evidente que lo había visto todo. Mucho más lejos, en dirección al lago, mi hijo y su joven esposa se despedían de los invitados.

LA REINA DE CHIPRE
(El tiempo)

*Nadie es la patria. Ni siquiera el tiempo
cargado de batallas, de espadas y de éxodos,
y de la lenta población de regiones
que lindan con la aurora y el ocaso,
y de rostros que van envejeciendo
en los espejos que se empañan,
y de sufridas agonías anónimas
que duran hasta el alba,
y de la telaraña de la lluvia
sobre negros jardines.*

JORGE LUIS BORGES

LA ÚLTIMA NOCHE DE HENRY STEINER

Henry Steiner murió en Europa. Tenía una casa en Francia, cerca de Saint Jean de Montbrison. Era un hombre afable, bien educado aunque algo distante, que se dedicaba a escribir novelas de misterio. Vivía solo desde que su mujer y él se separaron. Durante los días anteriores a su muerte varias personas le vieron en la ciudad, vagando sin rumbo, pero nadie pareció dar importancia a este hecho.

Cuando murió, me llamaron para que examinara el cadáver. Lo encontré tirado en el camino, junto a la tapia del huerto, a pocos metros de la casa. Había fallecido de un infarto.

Su mujer se encontraba junto al cuerpo. Acababa de llegar de Italia tan sólo unos días antes. Parecía destrozada. Cuando se lo llevaron nos quedamos solos en la casa y entonces me entregó unos folios escritos por Henry Steiner la misma noche de su muerte.

Los leo una y otra vez sin encontrarles sentido.

La primera vez que me fijé en ella, estaba sumido en una de las frecuentes depresiones que me invaden cuando termino un libro. Había entregado el manuscrito a mi editor y me sentía hueco por dentro, con una extraña intranquilidad que la vida en el campo no conseguía mitigar en absoluto. Es un momento especialmente doloroso, el vacío y la desazón se adueñan de mí, y no consigo encontrar la paz por ningún medio. Doy largos paseos, camino hasta diez kilómetros diarios, cavo la tierra que rodea los frutales, bebo, intento leer, y sólo consigo mover ligeramente de sitio la nube que llevo dentro del pecho. Voy a la ciudad con cualquier disculpa y trato de encontrar un poco de compañía para mi agobiante sensación de soledad, pero el mundo entero es insuficiente y nadie, ni siquiera mis mejores amigos, me sirve de consuelo. Debería estar acostumbrado y no es así. Sigo viviendo el final de cada novela como si fuera un pequeño anticipo de la muerte, un espacio oscuro y misterioso en el que me tropiezo constantemente con la imagen desolada de mí mismo.

Noté su presencia una mañana de invierno, cuando viajaba en el tren de las once y cuarto. Había cerrado el periódico y lo había dejado sobre el asiento de enfrente. Puse los pies encima y cerré los ojos. Pensaba en mi mujer. Un resto del sueño que había tenido esa misma noche vagaba desconcertado por el interior de mi pensamiento. Adela está en la ciudad, puedo encontrarme con ella al doblar una esquina y contemplar el desprecio en su rostro, el rencor que acompañó nuestra separación y el tormento ponzoñoso de sus agrios reproches. Ese pensamiento me obsesionaba. Con los ojos cerrados, Adela era en ese momento más poderosa que nunca, más posible desde su regreso. En mi conciencia había dejado de ser una simple figura lejana que vive en Italia para convertirse en una amenaza concreta y yo estaba condenado a enfrentarme con ella tarde o temprano.

Supé enseguida que había alguien cerca de mí. Abrí los ojos y vi a una mujer morena, joven y hermosa, de una belleza tranquila y casi lunar.

—¿Me permite? —dijo suavemente.

Yo retiré los pies y el periódico precipitadamente y ella se acomodó en el asiento.

Primero me sentí molesto por su caprichosa decisión de querer ocupar ese preciso lugar. Luego, más tarde, cuando la miraba sin ningún tipo de precaución y noté que su presencia había conseguido diluir la imagen de Adela en la nada, me alegré de esa casualidad y me pregunté quién sería.

Permanecía ensimismada, replegada sobre sí misma, sin concederme la más mínima atención. Miraba hacia el exterior como si se encontrara sumida en un sueño largo y placentero, atenta tan sólo al devenir de sus pensamientos o al sonido de una música que únicamente ella podía oír. Pronto me di cuenta de que aparentaba ignorarme. Parecía no reparar en mí y, sin embargo, entre ella y yo se estaba produciendo una especie de comunicación inevitable. Éramos los únicos pasajeros del vagón y empecé a notar que se habían puesto en marcha los mecanismos de la seducción.

Iba a intentar el acercamiento, una observación sin importancia, un comentario de esos a los que siempre se contesta con otra afirmación, el tiempo frío de las mañanas de marzo o la pregunta innecesaria de una parada en el trayecto pendiente, cuando ella se levantó y se dirigió hacia la puerta. El tren paró en ese preciso instante. Nos encontrábamos en mitad del campo, un páramo vacío por la derecha y, a la izquierda, las jaras polvorientas que se perdían hacia el pinar lejano. La mujer se apeó en aquel extraño lugar, y la vi alejarse por un camino gris que no parecía conducir a ninguna parte. Cuando el tren emprendió de nuevo la marcha, se volvió y me miró con un enigmático gesto en el que creí ver una sonrisa incipiente. No lo era. No abiertamente. Más bien quería sugerir la promesa de otro encuentro, una invitación a la continuidad. Eso me pareció. Luego pude comprobar que no me había equivocado.

A los pocos días, la encontré en el andén del aserradero. Suelo ser el único pasajero de esta parada. Mi casa está a unos diez kilómetros de la vieja industria maderera. Cruzo el camino de los pinares, paso por el puente de piedra y en menos de veinte minutos llego con mi coche al apeadero. Hay una estación en el pueblo, pero me gusta venir hasta aquí, contemplar los troncos recién cortados y sentir el olor cálido y penetrante de la madera. Es un lugar bello, perdido en el tiempo, silencioso y solitario como el interior de un sueño. Por eso me sorprendió que estuviera allí. Ella y yo en el pequeño andén vacío. Supuse que aquello facilitaba las cosas. Me acerqué despacio. Pero, cuando me encontraba a escasa distancia, ella subió al vagón de un tren que yo no había sentido llegar e, inexplicablemente, vi que ambos se alejaban mientras yo quedaba paralizado por la sorpresa y el desconcierto. Miré el reloj. Faltaban tres minutos para las once y cuarto. A esa hora, asombrosamente puntual, llegó el tren que creí haber perdido.

No hice nada de lo que pensaba hacer. Deambulé como un imbécil por la ciudad sin poder apartarla de mi imaginación. Recordaba el color profundamente oscuro de sus ojos, el trazo de su labio superior, el brillo azulado del cabello, la forma en la que movía las manos y el tamaño exacto de su cintura. Visualizaba su cuerpo con una concreción casi obscena, los más mínimos detalles de una anatomía que me parecía haber acariciado en más de una ocasión, un cuerpo reconocible y próximo, una envoltura carnal que alguien había deshabitado para alojar en él otra presencia misteriosa y fantasmal.

Esa misma noche, antes de tomar el último tren que se detenía en el aserradero, pregunté si habían cambiado el horario o incrementado la frecuencia.

—No puede haber pasado ningún tren a esa hora —aseguró tajantemente el jefe de estación—. En el apeadero sólo tiene parada el de las once y cuarto.

Sabía que no podía ser y, no obstante, recorrí cada vagón con la esperanza de encontrarla de nuevo. Esa mujer no existía realmente. Era, sin duda, producto de mi imaginación, podía convocarla en el momento que quisiera. Camino de mi casa, llevando muy dentro la angustiada sensación de soledad que me atrapa cuando viajo de noche y sé que nadie me espera, mi última novela en el limbo nebuloso que va desde su escritura hasta la publicación, un territorio impreciso en el que ya no puedo hacer nada y, sin embargo, siento la responsabilidad de lo escrito y el temor de haber alumbrado algo que tiene propiedades monstruosas y que está a punto de multiplicarse tantas veces como se multiplica y crece mi angustia, ella era la solución perfecta, la única solución para esa noche. Encontrarla en un vagón desierto, hacer que descendiera conmigo en el apeadero, tumbarnos entre las virutas y el serrín, buscar la calma en su cuerpo, el calor en sus brazos, dejarme invadir por su luz lunar y esperar despiertos y en silencio a que el sol volviera a salir de nuevo.

El tren iba casi vacío, pero ella no se encontraba dentro. Cuando descendí, el aserradero estaba sumido en la más absoluta oscuridad. La luna trataba de elevarse por detrás de los pinos, redonda, llena, pero sin fuerza todavía. Me quedé en el andén durante unos instantes y encendí un cigarrillo. Un murciélago pasó por encima de mi cabeza y cruzó la vía. En uno de los barracones habían dejado encendida una bombilla. Su luz era sólo una pequeña mancha blanquecina sobre la pared de cemento. En ese momento, otro tren pasó sin detenerse. En el último vagón, viajaba ella. Me miró durante un segundo, y sólo pude comprobar que se alejaba sonriendo.

Dormí mal. Al despertar, tenía la extraña sensación de que había alguien en la casa. Algo sobrenatural flotaba por el ambiente. Estaba seguro de que la misteriosa mujer del tren había estado allí. No puedo explicarlo. No se pueden explicar las sensaciones imprecisas que emergen desde el inconsciente y que acaban por convertirse en certezas. No quise demorar por más tiempo la solución del enigma. Sabía que ella me esperaba en el aserradero. Cuando llegué, el andén estaba vacío. El viento de la sierra me golpeó la cara con dureza. Subí al tren con la sensación de que mis esperanzas se agrietaban, dispuestas a desvanecerse definitivamente. No apareció. Pasé el día en la ciudad, sin ver a nadie, callejeando por un caprichoso trayecto que me hacía dar vueltas y más vueltas, sin permitirme un segundo de paz. Al anochecer, volví a la estación. Estaba cansado. Cansado y aburrido de mí mismo. Apoyé la cabeza en el cristal de la ventana y me quedé dormido. Minutos antes de que el tren se detuviera en el aserradero, desperté malhumorado y con el estómago revuelto.

La misma luna mortecina y enorme de la noche anterior trataba de alcanzar la copa de los pinos más altos con su luz levemente anaranjada. Mi coche estaba aparcado junto a la valla metálica, al pie del sendero de gravilla. Oí un ladrido lejano cuando cruzaba el río. El camino me pareció más largo que nunca. Recuerdo que reduje la velocidad y, finalmente, nervioso por un extraño malestar que me oprimía el pecho, decidí detenerme durante unos minutos. Bajé del coche. La luna había empequeñecido y bañaba el camino de tierra que conduce a mi casa con una luz intensamente azulada. Ella apareció de pronto ante mis ojos, el cabello negro le caía sobre la espalda y su figura se recortaba majestuosa sobre un fondo añil y plata. Me di cuenta de que estaba completamente desnuda, tal como yo la había imaginado. Caminaba despacio y el movimiento ondulante de su cuerpo, visto por detrás, me resultaba fantásticamente familiar, cálido, cercano. Sin darme cuenta de lo que hacía, la seguí. El malestar que me había obligado a detener el coche aumentaba a cada minuto. No obstante, pude llegar hasta la tapia del huerto y vi que ella abría la puerta y entraba en mi propia casa. Las luces se encendieron. Yo sentí el estallido tórrido de un fuego que crecía en mi pecho y me abrasaba la espalda. Todavía caminé unos metros. En el porche, con la mano tenazmente aferrada al tirador de la puerta, me desplomé. Ella salió al instante, se inclinó sobre mí, y me rodeó con sus brazos, toda dulzura, sin ningún tipo de sobresalto. Cerré los ojos y me perdí en la suavidad sedosa de su piel, que me envolvía totalmente y me producía un maravilloso bienestar. Respiré hondo. Era feliz. Por un momento, creí que me había tragado la luna de un bocado y que la tenía dentro, muy dentro. Era mía y el mundo entero se quedó, repentinamente, a oscuras.

LA DONCELLA DE THOURAINE

El viento era lo peor de todo. Cuando soplabla el viento, las laderas rocosas perdían su compleja armonía, temblaban, se sumergían en la confusión, y la casa era sacudida de tal modo por el vendaval que parecía a punto de salir volando. Era como si una garra invisible pudiera arrancarla de raíz y separarla de la tierra sobre la que había sido construida, para sepultarla bruscamente en los agitados bajíos del Canal.

No hay noticias sobre la estancia del viejo en esta zona de Normandía, todos los libros hablan de Étretat y de Pourville, pero nunca mencionan Thouraine. Y el caso es que vivió allí durante un largo verano, solo, sin su familia. Solamente yo le acompañaba. Alquiló la casa, una especie de cabaña sobre el acantilado de La Bécasse, cerca del viejo cementerio abandonado, y se refugió entre sus cuatro paredes, sin pintar un solo cuadro, sólo miraba el paisaje, lo estudiaba con sus meticulosos ojos de artista. Luego se sentaba frente a la chimenea y se ponía a llorar, presa de un ataque de melancolía. Solía padecer este tipo de dolencias de vez en cuando. Yo estaba acostumbrado a ellas y él buscaba mi cuidado por encima del que pudiera prestarle cualquiera, incluida su familia. Cuando estábamos en París o en Argenteuil y le acometía la angustia, dejaba de pintar y desaparecía durante varios días, sin que nadie consiguiera saber si estaba vivo o muerto. Luego regresaba a casa. No daba explicaciones, cogía el lienzo y el caballete y se instalaba en el jardín como un escrupuloso padre de familia. Más tarde, cuando pasaron los años, las crisis se fueron haciendo mucho más espaciadas y también más intensas. Así tenía que ser, pues un cuerpo robusto y sano como el suyo encuentra la forma de escamotear con mil defensas inconscientes la mala salud del alma. Hasta que llega un momento en el que no puede más, el organismo flaquea en su pertinaz lucha y cede, sucumbe como un pajarillo al que abatieran en pleno vuelo.

Aquel año de 1882 fue complicado desde el punto de vista económico. La primera esposa del señor había muerto tres años antes y madame Hoschedé y sus seis hijos vivían en la casa desde entonces. Cuando nos trasladamos todos a Poissy, supe que el viejo tenía una nueva esposa, aunque ella siguiera casada con su anterior marido y nadie se molestara en aclarar las condiciones de aquella inapropiada convivencia. Tengo que reconocer que ninguno de los dos hizo el más mínimo gesto para intentar poner las cosas en su sitio; ni él, ni ella, que al fin y al cabo era la más afectada por lo irregular de la situación. Pero es justo añadir que madame era una señora, en todo el sentido de la palabra. No sería leal por mi parte criticarla como hicieron algunas de sus amistades. Siempre estuvo al lado del viejo, aguantó mucho, como aguantamos todos, también hay que decirlo, pero ella permaneció imbatible hasta el final. En fin, en aquella época, yo todavía no la apreciaba demasiado, porque no la conocía bien. Madame era un poco distante, no le gustaba que los demás hurgaran en sus sentimientos. Sí, fue un año malo. Monsieur Durand-Ruel, el marchante del señor, sufrió grandes pérdidas y la economía familiar se resintió. Había muchas necesidades y pocos ingresos, pero nunca, ni en esos delicados momentos, se planteó el señor prescindir de mí. Aunque escaso y de forma irregular, siempre cobré un modesto sueldo.

Sin duda, fueron todas estas preocupaciones lo que provocó la crisis de melancolía en la que se sumió ese verano. Dejamos definitivamente la casa de Poissy y fuimos a Pourville, en Normandía, donde el viejo había estado ese mismo año hospedado en un hotel que se llamaba de un modo raro y peculiar, un tanto rebuscado si he de decir la verdad, *À la Renommée des Galettes*, ese era el nombre, y al parecer los dueños habían tratado muy bien al señor, porque les pintó un cuadro y se quedó allí hasta bien entrada la primavera. Habíamos alquilado una bonita casa para toda la familia, madame Hoschedé y los suyos, el señor, las tres personas que componían el servicio, una casa con un hermoso parque lleno de árboles y un muro de piedra que terminaba en una verja de hierro, al estilo normando, es decir, musgo y óxido creciendo entre las grietas y el deterioro. Siempre he sostenido que para los males del alma, la mejor medicina es el sol y la brisa del mar Mediterráneo, el señor tenía que haber ido ese verano a Italia o a Niza, se habría sentido mejor, libre de todas esas preocupaciones, estoy seguro de que el calor y la luz le habría borrado las sombras de la cabeza y los malos humores del alma. Pero parece que la economía familiar no lo aconsejaba así, o quizá nadie pensó que sería conveniente poner distancia por medio, el caso es que aterrizamos en Pourville un día, y al siguiente, casi sin tiempo de deshacer las maletas, al señor le sobrevino una de sus crisis de ánimo. Me tuvo corriendo de pueblo en pueblo durante ocho días largos y no se paró hasta que llegamos al infierno ventoso de los acantilados normandos, al saliente cabo donde se encuentran todas las tempestades y naufragan todos los barcos: Thouraine. Nunca supe qué iba buscando, ni entendí qué atractivo podía encontrar en aquel paisaje deprimente y nuboso, donde el aire soplabla con tanta violencia que ni los pájaros se atrevían a volar sobre él. Me pidió que le acompañara y lo hice de buen grado, porque era mi deber, aunque me iba a arrepentir más de una vez.

Es curioso, en todos los libros que he leído se dice que el señor y su familia pasaron el verano de 1882 en Pourville. No es cierto. Durante casi dos meses estuvimos viviendo a cien kilómetros de allí, en una primitiva cabaña que se encontraba situada sobre el acantilado de La Bécasse. Y fue en ese desapacible lugar donde ocurrió todo. A pesar de los años que han pasado, no lo he podido olvidar. Creo que el señor tampoco, aunque nunca le oí hablar de ello.

Ya he dicho que lo peor era el viento. Pero también estaba la terrible soledad del paraje. Por eso, cuando vi a la mujer en el bosque, me causó tanta extrañeza que casi doy un grito. El viejo todavía dormía. Yo había salido a buscar leña a un bosque de pinos que había a unos quinientos metros de la cabaña. La leña de pino no dura mucho, pero arde pronto, aunque esté húmeda, porque en aquel endiablado lugar todo estaba húmedo, y por eso yo hacía ese mismo recorrido cada mañana, para encender la lumbre con unas cuantas ramas de pino antes de que el señor se levantara. Era una mañana de verano, oscura, sin sol. Todavía las nubes estaban agarradas a los acantilados como un niño a las faldas de su madre. No hacía tanto viento como otras veces, sobre todo a medida que uno se separaba del borde del mar. Cuando estaba llegando al pinar todo cambió de repente. Se levantaron las nubes y salió el sol, suave, tímido, como siempre que lucía en Thouraine. Su luz amarillenta se filtraba a través de las ramas y las agujas, que lo rompían en mil pedazos diminutos y contiguos, sin que uno pudiera discernir de aquel maravilloso conjunto lo que era sombra de lo que era luz. Pensé que sería muy hermoso que el señor viera esto. Seguro que se inspiraba para uno de sus cuadros. Seguí avanzando por el interior del pinar donde la luz había cambiado nuevamente, el sol tenía más fuerza a cada segundo y sus rayos bañaban la tierra musgosa, cubierta de helechos, cuando de pronto vi a una muchacha que se había detenido justo en el centro de uno de esos rayos luminosos. El sol le daba directamente en el rostro y ella ofrecía la cara a ese tibio roce, que poco a poco la fue envolviendo por completo. Era la mujer más hermosa que he visto nunca. Me paré en seco, paralizado por esta desconcertante visión. Entonces ella, ignorando mi presencia, se arrojó con la luz como si fuera un abrigo hecho con la más suave y costosa de las pieles, giró, y comenzó a desvestirse, lentamente, ofreciendo cada palmo de piel al sol, con tal deleite y concentración, que más parecía que estuviera realizando un secreto y ancestral rito pagano. Quedé maravillado por la escena. A la belleza de la muchacha se unían la armonía de la luz y la turbación de estar contemplándola en secreto. Cuando se despojó de todas sus ropas y el joven cuerpo quedó completamente al descubierto, ante mis ojos, sentí de lleno la llamada de la carne, de una forma repentina, brutal, mis entrañas ardieron con un fuego que yo creía dormido, se inflamó mi sangre, se nubló mi entendimiento y me vi a punto de cometer una torpeza de la que me iba a arrepentir sin duda. Avancé unos pasos. Entonces ella me vio. No gritó, no intentó cubrirse, ni siquiera pareció sorprendida. En su rostro había otra expresión, algo que nunca he acertado a definir certeramente, pero que se parecía a la mirada intemporal de los niños o de los viejos. Se tumbó sobre los helechos y permaneció muy quieta, en una actitud que tenía mucho de ofrenda.

No sé lo que ocurrió después. Nunca he podido tener la certeza de que ese tibio contacto de su piel desnuda fuera real, no sé si me precipité en sus brazos o salí huyendo como alma que lleva al diablo. No consigo recordar. Todo lo sucedido en aquel recodo del bosque es un enigma, lo veo como en un sueño, la luz atravesando las ramas de los árboles y ella tendida sobre los helechos. Recuerdo, eso sí, que al cabo de mucho tiempo se levantó, recogió una por una todas las prendas de las que se había despojado y, sin cubrirse, se alejó por el bosque, camino del viejo cementerio.

No dije nada de aquello al señor. Decidí que sería mi secreto. Cada mañana acudía al pinar; pero ya no buscaba leña, sólo quería volver a ver a la muchacha, hablar con ella. Día tras día, con un empeño febril, la esperaba, la buscaba entre los árboles, incluso traté de encontrar sus huellas bajo los helechos, su olor, allí donde ella había estado. Me acostaba sobre la zona hendida por el peso del cuerpo, me adaptaba a la forma de su silueta y permanecía allí, en la tierra húmeda, reconfortado, como si reposara en el más cálido de los lechos. La busqué en los prados del interior, en las aldeas vecinas, en las solitarias playas... Traté de sonsacar a los lugareños, pero fue inútil: nadie la había visto.

Poco a poco, y por causa de una mujer con la que no había cruzado palabra y de la que nada sabía, me entró también a mí la melancolía. Mi ánimo se quebró como lo hace una capa de hielo cuando llega la primavera. Pasaba las mañanas en el pinar y las tardes en el interior de la cabaña, silencioso y huraño, incapaz de buscar consuelo a mi falta de ánimo.

Eso es cosa del paisaje, decía el viejo; pero él estaba cada día más alegre y yo cada vez más triste. Incluso había empezado a pintar de nuevo. Se alejaba por el sendero de la costa de buena mañana y no regresaba hasta la hora de comer. Llegaba pletórico de energía, hambriento, mostrando una satisfacción y un bienestar que a mí me resultaban terriblemente ofensivos. ¿No habíamos venido a este siniestro lugar por su causa? ¿Por qué, entonces, me trataba como si fuera yo el enfermo y él quien debía mostrar paciencia ante las rarezas de un criado loco y lastimero?

He de reconocer que yo mismo desconocía la verdadera naturaleza de mi mal. Achacaba mis desvelos a una enfermiza atracción por la muchacha del bosque, pero aun esto era difícil de aceptar, por cuanto yo no había sido nunca un hombre enamorado y puedo jurar que siempre tuve la cabeza sobre los hombros, incluso en situaciones en las que cualquier otro la habría perdido sin remedio. Pero es cierto, aquella misteriosa mujer se había convertido en una verdadera obsesión para mí.

Todavía la vi una vez más, una mañana brumosa en la que volvía del bosque desolado por su ausencia. La vi a lo lejos, sobre el acantilado, en el camino del viejo cementerio. Llamarlo así es excesivo. No es más que una pequeña senda jalonada de brezo que realmente no lleva a ninguna parte. Surge, como por encanto, paralela a la verja de hierro del camposanto y se pierde pocos metros más allá, justo en el saliente rocoso desde el que se pueden ver los arrecifes. La muchacha estaba asomada sobre un mar destemplado, su figura se recortaba sobre el agua profunda y sus ropas ondeaban al viento. Corrí hacia ella. Pero cuando me encontraba muy cerca, casi tanto que mi mano podía tocarla, ella dio un paso al frente y desapareció de mi vista, precipitándose en el vacío. Me asomé horrorizado al precipicio con la terrible seguridad de que vería su cuerpo destrozado entre las rocas, arrastrado por la marea, empujado por las temibles olas una y otra vez sobre la pared de piedra... No fue así. Al pie del acantilado estallaban enormes olas y el agua se deshacía en minúsculas partículas de espuma... Ningún cuerpo... Ningún rastro... Era como si la muchacha hubiera desaparecido en el aire, antes de llegar al suelo.

Ese mismo día nos fuimos de Thouraine. El verano tocaba a su fin. El señor había terminado el cuadro que le mantenía ocupado. Yo ni siquiera lo vi, tal era mi falta de entusiasmo por cualquier otra cosa que no fuera el misterio en el que me había visto implicado.

Casi olvidé a la muchacha del bosque. Pero un día, al cabo de muchos años, estábamos pasando una temporada en la ciudad de El Havre, donde el señor se había criado, y madame Hoschedé me pidió que la acompañara al puerto antiguo. Madame quería adquirir una pieza de tela de las que traían los barcos atracados en el muelle del Comercio. Fui con ella. Compramos la tela a un marinero normando que acababa de llegar en un velero. Era un hombre de rostro mal encarado y mirada taciturna, pero la pieza de seda era de una excelente calidad y la vendía por menos de la mitad de su precio. Madame no era la única compradora. En los soportales de *Le Bassin du Commerce* había otras tres mujeres que hicieron con el marinero parecido trato. Luego, cuando el hombre se fue, les oí comentar en voz baja:

—Es él, el hombre por el que murió la doncella de Thouraine.

Al oír el nombre de aquel lejano lugar en el que habíamos pasado el verano de 1882, quise saber a qué se referían. Una de ellas nos explicó a madame y a mí la terrible historia:

—Sucedió hace algunos años, en una aldea de la costa, un lugar del que, sin duda, ustedes no habrán oído hablar jamás: Thouraine. Este marinero era un hombre joven y, como todos los jóvenes, gustaba de alardear de sus conquistas. Dicen que durante una noche de borrachera se jactó de haber deshonorado a una de las muchachas del pueblo, que dio todo tipo de detalles, dijo que había sido en el bosque, un día soleado, y que ambos habían yacido juntos sobre los helechos. Todavía borracho, el marinero se embarcó y no pudo desmentir lo que era una vergonzosa infamia. La honra de la muchacha quedó, por tanto, en entredicho; pero cuando el marinero volvió, ella decidió vengarse. Le citó en el viejo camposanto, tratando de que el pueblo entero supiera de la cita. La chica le esperó junto al acantilado y cuando él se acercó, saltó sobre el vacío y se estrelló contra las rocas. Nadie creyó esta vez al marinero; aunque no había testigos, todo el pueblo sospechó que quizá él la había empujado. Luego se supo, no me pregunten ustedes cómo, que la muchacha había muerto siendo doncella.

—¿Y el marinero? —preguntó visiblemente impresionada madame Hoschedé.

—Ya le han visto —respondió la mujer—. Lleva la amargura y la culpa escritas en el rostro.

Regresamos a casa. Durante la cena, madame le refirió al señor la historia. Yo guardaba un pertinaz silencio, pero el viejo no dejó de observarme durante toda la velada. En cuanto pude me retiré a mi cuarto, me tendí en el lecho y evoqué con placer la visión de la muchacha entre los helechos. Por un momento, tuve la impresión de que esa imagen perduraba, se había hecho real y estaba escondida en algún lugar de este mundo.

Al día siguiente le pregunté al señor qué había pintado durante aquel verano en Thouraine. El viejo se rió con una estruendosa carcajada y me hizo subir al desván. Buscó entre los viejos lienzos envueltos en papel de estraza. Al final lo encontró, lo abrió y me lo mostró: era cierto, allí estaba ella, desnuda, hermosa, inocente y tentadora, sobre un mar de helechos verdes. Miré sus ojos. Ahora me daba cuenta. No eran los de un niño o los de un viejo: eran los ojos cansados de los muertos.

Esta es la transcripción literal de una entrevista realizada en 1922 por el periodista holandés Christian Memlinc a George Rastat, sirviente que fue del famoso pintor impresionista Claude Monet. Nunca se publicó. Apareció años después, cuando Memlinc había muerto, entre sus papeles personales y a muchos kilómetros de la vieja Normandía.

El cuadro titulado Desnudo de mujer entre los helechos no está catalogado como una de las obras de Monet. Los especialistas dicen que Monet no pintaba desnudos. De hecho todo el mundo sabe que era un pertinaz paisajista. Por otra parte, parece comprobado que Monet nunca estuvo en Thouraine. Es más, en la costa de Normandía no existe ningún lugar llamado Thouraine.

Hasta aquí todo resulta comprensible. Podemos asegurar con relativa certeza que esta entrevista tiene todas las características de una pieza de ficción, no es real, se trata de un invento, lo que en arte llamaríamos no una falsificación, pero sí una esmerada copia. Y, no obstante, hay un hecho extraño que enturbia esta certeza: en un viejo edificio de El Havre que en tiempos había pertenecido a la familia Monet, en el desván, se encontró un lienzo sin firma que representaba a una mujer vuelta casi de espaldas y sentada sobre un suelo lleno de helechos. Es una obra realmente singular. El sol está escondido entre las ramas, en el ángulo superior derecho, y su reflejo cubre el cuerpo de la mujer, rompe en él como si fuera una ola, y se dispersa por el resto del lienzo llenándolo todo de una luz terriblemente hiriente. Este cuadro, realizado con una depurada técnica impresionista, no lleva firma. Ninguno de los críticos o marchantes consultados pudo identificar a su autor. Desde luego, todos negaron que pudiera haberlo pintado, en ningún momento, monsieur Monet.

MI CASA

Yo nací en Bilbao, una ciudad húmeda, oxidada y dura como el mineral de hierro. La mayor parte de mi vida la pasé allí, pero desde muy joven he sentido una secreta fascinación por las ciudades andaluzas. Recuerdo la primera vez que estuve en Córdoba. Era una noche de agosto, sofocante como pocas. El olor a jazmines invadía la ciudad emborrachando los sentidos y por todas partes se veían gentes aplacadas por el brutal calor, sentadas a la puerta de las casas, con sus sillas y sus improvisados abanicos, mujeres con la labor en el regazo, tejiendo desmayadamente, hombres en camiseta que miraban con ojos soñolientos el vacío de una noche sin sueño. Y a pesar de toda esa vigilia el silencio resultaba sobrecogedor. Yo paseaba en solitario, bebiendo con deleite toda aquella extraña dimensión nocturna, en la que había una terrible pugna entre el insomnio y el sueño. A veces, al pasar frente a una reja, se oía dentro el rumor de un cuerpo agitando entre las sábanas, algún breve ronquido, la respiración entrecortada de alguien que lucha con un mundo recóndito e inconfesable. Recuerdo que me detuve ante un patio. La puerta estaba entreabierta. Me asomé empujada por la curiosidad. Dentro brotaba el agua de una pequeña fuente de piedra. La luna iluminaba el interior con reflejos azulados y por las paredes encaladas se veía corretear a una salamanquesa. En un rincón del patio vi a una mujer mayor que se balanceaba suavemente en una mecedora de mimbre. Al notar mi presencia se volvió hacia la puerta. Se quedó observándome en silencio como si esperara algo de mí.

—Disculpe —dijo con un hilo de voz. Recuerdo que me sentí muy avergonzada por mi intromisión—. Pasaba por la calle y he visto el patio. Me ha parecido tan hermoso que no he podido resistir la tentación de asomarme. Perdóneme, no quería molestar.

La mujer se incorporó y dijo:

—No se preocupe, no me molesta en absoluto. Es un patio muy alegre, ¿verdad?

Asentí con un gesto. Había jazmines, buganvillas, grandes hibiscus rojos como la sangre y macetas de geranios y azaleas. A la izquierda vi un pequeño naranjo de frutos verdosos y un aguamanil en cuyo lavabo se habían sembrado varios ramilletes de flores color violeta.

—¿Quiere usted pasar? —dijo ella al cabo de unos instantes—. Puedo ofrecerle un vaso de limonada.

Parecía una persona muy cordial y acepté encantada. Me ofreció asiento a su lado y me sirvió de una jarra helada en la que flotaban rodajas de limón y hojas de hierbabuena. Hablamos del calor, de lo difícil que resulta conciliar el sueño en estas noches tórridas de verano, y de las ventajas de tener un patio como aquel en la casa.

—Permite que circule el aire y tener algunas plantas. Porque las plantas mitigan mucho el calor, ¿no cree? Si no fuera por ellas, no tendría nadie de quien ocuparme. Yo vivo sola, ¿sabe?

Era una mujer encantadora, viva y locuaz, aunque en algún momento me pareció también algo melancólica. Se interesó por el motivo de mi visita a Córdoba.

—He venido a consultar el Archivo de la Ciudad —le dije—. Me dedico a la paleografía.

—Ah —exclamó ella aparentemente interesada—. Ustedes son los que descifran viejas escrituras, ¿no es eso? Pero parece demasiado joven. Siempre me imaginé que los paleógrafos eran sesudos ancianos de ojos fatigados y barba blanca.

—Oh no, ese no es el requisito principal —respondí riendo—. Yo soy especialista en textos árabes. Estoy investigando sobre la época de un califa cordobés, Al-Hakam II, y concretamente sobre las mujeres copistas que el califa tenía a su servicio. Las había muy sabias y capaces también en aquella época.

Ella sonrió un poco desconcertada y me miró como pidiendo disculpas por su observación. Yo le devolví un gesto amable con el que pretendía decir que no tenía ninguna importancia. Entonces la mujer se incorporó ligeramente en la mecedora de mimbre y me preguntó:

—Entonces ¿usted podría descifrar cualquier cosa que esté escrita en árabe?

—Creo que sí —respondí—. Sobre todo si pertenece a la época del Califato, que es la que más he trabajado. Pero no resulta fácil. Se han perdido la mayor parte de los documentos escritos y los que se conservan están muy deteriorados, tienen manchas de humedad o les faltan páginas, la tinta tiende a desaparecer, en fin, es un proceso bastante costoso. Los libros soportan mal el peso de los años. Ahí tiene usted la Mezquita. Cualquiera puede verla y hacerse una idea de lo que fue en otro tiempo. Con los documentos no pasa eso. Son frágiles, escasos, y a veces su contenido nos resulta bastante confuso.

Me había escuchado atentamente, sus viejos ojos clavados en los míos, como si quisiera animarme a continuar. Después de unos instantes volvió a balancearse lentamente en su mecedora y preguntó sonriendo:

—Ama usted su profesión, ¿no es eso?

—Desde luego —respondí de inmediato. Era extraño estar hablando así, pero recuerdo que las palabras se encadenaban unas a otras con insólita facilidad y que sentía un fuerte deseo de confiarle mis sentimientos—. Verá, últimamente pienso mucho en ello. Tengo la impresión de estar contribuyendo de algún modo, una forma humilde sin duda, a que no se desvanezca del todo el pasado. Esta idea me obliga a seguir adelante. Muchas veces he sentido deseos de dejarlo, de hacer algo más práctico, más acorde con las necesidades de nuestro tiempo, no sé, dedicarme a la enseñanza o hacer unas oposiciones a bibliotecaria; pero no puedo abandonar. No sé muy bien si acertaré a explicárselo. Creo que es mi obligación. Tengo la certeza de que voy a encontrar algo que se ha perdido hace tiempo, algo que está enterrado en la oscuridad y que sólo yo puedo devolver a la luz. Pensará usted que es muy presuntuoso de mi parte, estoy de acuerdo, pero no puedo deshacerme de esa sensación.

—Ya —murmuró ella pensativa—. Entiendo perfectamente lo que le ocurre. Verá usted, en cierto sentido a mí me sucede algo parecido. ¿Ve esta casa? He nacido en ella. Mi madre también nació aquí. Y su madre. Y la madre de su madre. Es una curiosa tradición. Siempre la heredan las hijas. Ha pertenecido a mi familia desde hace siglos. Sólo es un viejo caserón lleno de problemas, pero yo también siento la obligación de conservarla. Y aquí estoy, viendo llegar la vejez con la angustia de no haber sido capaz de tener una hija que la herede. Pero, en fin, no nos pongamos tristes. Venga, quiero enseñarle algo.

Se levantó y la seguí hacia una de las habitaciones del fondo. Abrió una puerta, pesada y recia como los siglos, y entramos en un pasillo oscuro, de paredes desteñidas, que daba paso a otro patio más grande y descuidado.

—Esto era el huerto —dijo ella—. No sirve para nada, pero los árboles me gustan.

Observé que había unos cuantos limoneros y un granado, una parra de hojas densas y, al fondo, junto a la tapia, una enorme higuera cuyas ramas sobresalían por encima del muro. Más allá, en la inclemente oscuridad de la noche, se alzaban otras innumerables casas, con sus muros y sus patios, construyendo un complicado enjambre en el que era muy difícil reconstruir el trazado de las calles. La mujer me indicó con un gesto un lugar que apenas se podía distinguir.

—Ahí estaba el pozo —murmuró, señalando unas cuantas piedras enterradas bajo una capa de cemento—. Tuve que cegararlo hace muchos años. Era peligroso. Ya no tenía agua.

Luego me llevó hacia un recodo del huerto, abrió con dificultad la cancela de una pesada reja y bajamos a lo que en un tiempo debió de ser la bodega. Había un pequeño rellano que, al parecer, continuaba más abajo. Hubo que descender un nuevo cerrojo. Ese espacio interior, oscuro y húmedo, exhalaba un aliento de terrible abandono. Encendimos un par de velas.

—Fíjese en esa pared —dijo mi anfitriona—, es un resto de muralla. Venga, venga por aquí, y tenga cuidado con los escalones, están en muy mal estado.

Avanzamos en la penumbra, bajando por una rudimentaria escalera, hasta que tropezamos con el desnivelado suelo de tierra. Ella caminaba con paso seguro, como si conociera el lugar exacto donde debía poner los pies. La seguí a lo largo del sótano, hasta que se paró en un tramo angosto y oscuro como un pozo.

—Justo encima de nosotras se encuentra el patio. La casa, usted se habrá dado cuenta, es del siglo XVIII, pero este sótano debe de ser tan antiguo como la ciudad de Córdoba. Mire, mire ahí, en ese rincón.

Señaló una franja de tierra en el muro, por la que asomaban restos de un capitel enterrado entre ladrillos y cascotes. Encima de esa columna de piedra blanca, se podía ver un doble arco en forma de herradura que se sujetaba al menos en otros dos pilares exactamente iguales. Me asombró suponer que debajo del patio visible hubo antes otro patio más antiguo y que bajo la vivienda actual estaban enterrados un número indeterminado de columnas y arcos de la época musulmana. Miré a la mujer con ojos atónitos y ella sonrió, haciendo un gesto ambiguo. Luego dijo:

—Ya sé que debe de ser muy antiguo y que es una lástima que permanezca en este estado de abandono, pero nunca he dejado que nadie lo viera porque tengo miedo de que vengán, se pongan a excavar y derrumben mi casa. Es la casa de mi madre. Y de la madre de su madre. Creo que usted entiende perfectamente lo que quiero decir.

Asentí en silencio, todavía fascinada por aquel insólito descubrimiento. Me pregunté por qué me lo había mostrado precisamente a mí, pero no tuve que esperar mucho para saberlo. Vi que acercaba la vela a uno de los muros y que con la mano retiraba el polvo terroso que cubría parte de una inscripción escrita en caracteres arábigos.

—He querido que lo viera —dijo entonces la mujer—, porque siempre he tenido deseos de saber lo que significan esas palabras. Usted me ha dicho que es especialista en textos árabes. Quizá sepa lo que pone aquí.

Acerqué también mi vela, para poder ver de cerca la lápida. Tuve que retirar con los dedos la tierra que se había quedado adherida a ciertos trazos, hasta que pude recomponer la totalidad del párrafo.

—Parece una invocación —dije.

Luego me alejé unos metros, mientras ella alumbraba la lápida con su vela. Al verla allí, los envejecidos rasgos temblando levemente por el efecto de las oscilaciones de la llama, imaginé que sentía una emoción más honda que la mía, que había aguardado quién sabe cuántos años para conocer lo que decían esas enigmáticas palabras. Por un momento sentí cierto temor al pensar que pudiéramos encontrar algo muy distinto de lo que ella esperaba, que podía hallarme frente a un hecho inquietante que desvaneciera de un golpe la tranquilidad de todos esos años en los que ella había imaginado poseer un secreto tesoro esculpido sobre una losa de piedra; pero no fue así, la inscripción era una simple placa de esas que todavía hoy se ponen a la entrada de las casas. Sin ninguna dificultad, leí en voz alta:

Sea esta casa fuente de todo gozo y alegría. Nunca pierdan sus moradores el abrigo de sus muros. Fluya el agua de sus pozos, arda el fuego en sus hogares, para que permanezca en el Tiempo, pues el Futuro ya ha sido sembrado en el Presente.

Noté la gran satisfacción que sintió cuando escuchó mis palabras. No dijo nada, pero se quedó mirando la lápida como si encontrara un misterioso placer en contemplar esos signos incomprensibles. Luego se acercó a mí y me cogió con fuerza la mano en señal de agradecimiento.

Subimos los peldaños lentamente, creo que las dos estábamos un poco impresionadas, y cuando salimos de nuevo miré el cielo que estaba cuajado de una infinidad de estrellas. A través del corredor regresamos a la serena quietud del patio. Se dejó caer en la mecedora de mimbre y yo me senté a su lado, sin decir palabra. Pasaron unos minutos en los que las imágenes del sótano se fueron desvaneciendo lentamente, para dejar paso a una curiosa sensación de calma que se extendía por la casa y que nos tocaba con su aliento cálido. Por fin habló y, cuando lo hizo, comprendí que no deseaba hacer ninguna referencia a lo que me había enseñado.

—Hace una noche tan maravillosa... ¿Nota usted que ha refrescado? Es la brisa del Guadalquivir. Todos los días sucede lo mismo. De madrugada, entra este airecillo tan reconfortante que recorre la ciudad como si fuera un duende. Si se va ahora hacia su hotel, cuando llegue podrá conciliar el sueño sin dificultad.

Me puse en pie. Había decidido olvidar todo lo que había visto esa noche. Supe que ella lo esperaba así y que no hacía ninguna falta exponer mis intenciones. Había surgido entre las dos un acuerdo mutuo, que se podía ver en sus ojos y en los míos, sin la más mínima duda, un acuerdo silencioso y veraz. La mujer me acompañó hasta la calle.

—Vuelva a verme otro día —dijo desde la puerta—. Hay algo que deseo pedirle.

Abandoné la casa con una íntima sensación de bienestar que, por la mañana, mientras trabajaba con los documentos del archivo, me hizo pensar más de una vez en ella y en aquel tesoro que se escondía bajo el patio. De vez en cuando, apartaba mis papeles para recorrer mentalmente la casa y me pareció un verdadero milagro que todo pudiera sobrevivir de aquella forma espontánea y atemporal. Recordé las dificultades de mi madre para reparar tejados y cubrir las grietas en nuestra casa de Begoña, la eterna lucha con las cañerías y los desagües, el enfoscado de la fachada, siempre cubierto de una pátina negra, y el afán que poníamos las dos en conseguir que las cosas funcionaran. Pensé en que era muy difícil luchar contra ese estado de paulatina descomposición que impone el transcurrir del tiempo. A veces, contra todo pronóstico, surge un milagro, algo parecido a lo que había podido contemplar la noche anterior en el sótano de aquella casa, el tiempo doblega su espíritu destructor y la huella del pasado pervive como si fuera un oscuro sortilegio para que podamos contemplar la historia en todo su esplendor. Me alegré de ver que aquella mujer lo había conseguido, aunque no tuviera nadie a quien dejar su herencia.

Por la tarde, cuando se fue el sol, di un breve paseo por las calles que rodean la Mezquita. Estaba trabajando en los últimos tiempos del Califato, una época en la que Córdoba contaba con seiscientas mezquitas y tantos zocos como oficios. Sólo en la ciudad, se publicaban al año más de cincuenta mil libros, eso sin contar los que venían de Oriente o del Magreb, que se vendían rápidamente y alcanzaban precios exageradamente altos. En las mezquitas, en los palacios, en las casas de los notables musulmanes y en las bibliotecas de los ricos comerciantes judíos, los copistas se afanaban en reproducir con solemnidad miles y miles de palabras en árabe, hebreo o romance. En el arrabal de los escribas había casi doscientas mujeres copiando manuscritos. Nada de esto me era totalmente desconocido, pero hasta ese día no tuve la impresión de que algo, una huella de ese pasado esplendor persistía aún en el ambiente. Era como si toda la ciudad estuviera sumergida en un hechizo capaz de conservarla en un milagroso estado intemporal. Evidentemente estas sensaciones no eran visibles, de la época califal quedaban pocas cosas reales, pero yo me precipitaba en una serie de imágenes mentales en las que se confundía mi trabajo con lo que había visto la noche anterior. Por un momento creí oír el susurro de los siglos, el rumor de palabras pronunciadas en tres idiomas simultáneos, creí sentir el aroma de las especias, el olor acre de los curtidos, el desorden de un laberinto lleno de callejones, de recónditas plazas y de secretos vergeles que crecen detrás de los muros de argamasa, para prolongarse unos metros más allá, entre los misteriosos y enigmáticos adarves rodeados de penumbra.

Sin darme cuenta había llegado a la casa de mi amiga. Traté de asomarme al patio, pero el portón de la entrada estaba cerrado. También lo estaban las ventanas de la fachada. Tras las hermosas rejas de hierro forjado, se veían los cristales, sucios y opacos, y luego unas pesadas contraventanas que impedían acceder al interior. De lo alto, en lo que imaginé era el hueco del huerto, llegaba un estridente alboroto de pájaros ocultos. Llamé varias veces al portón de la entrada pero nadie me abrió. No quise insistir y me alejé de allí con una incómoda sensación que me acompañó durante varios días.

Volví cuatro o cinco veces más y siempre era igual, la casa permanecía cerrada, día tras día, sin que se viera la más mínima señal de vida en su interior. La víspera de mi partida lo intenté de nuevo. Era media tarde. Había conseguido terminar mi trabajo en el archivo y me sentía feliz. Quería decirselo, que por fin había completado mis investigaciones sobre la época de Al-Hakam II, y que ahora me preparaba para volver a casa, al otoño lluvioso de mi ciudad y, seguramente, a compartir con mi madre los desvelos por una vieja casa como la suya, que nos ocasionaba tantos quebraderos de cabeza, sin que hubiera ningún secreto histórico que los justificara. Pensé que debía despedirme de ella, verla una vez más. También habría querido ver por última vez el patio, el sótano y aquellos arcos y capiteles enterrados sobre los que se había construido la vivienda. Llamé a la puerta varias veces, pero como en ocasiones anteriores no obtuve respuesta. Finalmente, cuando iba a marcharme, noté que la pequeña contraventana que tapaba la rejilla parecía entreabierta y que empujándola con un objeto algo más largo que mi mano conseguiría quizá abatirla hacia un lado. Lo hice así. Cogí un bolígrafo de mi bolso y di un golpe seco sobre la madera. Desde este pequeño orificio se podría contemplar el zaguán y, un poco más allá, una de las esquinas del patio. Me asomé con la esperanza de ver a la mujer en su mecedora de mimbre o, al menos, alguna señal que me hiciera pensar que se encontraba bien. Todo estaba desierto. Un enorme silencio retenido se precipitó sobre mí con la brutalidad de un cataclismo, venía de dentro, flotaba por las paredes con una fuerza sobrenatural, de tal modo que por un momento me pareció que la casa y yo nos habíamos precipitado juntas bajo tierra. Casi sentí miedo de mirar. Tal como había supuesto se podía ver sin dificultad una parte del patio, pero ahora era muy difícil reconocer aquel lugar. Parecía sumido en un estremecedor abandono: las plantas estaban secas, las paredes mostraban desconchones enormes y la mecedora de mimbre yacía sobre el polvoriento suelo, rota, desvencijada, como un cadáver descompuesto por el tiempo.

Pensé que ocurría algo. Algo extraño e incomprensible. Me quedé en la acera, incapaz de dar un solo paso, contemplando la fachada, las rejas, el tejado, tratando de adivinar lo que había pasado. No podía creerlo. La calle estaba en penumbra. La noche andaba cerca. Por el fondo de la última calleja entraba un rescoldo de luz grana, restos fogosos de un sol que moría entre las huertas del río. Al otro lado de la calle una mujer abrió la ventana. Me acerqué a ella y le pregunté si sabía lo que le había pasado a la dueña de la casa.

—Ahí no vive nadie —respondió con desconfianza—. Esa casa está cerrada desde hace muchos años.

Luego ella también cerró la ventana.

Pasaron los años. Volví a Córdoba en muchas otras ocasiones. En cada nuevo viaje me acercaba a la casa y la contemplaba en silencio, como si se tratara de un sueño. Poco a poco se convirtió en una obsesión para mí, siempre cerrada, siempre inaccesible, hasta que murió mi madre y entonces decidí realizar las gestiones necesarias para comprarla. No fue fácil. Nadie quiere vivir en un viejo caserón del siglo XVIII, pero la codicia de los propietarios se despertó cuando vieron mi interés. Tardé mucho tiempo en conseguir que vendieran y pagué por ella un precio mucho más alto de lo que me permitían mis escasas posibilidades. Afortunadamente, casi al mismo

tiempo, pude vender la casa de Bilbao a una empresa constructora que la derribó inmediatamente para edificar una torre de pisos. Con ella desaparecieron todos los recuerdos que me ataban a esa ciudad húmeda, oxidada y dura como el mineral de hierro, y pude instalarme en Córdoba.

Ahora vivo aquí. También yo estoy totalmente sola. Durante las sofocantes noches de verano me quedo en el patio hasta altas horas de la madrugada, sobre la mecedora de mimbre, y contemplo el cielo estrellado de una ciudad que todavía conserva algún misterio bajo sus cimientos. A veces alguien pasa por la calle y se queda mirando el patio con curiosidad. Entonces hago un esfuerzo y le invito a entrar, le ofrezco un vaso de limonada y espero atentamente una señal.

YO LLEVABA AQUEL ABRIGO CLARO
Y UNA ENORME BUFANDA ROSA ALREDEDOR
DEL CUELLO...

*A Justo,
mi compañero de viaje*

Es nuestro primer día en Buenos Aires. Javier y yo hemos decidido dar un paseo, por eso rechazamos el taxi a la puerta del hotel y por eso cruzamos la avenida del Libertador con esa confusa turbación que los viajeros llevan instalada en el rostro cuando descienden a una ciudad que habían imaginado largo tiempo y que ahora amenaza con desvanecerse sacudida por el desconcertante abrazo de la realidad.

Es una mañana fría. La niebla surge del río y avanza por los parques como si fuera un aliento contenido que miles de bocas hubieran expulsado con fuerza sobre esta parte de la ciudad. Sé que los diques del puerto están cerca y que las dársenas albergan tinglados y mercancías que cruzarán o han cruzado ya un océano de dimensión incierta para los habitantes de un mundo lleno de aviones. El mar ha desaparecido de nuestras vidas, las rutas marítimas se han perdido en el fondo del recuerdo y permanecen allí, infranqueables, ignotas e imprecisas, como una leyenda murmurada al calor de la lumbre. Siento una desconcertante calma, una especie de pereza que mitiga cualquier expectativa de reconocimiento. Javier camina a mi lado y adivino en él la misma desconcertada sensación, quizá el recuerdo de nuestra casa en Madrid, el calor nocturno del verano adherido a las paredes, los recipientes de agua dejados en la biblioteca para que la madera no sufra, los aspersores regando la montaña de rocalla poco antes del amanecer, fantasmales, agua sin dueño que obedece al mandato de un programador instalado en el garaje, nuestras cosas perdidas después de tantos días de viaje por un continente que se parece a España y que no lo es, en absoluto lo es, eso lo desmienten constantemente estos árboles invernales que contemplamos sin hojas y este frío húmedo y desapacible que nunca habíamos tenido la oportunidad de sentir en pleno mes de agosto. Apenas nos miramos. Vamos avanzando por la ciudad con el paso seguro de la costumbre, tomamos por Arroyo, nuestro ritmo se acomoda sin dificultad al ritmo del otro, cruzamos la avenida 9 de Julio, a veces nos paramos delante de una vitrina, comentamos algo sobre el precio de un par de zapatos, Javier se sorprende de que todo se pueda comprar a plazos y yo me siento insegura y extraña, sí, terriblemente alejada de todo cuanto veo, y pienso entonces en ese cuento de Cortázar que se titula precisamente así, *Lejana*, y en su protagonista, *Alina Reyes*, y recuerdo esa frase inconclusa que Cortázar hacía con el nombre de mujer, *es la reina y...* Yo también tengo un nombre con el que hacer anagramas, un nombre que se puede convertir en una estúpida frase, *raza rige mi ruina*, o acaso *urgía mira raíz en...*

Repito esas palabras sin sentido... *urgía mira raíz en...* mientras recuerdo el puente de Budapest sobre el que Javier y yo también hemos caminado una mañana de invierno como esta, cuando la nieve se agolpaba sucia de hielo derretido bajo las barandillas y el Danubio se agitaba entre pequeños bloques de hielo, cuando los barcos turísticos fondeaban su soledad sin clientes en la orilla y nosotros nos queríamos tanto. Tenemos una foto en nuestro dormitorio, sonrientes sobre el puente, con la ciudad blanca a nuestra espalda, el edificio del Parlamento insinuándose a lo lejos, cubiertos hasta las cejas para protegernos del frío, muertos de ganas de correr al hotel y pasar las horas muertas en la cama. Todo eso se ha evaporado. Como el verano que hemos dejado atrás tan sólo unos días antes, para hacer este viaje absurdo y encontrarnos con el mismo desapego a miles de kilómetros de casa. No sé cómo nos ocurrió. Nunca se sabe, lo he oído decir cientos de veces, simplemente la rutina se come tus esperanzas y tus anhelos, te acomodas, te acostumbras a repetir los mismos gestos, un comportamiento determinado para la alegría, otro para la tristeza, para el enfado, para una cena con amigos el sábado por la noche, te habitúas a esconder tus sentimientos y a dejar al otro aparcado para más tarde, como si se pudiera, como si eso fuera posible, que no lo es, el otro sigue su vida, fabrica sus mentiras y vive sus miedos al margen de ti, se despereza por la mañana con el gesto fastidiado de encontrarte siempre a ese lado de la cama, te contempla sin ternura mientras tú lloras en el cine cuando veis una película de amor y luego, cuando llegan las vacaciones, buscáis juntos un lugar nuevo que os pueda devolver la emoción de estar y no estar al mismo tiempo. Así es como un buen día te ves en Buenos Aires, haciendo absurdos anagramas, mientras Javier toma una infusión y mira a través de la ventana de un hermoso café de Lavalle, esquina Libertad.

—Hace un frío que pela —recuerdo que murmuró sin mirarme—. Teníamos que haber ido al Caribe.

—O a Budapest —respondí automáticamente—. Ahora estaríamos sobre el puente aquel en el que Alina Reyes por fin *es la reina y...*

Ahí es donde se vuelve hacia mí y me mira como si me hubiera vuelto loca. No dice nada. Sólo me mira. Y yo me siento fuerte, reforzada por mi repentina excentricidad de mujer que recuerda una lectura antigua y la revierte sin nostalgia sobre el presente. Ahí es donde le devuelvo la mirada hueca y pregunto:

—¿Sabes qué se puede hacer con las letras de mi nombre?

Por supuesto, no esperaba ninguna respuesta en ese momento. Quería pronunciar en alto aquella absurda frase que palpitaba dentro de mi cabeza desde hacía rato. Ahí es donde digo:

—Escucha: *urgía mira raíz en...* ¿Crees que tiene sentido?

—Desde luego que no —respondió él.

A esas alturas de la conversación ya empezaba a irritarse.

—Y si fuera necesario, si fuera urgente —proseguí— que alguien mirara esa raíz del mismo modo que tú miras por la ventana, tranquilamente, sin desasosiego, con la misma calma, ¿dónde crees que debíamos buscar?

—Buscar ¿qué? —exclama malhumorado.

—No sé, quizá lo que había ese día en el puente del Danubio... Lo que entonces no pudimos ver. Yo también tenía nieve en los zapatos.

Él podía haber dicho: «Sí, lo recuerdo, estabas tan bonita... Llevabas aquel abrigo claro y una enorme bufanda rosa alrededor del cuello...». Pero no, no dijo eso, ni cualquier otra cosa que hiciera sospechar que guardaba aquel día en la memoria. No era pedir mucho. Al fin y al cabo era nuestra luna de miel. Yo no lo he olvidado. Recuerdo cada minuto de ese día. A veces me duermo pensando en ello y luego sueño con situaciones que ya han desaparecido de la realidad hace tiempo y sólo puedo recuperar gracias a los sueños. Son cosas que permanecen vivas dentro de mí, de algún modo se han arrinconado, sentimientos y emociones que podrían haberse desvanecido y que sin embargo mantengo guardadas con esmero en algún lugar incierto. Yo lo recuerdo. ¿Por qué él no?

Javier se levantó con gesto tenso y se fue al lavabo. Yo me quedé sola en nuestra mesa, mirando por la ventana. *Urgía mira raíz en...* Pensé que quizá debería hacerlo, debería mirar en la raíz de ese mal que nos consumía y que nos estaba convirtiendo en extraños.

Ese día me sentía tan rara que supe de inmediato que podía tomar decisiones, aunque ello llevara implícita la posibilidad de una irreparable equivocación. Cualquier decisión. Podía, por ejemplo, imaginar que me levanto también y decido salir a la calle dejando a Javier en el lavabo, encerrado con su indiferencia ante nuestros problemas, mirándose seguramente en el espejo, contemplando su rostro huraño y ensayando un comportamiento de varón ofendido que no va a tener oportunidad de esgrimir ante mí, porque me he ido del café y estoy caminando sin rumbo por esta ciudad que se parece tanto a España.

No lo hice. Me quedé sentada, esperando una señal que me permitiera completar ese torpe pensamiento incompleto: *urgía mira raíz en...* Cuando Javier volvió del lavabo, traía un gesto provocadoramente amable, una mirada de buena persona que trata de no amargarse las vacaciones.

—Vamos a algún sitio —dijo cogiendo el abrigo—. Hay que conocer Buenos Aires.

Y eso hicimos. Recorrer una ciudad invernal por la que deambulamos como buenos turistas, ahora el teatro Colón, después la plaza de Mayo, más tarde el cementerio de Recoleta y, al caer la tarde, La Boca y el puerto viejo de los inmigrantes, donde docenas de visitantes como nosotros se agolpaban en una minúscula callejuela peatonal llena de pintores típicamente porteños, vendedores de souvenirs y cantantes que congregaban a la multitud con una inevitable canción de Gardel. La gente aplaudía emocionada al reconocer la calle, *Caminito que el tiempo ha borrado, que juntos un día nos viste pasar...*, como si eso les hiciera protagonistas de un secular adiós que se extendía más allá de lo real, por un universo común de amores y desengaños. Recuerdo que todo me resultaba extrañamente falso, como si fuera un decorado, que compré para mi padre un cenicero de cerámica con el escudo de los Boca Juniors y que nos sentamos en una de las típicas tabernas en las que servían

sidra helada. Javier me hizo una foto con las viejas casas de los marinos genoveses como fondo. Las fachadas de hojalata pintada en vivos colores y la ropa tendida en las minúsculas ventanas, todo tan vistoso, y yo sentada en una silla de tijera, mientras una multitud informe pululaba a nuestro alrededor. Sé que ahí es donde siento una confusa sensación de cercanía, y cuando Javier deja la cámara sobre la mesa pongo mi mano suavemente sobre la suya, pensando que es él quien me provoca esta íntima seguridad de no estar definitivamente sola. Ahí es donde aparece otra vez la misteriosa certeza de que hay otro corazón que se acomoda a los latidos del mío, otros ojos me observan en silencio y que ese alguien se encuentra muy cerca. Ahí es donde cedo a la costumbre, creyendo haberme deshecho una vez más de esta espantosa e inútil inquietud.

Luego continuamos el viaje tal como estaba previsto y, sólo de vez en cuando, en las mañanas gélidas del parque Palermo o en las oscuras noches del café Tortoni, volví a sentir la impresión de ser yo y otra persona a la vez, volví a recordar que con las letras de mi nombre se podía construir un oscuro mantra que se enunciaba a la vez en presente y en pasado: *urgía mira raíz en...* Después vino el final de las vacaciones y el regreso a España.

Los días, con sus rutinas y sus tácitos acuerdos gobernados por la costumbre, pasaron lentamente. Me encontraba rara, sumida en una especie de extraño desasosiego que me tenía dando vueltas por la casa desde primeras horas de la mañana. Me levantaba poco después de que Javier saliera para el despacho, desayunaba, leía la prensa en el jardín, como antes de las vacaciones, repitiendo los mismos gestos reconocibles de mi vida diaria, pero todo lo hacía de una forma compulsiva, como si estuviera esperando algo que no terminaba de llegar. Al leer el periódico, por ejemplo, pasaba por los artículos de opinión, que siempre son los que más me interesaron, a toda prisa, ojeaba los titulares, todos, incluidos los de economía, buscando una noticia inédita que no pude encontrar. Este comienzo señalaba el camino de todas las horas siguientes. Me encerraba en el estudio y pasaba horas investigando una forma, tratando de resolver algún aspecto irrelevante en una portada, dibujando maquetas que no llegaba a concluir nunca. No hubo uno solo de los libros de la biblioteca que no revisara, pasaba las hojas como si me hubiera dejado en ellas una carta comprometedoras o un billete antiguo de incalculable valor. Durante todo ese tiempo no dejé de pensar en Budapest, en el puente sobre el Danubio y en Cortázar. La absurda frase que se podía construir con las quince letras de mi nombre seguía apremiándome: *urgía mira raíz en...* Al cabo de mes y medio, decidí llevar las fotos de las vacaciones a revelar, más que nada porque necesitaba cerrar ese episodio sin sentido, dejarlo reducido a una imagen fija a la que se puede poner un marco y que se puede colocar sobre la mesa camilla del dormitorio. Las recogí dos días más tarde y las dejé sobre una cómoda. Luego me fui a ver a unos clientes y almorcé en la ciudad. Tenía la impresión de que ese simple gesto de cancelación ponía fin a una etapa llena de inseguridades. Ese día firmé un importante contrato que me aseguraba el trabajo para el resto del año y, por la tarde, cuando Javier llegó a casa, miramos las fotos con la inevitable nostalgia de quienes se encuentran lejos, muy lejos de todos esos lugares que el tiempo amenaza con borrar como si fueran la letra olvidada de un tango. Una bonita perspectiva del obelisco, un ficus centenario frente a la iglesia del Pilar, la torre de los Ingleses, Javier comprando un tres cuartos de piel en el Patio Bullrich, los dos en el ruedo de un asador de carne, esa espantosa vaca Hereford disecada en la puerta del establecimiento, y luego La Boca, las precarias casas de colores, las tabernas del puerto, los pintores, los cantantes de tangos, todas las siluetas anónimas que servían de fondo en ese paisaje impreciso que se desvanece lentamente en el recuerdo... Ahí es donde la veo, en el instante que Javier aprieta el obturador, ella está situada a mi espalda, allí detrás, con sus ojos atentos y el abrigo claro, con la enorme bufanda rosa alrededor del cuello... Ahí es cuando sentí que no estaba sola y tomé la mano de Javier con una íntima convicción que se parecía tanto al agradecimiento, ahí es donde *urgía mira raíz en...* donde el futuro sigue su curso y yo pierdo la última oportunidad de saber.

LA CARTA PERDIDA

En 1964, cuando compré la biblioteca que había pertenecido a una ilustre familia vasca, nadie en la ciudad de Bilbao recordaba haber oído hablar del fantasma del teatro Arriaga. Y sin embargo, a comienzos de siglo, mientras la ciudad hervía de agitación industrial y el progreso económico crepitaba a ambos lados de la ría, los rumores sobre la existencia de un supuesto fantasma que habitaba el torreón de tramoya recorrieron la ciudad de norte a sur, yendo de boca en boca y achicando de temor los corazones.

Los libros de la familia Alzola se vendieron en un único lote, alguien los metió en noventa cajas de cartón y sólo algún tiempo después, cuando los examiné atentamente con ánimo de hacer una valoración más detallada, encontré casualmente un viejo recorte de prensa al que le faltan algunos datos, tales como el nombre del periódico en el que fue publicado y la fecha, aunque es de suponer que fue escrito días antes del incendio de 1914. Contiene una extensa y detallada crónica sobre la historia del teatro Arriaga y, solamente al final, hace mención a los hechos que nos ocupan. Dice así:

El teatro Arriaga es uno de los edificios más destacados de la ciudad. Se construyó entre 1885 y 1890, justo en el solar que anteriormente ocupaba el antiguo teatro Principal. Este hecho guarda gran importancia, pues el viejo teatro que anteriormente proyectaran Escondrillas y Díaz se incendió y eso fue lo que motivó a la corporación municipal a construir otro en su lugar. Era una época próspera. La explotación de la cuenca minera generaba casi cuarenta millones de toneladas de mineral y las exportaciones de hierro a gran escala habían creado, en menos de dos décadas, grandes fortunas entre la poderosa burguesía bilbaína. Con el capital procedente del comercio se creaban bancos, astilleros, se construían modernos puertos y se invertía en la creación de una prometedora industria siderúrgica, que pudiera competir en poco tiempo con la alemana o la británica. Por esa misma época se levantaron por toda la ciudad importantes edificios civiles y la vieja villa, que sólo unos años antes había sufrido el asedio carlista hasta quedar seriamente dañada, adquirió un nuevo aspecto próspero y elegante, en el que no podía faltar un lugar de cita para lucir tanto esplendor, vanidad y riqueza. El antiguo teatro Principal, de sobrio estilo neoclásico, no resultaba adecuado para albergar el lujo y la ostentación que aquella floreciente época exigía. Era viejo y resultaba fastidiosamente caduco. Así pues, se aprovechó un incendio mal sofocado, para construir en su lugar un nuevo edificio con tantos vestíbulos, salones y galerías, que más parecía casino que teatro propiamente dicho y en el que tan importante era ver como ser visto.

La corporación municipal encargó el proyecto al santanderino Joaquín Rucoba, que dos años antes había diseñado con gran éxito el Ayuntamiento de la villa. Era don Joaquín hombre muy estimado, tenía obra en Málaga y en Madrid y puso todo su celo en la construcción de este nuevo teatro que llevaría el nombre del maestro Arriaga. Rucoba abordó la construcción con entusiasmo y diseñó un edificio de grandes dimensiones, muy original, pues la platea estaba en un tercer piso, siendo los dos inferiores —planta de calle y entresuelo— pensados para instalar en ellos una Bolsa de Valores, así como un restaurante y un café. De este modo, el capital burgués ocuparía el edificio durante el día y, por la noche, los prominentes de la ciudad acudirían al moderno teatro de la Ópera para reunirse de nuevo. Este proyecto nunca llegó a cumplirse y la planta de calle se limitó a albergar un hermoso y amplio café que, no obstante, restaba espacio al vestíbulo y empobrecía la llegada de las damas con sus lujosos ropajes.

Se diseñó el nuevo teatro al modo de los existentes en las capitales europeas, pero Rucoba supo dar una solución práctica al importante problema que planteaban estos grandes edificios: su frecuente siniestralidad. Los incendios constituían el principal peligro para las viejas estructuras de madera. Y aquí entramos de lleno en el tema que nos ocupa, porque a pesar de los modernos medios utilizados por el arquitecto Rucoba —muros de carga en fábrica de ladrillo y sillería, vigas de acero y columnas interiores de fundición—, todavía hay quien dice que el teatro Arriaga corre peligro de incendiarse.

En este mismo artículo, unos cuantos párrafos más arriba, hemos hablado del incendio en el que desapareció el anterior teatro, instalado en este mismo solar, y de los rumores existentes sobre la desidia de las autoridades por sofocar el fuego. Se dijo que habían dejado quemar impunemente el viejo teatro Principal, que las grandes familias mercantiles necesitaban un edificio que respondiera mejor a su necesidad de ostentación y esparcimiento. Según los rumores que circulan por la ciudad desde hace tiempo, en el incendio murió un muchacho, un joven violinista que en esos momentos ensayaba entre bastidores. Algunos testigos presenciales confesaron con espanto haber oído una música mientras las llamas salían por las ventanas laterales y devoraban la fachada, una música que siguió sonando cuando el interior del teatro quedó reducido a cenizas y que nadie podía explicar de dónde procedía. Personas versadas en la materia dicen que era el Concierto para violín n.º 1 en la menor de Bach. Algún tiempo después, cuando Rucoba inició la construcción del nuevo teatro con materiales de derribo procedentes del anterior, los bilbaínos que aún no se habían desprendido del temor que produjera aquel insólito hecho, comenzaron a hablar de la existencia de un fantasma y muchas personas aseguraron haber oído la misma música durante el tiempo que duró la edificación. Luego, afortunadamente, todo se olvidó. El teatro Arriaga fue inaugurado en 1890 y las hermosas lámparas de cristal de Bohemia eliminaron con su luz la sombra de este supuesto fantasma. Durante años hemos vivido en paz. Nuestra ciudad es una de las más hermosas y las más prósperas de España, nuestra banca la más poderosa y acaudalada, nuestra industria la más boyante, en nuestros astilleros se construyen cruceros de faja acorazada y en los Altos Hornos trabajan actualmente más de dos mil obreros. Bilbao es la ciudad del progreso y del desarrollo, el mejor ejemplo de lo que este nuevo siglo promete. Desgraciadamente aún no nos hemos desprendido de las necesidades del pasado, de los atávicos y oscurantistas miedos, y quizá por ese motivo se han vuelto a escuchar las voces que anuncian un nuevo incendio, las que hablan de la vuelta del fantasma del teatro Arriaga. Hay quien asegura que el joven músico que pereció durante el siniestro del viejo teatro Principal vuelve periódicamente para pedir venganza. Según dicen estos imprudentes que fabrican historias de miedo con objeto de amedrentar a la población, se oye música durante la noche sin que nadie la toque y están sucediendo pequeños accidentes de escasa importancia que tienen muy preocupada a la gerencia del teatro. En días pasados ha caído sobre el escenario una gruesa viga que estaba bien sujeta en el torreón de tramoya y los cristales del mirador ovalado de la fachada principal han saltado por los aires sin motivo aparente. Hay rumores, toda la ciudad se hace eco de ellos, aunque a muchos nos resulte todo esto una verdadera estupidez; pero la gente teme que algo suceda durante el mes de diciembre, fecha para la que se ha programado un importante ciclo musical, con representación de las más importantes óperas, y en la que se espera una gran afluencia de público. El presidente de la Diputación ha tenido que tomar cartas en el asunto y el propio alcalde se ha visto obligado a pronunciar un bando llamando al orden y pidiendo a los ciudadanos que no escuchen todas estas tonterías que pueden causar más daño que otra cosa. Por nuestra parte, sentimos la responsabilidad de hacer lo propio y queremos recordar a los bilbaínos que no es momento para fantasmas, sino para preocuparnos muy seriamente de los obreros de Ortuella, Matamoros y La Arboleda, en huelga desde hace dos semanas, o de la epidemia de tifus que ha causado ya más de treinta muertes. Dejemos en paz a los muertos y empleemos el tiempo en ser más caritativos con los vivos.

Debo confesar mi absoluta indiferencia sobre aquel amarillento artículo que alguien, quién sabe por qué motivo, había guardado cuidadosamente durante años. En aquellos momentos consideré todo el asunto como una anécdota anacrónica y apartada de la realidad. Digamos, para ser absolutamente sincero, que sonreí sarcásticamente al encontrar un evidente paralelismo con cierto argumento de carácter folletinesco sobre el que se habían hecho varias películas y escrito algunas malas novelas. Por otra parte, el inventario de la biblioteca de los Alzola colmó totalmente mi interés de bibliófilo. Encontré varios ejemplares que podían considerarse auténticas joyas bibliográficas y casi un centenar de volúmenes verdaderamente interesantes. Respecto a los papeles que había descubierto, debo confesar que los olvidé por completo.

Pasaron varios años. Ya me había deshecho de la mayor parte de la biblioteca y obtenido con ello un considerable beneficio, cuando sucedió algo que me perturbó profundamente. Un buen día recibí un libro y una escueta carta de un tipo que me era totalmente desconocido. El libro era una primera edición fechada en 1885, se encontraba magníficamente conservado y había sido escrito por el político Emilio Castelar. No se trataba de sus *Discursos parlamentarios y políticos*, como habría cabido esperar, o de ninguno de sus eruditos tratados de historia. Era una de las novelas posrománticas que Castelar había escrito por mero divertimento, la titulada *Fra Filippo Lippi*, cuya existencia yo conocía de antemano, aunque nunca había tenido ocasión de hacerme con un ejemplar. Me pareció un descubrimiento interesante, pero así, sin más, yo no habría dado dos duros por él. Fue el tono de la carta, su angustiada urgencia, lo que provocó en mí una especie de extraño contagio y me causó una sorprendente agitación. No decía una sola palabra que indujera a pensar que se trataba de una propuesta de venta, pero por otro lado tampoco podía tratarse de un regalo sin más. Cuando fui consciente de que allí había algo raro, decidí tomarme el asunto con cierta cautela y estudiar el libro en todos sus detalles.

Así lo hice. A primera vista parecía un ejemplar auténtico. Encuadernado a media pasta, con lomo de piel y tapas de chagrín, se encontraba en perfecto estado de conservación. Examiné las páginas interiores y vi con asombro que en las hojas de guarda alguien había escrito con pluma ágil y letra delicada la siguiente dedicatoria: *Para Joaquín, como muestra de mi inevitable amor, este libro que debe ser contemplado según la costumbre*. Lo firmaba una tal Beatriz Alzola. Me sorprendió enormemente. Aquel apellido... era el de la familia a la que años antes yo había comprado la biblioteca. Traté de encontrar algún sentido a esta curiosa coincidencia, pero no pude sino achacarlo a la simple casualidad.

La novela de Castelar pretendía estar ambientada en la Italia del siglo xv y debo confesar que literariamente no despertaba en mí el más mínimo interés. Una prosa pulcra, a veces estimulante, pero eso era todo. Le faltaba ese aliento mágico que poseen las grandes obras. Así y todo, consideré que el libro me interesaba, aunque solo fuera porque un día pudo haber formado parte de una biblioteca que ya no existía y que yo había vendido pieza por pieza.

Decidí que compraría el libro sin regatear ni una peseta del precio. Me pareció lo justo. Pero pasaron los días y su dueño no dio señales de vida. Ya estaba firmemente decidido a quedarme con el libro, así que lo llevé al taller con el fin de hacer unas rutinarias comprobaciones técnicas sobre la autenticidad de la edición y encontré algo realmente sorprendente. En el anverso de la tapa y aparentemente escondido en ella, sobresalía un bulto. Despegué con sumo cuidado la contracubierta y aparecieron dos cuartillas escritas con la misma letra de la dedicatoria. Rápidamente me di cuenta de que era algo más que una carta de amor y que había sido dictada por la urgencia, pues no llevaba fecha y la tinta discurría veloz y temblorosa por el ajado papel. Decía lo siguiente:

Querido Joaquín: te escribo esta nota rápidamente, porque es grave lo que tengo que decirte. Tu vida peligró si acudes a nuestra cita en el teatro Principal tal como, en secreto, acordamos ayer. Escucha con atención: acabo de presenciar una conversación que me ha causado vergüenza y pavor. No te diré quiénes eran los protagonistas, pero he sabido que esta noche, después del ensayo, cuando el teatro quede vacío, alguien va a provocar un incendio. No debes ir. Te aseguro que hablo en serio. Nada puede evitar que estos miserables se salgan con la suya. Serían capaces de prender fuego al teatro con

nosotros dos dentro.

Escondo esta carta en el interior de las tapas, como ya hemos hecho otras veces, pues no confío en la discreción de la criada y el asunto me parece terriblemente delicado para que ojos ajenos contemplen lo que acabo de referirte.

Sé prudente y prométeme que guardarás todo esto en secreto hasta que nos veamos. Prométemelo por nuestro amor. Te quiere,

BEATRIZ

La carta temblaba en mis manos, mientras mi cerebro trataba de ajustar los datos mediante una lógica que resultaba incompatible con la gravedad de los acontecimientos. Entonces recordé el trozo de periódico que había encontrado y traté de imaginar lo que había sucedido. El amante, un joven músico, acaso fatalmente distraído mientras ensayaba con su violín, no recibió a tiempo el mensaje, o no supo descubrir la carta en su escondrijo, aguardó a su amada entre las sombras del teatro vacío y pereció en el incendio. Me resistía con todas mis fuerzas a creer en la existencia de un fantasma, pero esta muerte tuvo que suceder con anterioridad a 1885, fecha en la que se empieza a construir el actual teatro. Y si fuera cierto que su música se siguió oyendo muchos años después, hasta las vísperas del incendio de 1914 tal como el recorte de prensa daba a entender, ¿qué pasó mientras tanto con la joven? ¿Qué fue de ella? Mi curiosidad por encontrar un sentido a la historia, hizo que me dirigiera por carta al Archivo Municipal de Bilbao, solicitando información sobre el caso. A vuelta de correo recibí una escueta nota que decía:

Beatriz Alzola, perteneciente a una de las más ilustres familias de Bilbao, murió trágicamente a la edad de cuarenta y siete años durante el incendio que se produjo en el teatro Arriaga en 1914. Con ella perecieron su esposo, don Amador Olavarría, sus hijos y la mayor parte de su familia.

Mi celo investigador no llegó más allá. Debo confesar que temí seguir adelante. Cuando lo sobrenatural desciende sobre nuestra limitada conciencia humana nos sentimos terriblemente amenazados. Entonces uno puede reaccionar tratando de encontrar una explicación razonable o, simplemente, ignorando aquello que se ha visto. Yo opté por esta segunda posibilidad.

Pasó el tiempo. Varios años después, una tarde lluviosa, cuando casualmente me encontraba en Bilbao por motivo de negocios, quise contemplar el lugar donde había sucedido todo. Bajé hasta el paseo del Arenal. El teatro Arriaga se alzaba, solemne y ecléctico, sobre su propia historia. La lluvia caía con fuerza. Había subido la marea y el cauce violento de la ría parecía a punto de desbordarse. Una penosa sensación húmeda y desapacible me invadió mientras permanecía frente al teatro.

—Curiosa fachada, ¿verdad? —dijo una voz a mi lado.

Me volví sorprendido. No había notado que nadie se acercara. El hombre estaba a unos diez pasos, protegido como yo por un oscuro paraguas.

—Observe esas figuras decorativas. ¿No son impresionantes?

En las cornisas, sobre los frisos, en hornacinas, había un gran número de esculturas de distinto tamaño, todas ellas sosteniendo columnas, enmarcando bóvedas o convertidas en decorativos capiteles superpuestos a la fachada que ahora borraba una densa cortina de agua. Durante un breve instante tuve la sensación de que en algún lugar se oía una suave música, pero no me extrañó, impresionado como estaba por la visión repentina de todos aquellos seres esculpidos en piedra. Realmente resultaban inquietantes.

—Parecen fantasmas —dije tratando de bromear.

Mi acompañante añadió con tono sombrío:

—Todo es posible. Estamos en un lugar siniestro... Un lugar maldito.

La observación me habría parecido totalmente fuera de lugar si no llega a ser porque a mí también me embargaba una poderosa sensación de fatalidad. No supe qué decir. Se hizo un violento silencio. La música se oía ahora claramente en el interior del teatro. Miré mis pies. El pavimento estaba lleno de grandes charcos y yo tenía los zapatos empapados. La lluvia seguía cayendo con fuerza. El hombre echó hacia atrás el paraguas, no del todo, pero lo suficiente para que yo me viera obligado a hacer lo propio.

—¿Cree usted que hay lugares predestinados, igual que hay personas predestinadas? —preguntó con una voz que me resultó extrañamente lejana.

Su rostro permanecía semioculto por las sombras. Hice un gesto ambiguo, dando a entender que no tenía una opinión demasiado clara al respecto.

—Y, sin embargo —continuó él—, aquí, en este mismo lugar había antes otro teatro.

—El teatro Principal de Escondrillas y Díaz —respondí automáticamente.

Imaginé que se sorprendería por mi erudición. Pero no mostró ninguna sorpresa. Ni siquiera me miró.

—Era un edificio de dos plantas —dijo con una repentina nostalgia—. Cuando había un concierto todo el teatro brillaba...

Observé que le temblaba la voz.

—Hace mucho tiempo de eso, ¿no cree? —dije tratando de no darle importancia—. Me temo que del viejo teatro Principal ya no queda nada.

—Se equivoca —respondió él—. Para la construcción de este edificio que usted admira hoy se usaron materiales de derribo. Las piedras, amigo. Ahí están. A las piedras no las destruye el fuego.

Me sentía incómodo con aquella extraña conversación, pero allí seguíamos los dos, bajo la lluvia, mientras la noche arrojaba toda su inclemencia sobre nosotros. Noté que el hombre se había quedado en silencio, como si estuviera recordando algo muy importante. Al cabo de un rato murmuró:

—Yo venía cada noche... Ella también lo hacía. Le gustaba escuchar mi música en la penumbra... solos los dos...

Sentí un escalofrío. En algún momento, al leer la carta de Beatriz Alzola, yo había construido esa misma escena en mi pensamiento. Así era como los amantes se veían antes de que se desencadenara la tragedia.

—¿Quién es usted? —me atreví a preguntar con un hilo de voz.

Él no me respondió. Se volvió y avanzó en dirección al antiguo fondeadero. Traté de seguirle. Una lengua de agua había abandonado el cauce de la ría y penetraba en el muelle, justo debajo del puente. El hombre se sumergió en esa humedad hasta los tobillos. Visto así, en la distancia, resultaba un poco espectral. Caminaba con el agua abrazando sus piernas, lentamente, mientras yo trataba de seguir sus pasos a través de la oscuridad y la lluvia. Sorteó el puente por debajo y salió a la luz de nuevo. La marea seguía subiendo y el Nervión aumentaba su caudal convertido en una corriente rápida y voraz que arrastraba todo aquello que se cruzaba en su camino. A la altura del muelle de Ripa, la ría había borrado sus límites. Todo era agua turbia, barro y confusión. Pensé que se avecinaba un cataclismo. Esta vez no se trataba de un incendio, sino de su más firme oponente: el agua. El hombre apenas se distinguía en la distancia. Caminaba lentamente, como si la desesperación guiara sus pasos. Durante un instante tuve la sospecha de que se dirigía al reino de los muertos y que pretendía arrastrarme con él. Entonces ocurrió. Un remolino me hizo perder pie y la riada me revolcó entre restos sólidos y fango durante unos metros, hasta que, de forma absolutamente milagrosa y casual, pude asirme a una de las barandillas de hierro que rodean el Arenal, ponerme en pie y salir de aquel abismo de turbulencia y aniquilación. Mi misterioso acompañante había desaparecido. Puedo jurar que justo en ese momento comenzó a sonar de nuevo una música y que los inconfundibles acordes del *Concierto para violín n.º 1 en la menor* de Bach remontaron el torrencial fragor de la desgracia.

HOTEL AMÉRICA

Mi hermano murió cuando tenía cuarenta y dos años. No se había casado. A pesar de sus muchas aventuras, siempre yendo y viniendo, de Bolivia a la India, de Mozambique a Nicaragua, mi hermano murió solo, sin que estuviera presente ninguna de las muchas mujeres con las que había compartido retazos de su vida. No tenía hijos, al menos que se supiera, por lo que fui yo quien heredó el pequeño y ruinoso hotel que regentaba.

Me avisaron en cuanto sucedió. Un camionero le había encontrado muerto sobre el sillón de un minúsculo cuarto interior que le servía de despacho. No había sangre, ningún signo de violencia, tan sólo un corazón todavía joven que, inexplicablemente, se había parado.

Cuando llegué al lugar en el que habían transcurrido los últimos dos años de su vida, me sentí profundamente desolada. El hotel América era un destaralado edificio de dos plantas que se alzaba en medio de la llanura, al borde de la antigua carretera general, un lugar incierto por el que apenas pasaba un alma y que seguramente alguien le vendió haciendo gala de una imaginación tan interesada como falsa. No podía entender por qué había ido a parar justamente allí, a ese lugar apartado del mundo, lejos de todo, donde un hotel de carretera hacía tanta falta como un vagón de tren en un suelo sin vías. Y precisamente eso era lo que vi frente a la puerta de entrada: un vagón de madera, reluciente, recién barnizado, con los cristales limpios y los escalones de hierro bruñidos con un absurdo esmero. Supuse que era un capricho más. Al fin y al cabo, durante años le había intentado convencer de que era necesario asentarse en un lugar, tener una profesión y una familia, quería que mi hermano dejara de ser uno de esos vagabundos del siglo XX a los que la gente llama viajeros haciendo gala de un desconocimiento y una concepción excesivamente románticas. Siempre supe que no quería conocer ningún lugar en especial, que lo único que pretendía era escapar de lo que había sido su vida, de los recuerdos y del dolor que todo esto le producía. Jamás me hizo caso. No le interesaban las mismas cosas que a mí, eso era evidente, no valoraba la seguridad, tenía miedo de pararse, miedo de tener que pensar en ciertas cosas, sentía vértigo ante la idea de tener hijos, de crear una familia. Muchas veces, cuando regresaba de alguno de sus viajes y se quedaba unos días en casa, yo veía ese miedo en sus ojos, miraba a mis hijos y a mi marido como si sintiera un oscuro terror en el fondo de su alma. A las pocas semanas desaparecía otra vez, sin rumbo, embarcándose de nuevo en la primera locura que se le presentaba. En fin, así era él. Y yo nunca pude hacer nada.

Recuerdo muy bien lo que sentí cuando entré en el hotel. Pensé que me había equivocado de lugar, de país. No era el tipo de hotel que se espera encontrar en un sitio como aquel. Por todas partes había carteles de grandes motos, de camiones, estantes abarrotados de trenes en miniatura, coches de los años sesenta y, al fondo del vestíbulo, junto a la puerta por la que se accedía a las habitaciones de la planta baja, una de esas máquinas de discos que salen en las películas americanas. Desde luego, hay que reconocer que había conseguido crear un ambiente que se adecuaba al nombre del hotel con absoluta fidelidad. La recepción era un pequeño mostrador de formica, con los bordes mellados y un grueso rodapié más mellado todavía. Al fondo, sobre la pared, había un cajetín de madera en el que se guardaban las llaves de las diez habitaciones y una puerta lateral que conducía al pequeño cuarto donde mi hermano había muerto. Entré allí con el corazón encogido, temiendo verle de un momento a otro. Pero en el cuarto sólo estaban sus cosas, eso era todo. Una cama abatible, una mesa vieja con una lámpara amarilla y el sillón tapizado en el que había decidido sentarse a morir. Me quedé allí un buen rato, sin dar un paso, mirando aquellos objetos como si yo también buscara algo intangible, algo que me pertenecía y que él se había llevado. Sobre la mesa había varias facturas, una cajetilla de tabaco, una goma de borrar y unos cuantos lápices de colores que nadie había usado. Tomé el paquete de cigarrillos sin saber muy bien por qué lo hacía, sólo era eso, un gesto inconsciente que se aferra a un objeto cualquiera con la esperanza de que mi hermano hubiera dejado allí una huella, una explicación, el porqué de tantos silencios mantenidos durante años. Debajo del paquete había un pequeño cuaderno. Lo abrí. Estaba escrito con una letra nerviosa y rápida que inmediatamente reconocí como la suya. Dentro de ese cuadernillo cuadrículado mi hermano Pedro había escrito esta historia:

Salieron por la puerta sin que nadie les prestara atención. La calle estaba casi desierta. Eran las siete de la mañana de un oscuro mes de diciembre y todos los coches tenían una gruesa capa de hielo en los cristales.

Sobre el banco del parque estaban amontonados los bultos del ciego que pide limosna en la esquina de la panadería. Un perro viejo olía con desconfianza el desteñido exterior de una de las bolsas de plástico. El mendigo yacía en la cara trasera del banco, enterrado en una inmensidad de ropajes imprecisos. La noche comenzaba a iluminarse con una pequeña luz malva que llegaba por el hueco oriental de la ciudad.

Remedios miró hacia el cielo, mientras caminaba muy despacio, y apretó la mano de su hermano.

—¿Tienes frío? —le preguntó.

El niño negó con la cabeza. Pero ella, a pesar de todo, le colocó la bufanda de lana sobre la boca.

Pasaron por delante de la Caja de Ahorros y se dirigieron hacia la estación. La calle del Viento estaba oscura. Una sola farola iluminaba el último tramo, destacando las fachadas amarillentas que hay junto a la plaza. Desde la estrechez de la acera apenas se distinguían los árboles desnudos, pero Remedios pudo ver un pájaro negro y grande que revoloteaba un instante sobre la copa fantasmal que se recordaba en la suave claridad del amanecer. El aleteo produjo un ruido similar a las tapas de un libro al cerrarse. La niña se estremeció. Un escalofío le recorrió el cuerpo.

Cruzaron el río. El agua bajaba turbia y rápida. Un tronco leñoso se detuvo en la orilla, debajo mismo del puente, culebreó unos instantes entre los matorrales y, finalmente, se dejó arrastrar por la fuerza de la corriente. Remedios repitió:

—Pedro, ¿tienes frío?

El niño no contestó. La bufanda se había aflojado y dejaba el cuello delgado de polluelo recién nacido al descubierto.

Al final del puente estaba el cuartelillo de la Guardia Civil. Apretaron el paso y llegaron a la estación cuando el sol, mortecino y débil, asomaba por encima de los tejados del pueblo.

Había una luz encendida junto a la puerta grande. Todo estaba desierto, silencioso y vacío, en la estación. Remedios llevó a su hermano hasta el banco del fondo, le soltó la mano y le obligó a sentarse. El niño la obedecía sin pensar. Tenía los ojos perdidos, la mirada ausente, enterrada en un torbellino de imágenes confusas e inexplicables.

El ruido. Lo primero fue el ruido. Lo estaba oyendo en sueños, antes incluso de que las voces le despertaran. Era un golpe. Un golpe que se repetía como una señal cifrada. Luego les oyó, los gritos le despertaron, y vio a Remedios incorporada en el jergón, con cara de susto, la misma expresión con la que él había sido arrancado del sueño. Pero el ruido seguía en su cabeza, el golpe de algo contundente sobre una superficie de madera, dos batientes que cierran con fuerza, el estrépito de un barco que se estrella contra las rocas, una y otra vez, el mismo ruido repetido en el tormento de su sueño, el puño sobre una puerta cerrada que él tiene que abrir aunque no quiere, sabe que no quiere despertar para no tener que comprobar que los golpes son el mensaje brutal de tantas y tantas otras noches.

Los gritos. Luego fueron los gritos, cuando su hermana y él ya estaban despiertos y en esa extraña posición de niños aterrorizados que no pueden intervenir y sienten, no obstante, la angustiosa necesidad de que todo se acabe pronto.

Después hubo más ruido. Cristales rotos y muebles que caían en la habitación contigua. Y, por fin, el silencio. Un silencio hecho de plumas que flotan en el aire. Un silencio de tiempo estancado en la gruta oscura de la noche.

Remedios se levantó de la cama y salió del pequeño cuarto donde dormían. Vio sus pies descalzos en el suelo de terrazo y la enagua amarillenta que tenía el borde roto a la altura de las rodillas.

Eran los mismos pies delgados que regresaban minutos más tarde. Él seguía sentado sobre la manta, desahuciado del sueño con los ojos abiertos y la boca firmemente apretada. Remedios lloraba despacio.

—Vístete —le dijo muy bajo.

Le ayudó a ponerse el jersey y los pantalones, le ató los cordones de los zapatos y luego le obligó a pasar por delante del cuerpo de la madre. La vio apenas. Estaba rota, en el suelo, junto a la mesa. No se movía y el camisón estaba cubierto de grandes manchas de color grana.

—Ha sido él —dijo Remedios.

«Él» era el padre. Cada vez que venía por la casa había golpes, escozor y heridas. También había el rastro de un aliento alcohólico que a Pedro le recordaba el olor del candil de carburo con el que Remedios iba a buscar la leche cada noche, un aliento que él tardaba muchos días en olvidar.

Remedios le obligó a ponerle la bufanda sobre la boca. Tenía ganas de gritar y la bufanda le pareció una mordaza. Los gritos se le habían estrangulado en la garganta, eran agujas clavadas en el final de la lengua. El ruido de un golpe, un puño golpeando la puerta, retumbaba todavía en el interior confuso de su pequeña cabeza.

Se quedaron un rato sentados en el banco de la estación. Cerca de las ocho, cuando entraron los primeros viajeros, Remedios sacó las monedas que llevaba en el bolsillo, se acercó a la taquilla y compró dos billetes para Fuentes.

El hombre de la ventanilla avisó a la Guardia Civil. Tuvo que ser él.

El tren arrancó a las ocho y diez. Pedro no tenía sueño. El campo estaba helado y los postes de la luz pasaban uno tras otro por delante de los ojos. Remedios cerraba los suyos de cuando en cuando, pero tampoco podía dormir.

Cuando llegaron a Fuentes, pensaba la niña, descansarían los dos. La tía Mercedes estaba allí. Allí estaba la casa, cerca de la frontera portuguesa, y el estanco en el que había jugado con sus primos cuando la tía cerraba la persiana de hierro y la única calle del pueblo desaparecía detrás de ella. Entonces, el interior del estanco se convertía en un bazar repleto de tesoros, ellos podían salir de la trastienda y ayudar con los paquetes de tabaco, los sellos y las otras cosas. El olor del tabaco era denso, un poco picante, pero resultaba agradable. Pensaba muchas veces que casi se podía comer de rico que era. Y los sellos, rojos, verdes, morados, con la cara de ese señor del bigote que sale en el *No-Do*... Pero lo mejor de todo eran los lápices de colores, las gomas de nata y los sacapuntas, cada cosa en su caja, todo nuevo, perfecto y abundante. En el estanco, en casa de la tía Mercedes las cosas estaban siempre en orden. Remedios recordó el tiempo que pasó allí, durante los largos meses que duró su enfermedad, la tuberculosis, les había oído decir a las vecinas en voz baja como si hubiera cometido algún delito inexplicable, esos meses en los que la tía se ofreció a cuidar de ella porque Pedro era muy pequeño y podía contagiarle, ese tiempo que se convirtió en lo mejor que le había ocurrido hasta entonces.

Erán las diez de una mañana fría y despacible cuando el tren se quedó varado en el andén de una estación sin nombre. La pareja de guardias civiles subió y recorrió con calma los vagones.

—Vosotros —dijo el más joven dirigiéndose a los niños—. A ver... Adónde vais y con quién.

Ellos no supieron qué decir. Estaban mudos, las pupilas dilatadas por el miedo y la boca apretada y pálida.

Pedro oyó de nuevo el ruido. Retumbó en el interior de su cerebro como el tañido de una gigantesca campana. Quiso salir corriendo, pero él, el hombre vestido de verde que se parecía asombrosamente a su padre, le agarró por las orejas y le sacudió varias veces. Acercó la cara. El olor. El olor a carburo que salía por su boca era el mismo. Sintió pánico. No podía ser. Volvió la cabeza hacia su hermana, vio las lágrimas y la decepción instaladas en su rostro y tuvo la certeza de que ya nunca podrían escapar.

Así terminaba la historia. Así era como había terminado todo para él, hace muchos años, justo cuando yo pensaba que Pedro era demasiado pequeño para acordarse de lo sucedido; pero lo había guardado en su interior, detalle tras detalle, con una prodigiosa fidelidad que ahora me traía nuevamente a la memoria lo que yo había tratado de enterrar con tanto empeño.

Lo dejé todo como estaba y me fui de allí. Al pasar junto al vagón de tren que había junto a la entrada pensé que el hotel América era un sitio como otro cualquiera para encontrar la paz... o el silencio.

EL CABALLO DE ÉBANO

Aquella tarde, cuando visité a Leonora Meyer en su casa de la costa, cerca de la ciudad polaca de Gdansk, tuve la sensación de que reproducíamos un ritual viejo y desconocido. Nos sentamos junto a la ventana. Tomamos café y después una copa de licor. El mar era gris. El cielo era gris. Hasta el aire parecía haberse vuelto dolorosamente gris. Desde el pequeño salón del mirador, ese lugar que ella siempre se reserva y que rara vez comparte con sus visitantes, el paisaje se mostraba con una destemplanza casi hostil. Los ojos azules de Leonora reflejaban esa misma destemplanza. Tuve miedo de haber hecho aquella visita repentina, miedo de resultar inoportuna y de obligarla a recordar.

Leonora se había retirado a esta humilde casa después de haber vivido durante muchos años en París. Éramos viejas amigas. Nuestra amistad se remontaba a los tiempos de la dictadura franquista, cuando me vi obligada a pasar una larga temporada en Francia. Leonora me acogió en su casa, un sencillo apartamento en el corazón de Le Marais, en el que yo asistía asombrada a unas interminables reuniones políticas que, por lo demás, nunca llegaron a nada. Después dejamos de vernos. Ella siguió viviendo en París y yo regresé a España, donde, al cabo de mucho tiempo, cuando ya me había dejado atrapar por esta profesión que me mantiene viva, la escritura, un curioso ejercicio en el que pongo la misma pasión inútil que entonces poníamos en nuestras reuniones políticas, me llegaron noticias de que aquella mujer madura y cerebral a la que siempre admiré por su fortaleza espiritual había dejado París por causa de una desgraciada historia de amor. No volví a saber de ella hasta que, por motivo de un viaje a Varsovia, decidí visitarla en el lugar que había elegido para aislarse del mundo.

La fecha no la recuerdo con precisión, pero creo que debíamos de estar a finales de septiembre o en los primeros días de octubre. Era un día húmedo y desapacible. Leonora empezó a contar su historia y yo me fui sumergiendo en ella lentamente, sin darme cuenta. Lo que en principio me pareció el inevitable discurso radical de los intelectuales franceses se convirtió poco a poco en una crónica triste y desolada, en la que el amor y el deseo fallecían a cada palabra.

Recuerdo que su voz se confundía con las notas de una melodía asombrosamente imprecisa. Al otro lado del cristal el mundo se desvaneció y la niebla, que poco a poco se adueñaba del paisaje, lo dejó convertido en un espacio ilusorio y referencial.

Fue un suceso trágico, doloroso, aunque se veía venir. Cuando sucedió pensé que era inevitable y me di cuenta de que había estado esperando en esa posibilidad sin querer reconocerlo, que había algo dentro de mí que me obligaba a considerar su desgracia como algo lógico, irreparable, que no podía terminar de ninguna otra manera.

Creo que se conocieron en España. Ella estaba pasando unos días de vacaciones en el sur. Es curioso. La recuerdo como una mujer sin atractivo, vulgar y un poco tímida. Era rubia, de rostro redondo y sonrosado, el tipo de francesa que puede deslumbrar a los árabes. Trabajaba en un banco y debía de tener algo más de treinta años por aquella época. Vivía en una pequeña ciudad del interior, cerca de Brevin... ya sabes... uno de esos lugares apacibles que acaban por parecerse a los cementerios. Creo que los hombres no la habían tratado muy bien hasta entonces. Se rumoreaba que había tenido una mala experiencia: un noviazgo eterno con un amigo de la infancia que terminó de la noche a la mañana, cuando él la dejó por otra. Esas cosas suceden. Supongo que se encontró en plena madurez sola, envuelta en una absurda precariedad afectiva y con la idea de futuro totalmente distorsionada por la soledad. Luego hizo ese viaje a la costa española y allí, en el centro de una noche cálida y embrujada por los jazmines, apareció Amín. Pensé muchas veces en ellos, en cómo sería su primer encuentro... Ella está lejos de Thuille, su pueblo... Las parejas se besan a su alrededor. Nada es habitual. El aire se le pega a los sentidos como si fuera una gasa perfumada... Está sola... Nadie pregunta, a nadie le importa lo que haga... De pronto se fija en un norteafricano, un árabe joven que se encuentra sentado unos metros más allá y que la mira insistentemente, con una sonrisa abierta y radiante a la que no está acostumbrada. La pequeña provinciana francesa se siente halagada. Sonríe a su vez. Olvida por un momento su modesto aspecto de mujer sin encanto, ese tono deslucido que tienen los que no se gustan a sí mismos, y entra en el juego del joven, admite participar en una silenciosa conversación sin palabras, hecha de risas, miradas y susurros que le hacen hervir la sangre hasta que asoma, incontenible y sin pudor, a sus mejillas. Se ve regresar al pasado, allí donde su cuerpo todavía no había sido despreciado, al tiempo en el que no había herida alguna sobre la piel del alma y su orgullo de hembra permanecía intacto... Se deja seguir por la calle hasta el hotel, acariciando esta reconfortante sensación de haber recuperado un paraíso perdido y piensa que no tiene por qué renunciar.

No es difícil imaginar que sucedió así o de un modo parecido, el caso es que esa noche se sacudió el polvo de encima y se libró de su anodina existencia en los brazos complacientes de Amín.

Se casaron al cabo de unos meses y se fueron a vivir a Thuille. A él le conocí en esa época, cuando acababan de llegar a Francia. Era terriblemente seductor. Bello como un príncipe, hermosos ojos negros, piel morena y cabello muy corto. Bastante más joven que ella, amaba la civilización occidental, la libertad y el progreso de los países europeos y lamentaba el tremendo atraso en el que se encontraba su pueblo. Creía que los franceses eran los seres más afortunados del planeta y pensaba en la igualdad y en los derechos humanos como si se tratara del secreto de un alquimista, algo que no estaba de ningún modo a su alcance.

Desde el primer momento me fascinó su inocencia. Tenía algo, no sé, un brillo especial en los ojos y una curiosa forma de sonreír que le hacía terriblemente atractivo para las mujeres. Recuerdo haber pensado en él muchas veces durante aquellos meses, con una ambivalencia extraña. En secreto, envidiaba a su pequeña e insignificante compañera y me parecía en muchos sentidos superior a ella. El caso es que, cuando ocurrió todo, yo estaba claramente de parte de Amín, algo que mis amigos franceses no podían entender, y ciertamente era complicado de explicar.

El encontró trabajo en un taller mecánico. Vivían con los padres de ella, en una casa humilde y demasiado llena de hijos, una casa en la que todo el mundo gritaba y en la que la escasez de recursos crispaba los ánimos cuando la palabra dinero hacía su aparición. Tuvo que hacer grandes esfuerzos por adaptarse a una sociedad llena de prejuicios, donde nadie era mejor que él, pero en la que todos se sentían superiores. Supongo que le herían las bromas y que la vida cotidiana entre personas de un nivel y una educación tan ajena a sus deseos le fueron dejando sin los sueños de libertad con los que abandonó Marruecos. Las cosas se pusieron difíciles. Explotación laboral, marginación permanente... Ya sabes, esa especie de cruel acogida con la que Francia recibe a los extranjeros, sobre todo cuando huelen a pobreza y tienen un ligero tono cobrizo en la piel.

Ella también debió de sufrir. También sus sueños se evaporaron sin que se diera apenas cuenta. Amín se llevaba mal con la familia. No tenía amigos. Carecían de intimidad para resolver sus conflictos y, cuando se quedó embarazada, él le pidió que regresaran a Marruecos. Era una situación inexplicable, una claudicación. Sé lo que debió de costarle. También puedo suponer lo que significaba para ella. Pero Cecilia era una persona sin carácter y el embarazo supuso una nueva inseguridad. Se dejó convencer.

No supe nada más de ellos hasta que un día encontré a Cecilia esperándome en el despacho. Había venido a París intentando escapar de su marido, pero él la había seguido. Parecía muerta de miedo. Me pidió consejo sobre un posible divorcio y me suplicó que hablara con Amín. Yo ignoraba que hubieran regresado de Marruecos. Al parecer, allí las cosas les fueron peor todavía, porque en su país Amín se volvió celoso y malhumorado. Entonces ella escapó con el niño que acababa de nacer. Y empezó el auténtico drama. Amín vino tras ellos. La encontró, como era de esperar en Thuille, en casa de sus padres. Amín quería regresar a Marruecos, pero Cecilia había vuelto aterrorizada, contando tantas cosas atroces de aquel país, que su familia se negó a dejarla marchar con él. Hubo una pelea. Amín recibió una brutal paliza. No se sabe quién o quiénes fueron, él no quiso poner ninguna denuncia, pero yo estoy segura de que los hermanos de Cecilia tuvieron algo que ver en el asunto. Amín se ofuscó y decidió que no dejaría crecer a su hijo en medio de aquella brutalidad. La madre y el niño vinieron a París, a casa de unos parientes, él se enteró y les siguió. Fue entonces cuando volví a verle.

Recuerdo que nos citamos en un bar de la rue Mouffetard, una semana más tarde de que Cecilia me hubiera suplicado que hablara con él. Amín no parecía el mismo. Había perdido parte de su inocencia, el dolor había puesto un rictus violento en aquel rostro antes lleno de luz, pero seguía siendo terriblemente seductor. Hablamos durante mucho tiempo. De Thuille, de la mezquindad de los franceses, de la soberbia y de la injusticia con la que está construido el mundo actual. Amín pensaba que no había en Thuille una sola persona que pudiera comprender lo que significaba haber nacido en el Magreb. Me habló de las noches de Ramadán, de la ciudad sacudida por el grito del almuédano cuando cae el sol, de los minaretes ocres protegiendo el horizonte, de los palmerales, de los zocos perfumados, de los vestidos tejidos por las mujeres con hilos de oro, del sabor de la comida, del calor, de la suave sensación de limpieza que proporcionan las abluciones en el patio de la mezquita antes de la

oración... Me habló de la certeza reconfortante de pertenecer a un lugar, de tener una identidad, con su historia, sus tradiciones y su sabiduría secular... Me habló del agua circulando bajo los suelos empedrados, de los oasis, de los viejos caravasares en las rutas del desierto... Me habló, sobre todo, del placer, del gozo, de la alegría, de la risa y del sosiego... de todo lo que había perdido al venir a Francia. Creo que fue esa tarde cuando me enamoré de él.

Era una verdadera catástrofe, lo sé. Totalmente impropio de mí; pero no pude hacer nada por evitarlo. Amín me hechizó de tal modo que no podía pensar, no podía trabajar, casi no podía poner un pie detrás del otro si eso no me servía para encontrarme con él, si no era para acudir a su encuentro. Nos veíamos en una buhardilla que le habían prestado, cerca de la place de la Contrescarpe, cada día a la caída de la tarde, cuando los estudiantes acudían a los cafés y los restaurantes argelinos llenaban el aire con el olor de las especias. Nos amábamos con la ventana abierta, oliendo, escuchando, envueltos en humo, voces y compañía. Nunca he sido tan feliz.

El barrio de Amín fue mi barrio durante varios meses. Paseábamos por la rue Rollin, por Saint-Médard, comíamos carne de cordero adobada en el pequeño bistrot del passage des Postes, comprábamos dátiles en los puestos callejeros de la rue Mouffetard... En el mercado africano de Daubenton los argelinos y los senegaleses nos saludaban como a viejos conocidos. Aparentemente todo era perfecto, pero la batalla legal entre Amín y Cecilia seguía su curso. Pronto hubo una sentencia: el niño quedaría bajo la custodia de la madre, en Francia. Amín estaba desesperado. Ese mismo día, cuando cruzamos la rue Daubenton compró en un puesto callejero un hermoso caballo de ébano.

—Es para mi hijo —murmuró.

Luego, cuando subimos a la habitación, lo colocó en una repisa encalada que había junto la cama.

Esa noche me leyó una historia sobre un caballo mágico. Recuerdo su voz, sus ojos brillantes como las noches del desierto, y la ilusión infantil con la que leía aquel viejo ejemplar de *Las mil y una noches*:

Se cuenta que en el tiempo más antiguo vivía un gran rey muy poderoso. Tenía tres hijas semejantes a un plenilunio sin nubes, a jardines en flor. Tenía, además, un hijo varón que era como la luna llena. Cierta día, mientras estaba sentado en el trono de su imperio, se presentaron ante él tres sabios. El primero llevaba un pavo de oro; el segundo, una trompeta de bronce, y el tercero, un caballo de marfil y ébano. El rey les preguntó: «¿Qué significan estas cosas? ¿Qué utilidad tienen?». El dueño del pavo explicó: «Este pavo grita y agita sus alas a cada hora que transcorre, sea de día o sea de noche». El dueño de la trompeta dijo: «Si esta trompeta se coloca en la puerta de la ciudad, hace el oficio de guardián, ya que si entra en ella un enemigo, la trompeta da la alarma, lo reconoce y lo pone en retirada». El dueño del caballo explicó: «¡Señor mío! Si un hombre monta en este caballo, será conducido al país que desee».

Luego se durmió abrazado a la figura de ébano como si fuera un naufrago aferrándose al trozo de madera que le puede salvar.

El caballo estuvo allí durante varios días. Mientras tanto, Cecilia volvió a Thuille con su sentencia de divorcio y un hijo que Amín sólo podía visitar dos veces al mes, lo cual era como decir un hijo sin padre. Thuille estaba lejos, muy lejos de París... Y Amín sólo podría cumplir el régimen de visitas si se trasladaba a vivir allí. Por otra parte, la idea de regresar a Marruecos cada vez era más fuerte.

Comenzó a comportarse de una manera extraña. Miraba el caballo de ébano como si hubiera puesto en él todas sus esperanzas, como si aquella pequeña figura de madera pudiera llevarle montado sobre su lomo lejos de París, lejos de Francia...

Una tarde le sorprendí llorando. Estaba echado sobre la cama deshecha, vuelto hacia la pared. Su voz sonó terriblemente compungida:

—Los franceses no conocen la verdadera alegría —dijo con amargura—. Matan la risa en los ojos de los niños.

Luego se incorporó lentamente, cogió el caballo y lo acarició con sus hermosas manos de ámbar.

—Los niños franceses no saben mirar —añadió—. Tienen ojos de viejo cansado... No quiero que hagan eso con mi hijo...

Aquellos fueron días difíciles para los dos. Por motivos de trabajo tuve que ausentarme de París durante una semana. Cuando regresé, lo primero que hice fue correr a su encuentro.

Algo había cambiado durante mi ausencia. El barrio era el mismo y, sin embargo, a mí me parecía distinto. El olor de la carne adobada me resultaba excesivo y los puestos africanos de la rue Daubenton se me antojaron absurdos, excéntricos, sin ninguna relación conmigo. Por un instante tuve la impresión de que yo no debía estar allí. En la place Maubert alguien me llamó:

—Bonjour, madame. ¿Ya sabe la buena noticia?

Era uno de los amigos de Amín, un compatriota que tenía una tienda de frutas. Me detuve a su lado, sin saber muy bien lo que hacía.

—Ah... Es afortunado Amín, madame —dijo su amigo con los ojos velados por la nostalgia—. Él vuelve mañana a Marruecos... con su hijo... El chico crecerá en nuestro país.

Supe que algo había ocurrido. Ni por un instante pensé en que Cecilia y él se hubieran reconciliado. Rápidamente me dirigí a su casa. Subí de dos en dos los escalones. La puerta de la buhardilla estaba entreabierta. Entré. La sangre se paralizó en mis venas. Sobre la cama yacía el cuerpo sin vida de Amín y a su lado el niño, también muerto, abrazados los dos, próximos sus rostros, los ojos cerrados... Ambos tenían la más bella expresión de serenidad que he visto nunca. Miré con espanto a mi alrededor, pero no había huellas de violencia en el cuarto. Todo estaba en orden. Sólo el caballo de ébano había desaparecido. Sobre la repisa encalada, todavía se podían ver las huellas polvorientas de sus cuatro patas.

Cuando Leonora Meyer finalizó su relato era muy tarde. La lluvia golpeaba con furia el mirador, arañando los cristales con sus dedos de agua. Algo en aquella historia me resultaba terriblemente familiar, como si yo misma les hubiera visto alguna vez... como si hubiera reparado apenas en ellos, esos desgraciados personajes de una trágica historia... Casualmente. Al cruzar una calle, o en el interior de uno de esos trenes en los que viajo de vez en cuando... Mi propio espíritu estaba conmovido por el sufrimiento y doblegado por la fatalidad. No conseguía entender por qué la historia me resultaba tan familiar.

—Los milagros no existen, ¿verdad? —preguntó Leonora a mi lado. No podía ver bien su rostro, pero su voz sonaba profunda y triste—. O quizá sí. A veces imagino que ese absurdo caballo...

No siguió adelante. Era difícil verbalizar la creencia de que existe una fórmula mágica para deshacer los límites del espacio, sobre todo cuando esa fórmula trasciende lo convencional. Leonora se retiró y yo me quedé allí, en la oscuridad de la noche durante un buen rato todavía. Seguí tratando de recordar dónde había leído algo parecido a lo que acababa de escuchar... Y de pronto les vi.

Lentamente me acerqué al mirador. El mar se había desvanecido. Todo lo que quedaba de él era una misteriosa mancha oscura, sin dimensión, una mancha en la que la realidad podía estar muy lejos... o tan próxima como para hacernos notar su frío aliento en la frente. Me sentía triste, profundamente triste por algo que no tenía nada que ver conmigo, pero que había conseguido remover todos los resortes con los que solía controlar mis emociones. Amín... Cecilia... Les recordé con una nitidez clara y precisa. Yo también les había conocido. Una vez. Hace mucho tiempo. Leonora Meyer no podía saberlo. Nadie podía saberlo, porque durante un tiempo yo misma lo había olvidado por completo. Era un simple recuerdo perdido en el fondo de la memoria, pero se había conservado perfecto, incólume, diáfano, con esa luminosidad portentosa que sólo tienen los sueños y la verdad. Les vi una noche, me fijé en ellos, reparé en la muchacha francesa de aire deslucido que está sola y que cruza dos o tres miradas con un joven árabe de sonrisa radiante y ojos inocentes que se encuentra sentado tres mesas más allá. El aire se pegaba a los sentidos como si fuera una gasa perfumada. Sí, allí estaban Amín y Cecilia, con el futuro intacto, esperando vivir su penosa historia, dos seres anónimos en un bar español, una noche cálida, yo sentada en una mesa próxima, viéndoles marchar e imaginando qué les reservaba el futuro... Mi fantasía les dio un destino, incierto, dudoso... Recuerdo haber pensado en escribir sobre esos dos jóvenes que se encuentran, sobre dos culturas poderosamente irreconciliables. No lo hice. Simplemente me olvidé de ellos. Ningún recuerdo posterior para aquellos rostros ilusionados y expectantes... Luego la nada... que desembocaba milagrosamente en la voz cansada de Leonora Meyer.

Toda la certeza moral de la escritura se desvaneció y por mi mente comenzaron a transitar otros rostros anónimos a los que mi pobre imaginación había dado efímera vida durante unos instantes... los habitantes de un tiempo continuo, los compañeros fortuitos de un eterno viaje... Todos los personajes de un fantástico e inconcluso libro que sólo existía en mi cabeza.

Comencé a escribir allí mismo, frente al mirador. Leonora había logrado su propósito. Al otro lado de la ventana me pareció oír la risa lejana de un niño... surcando el aire... entre los gruesos nubarrones invisibles que se dirigían velozmente hacia el sur.

LA REINA DE CHIPRE

Estoy aquí, en esta casa. Siempre estoy aquí. Me he hecho vieja escribiendo historias que luego los demás interpretan como quieren, historias que otros compran y venden, absurdas historias que, sin embargo, hacen la vida más llevadera. La mía es una hermosa profesión hecha de sombras y silencio.

Hace siete años que vivo en el más absoluto retiro. Cuando murió Mario el mundo se derrumbó bajo mis pies y me aferré a la soledad como si esa fuera la única herencia que él me había dejado. Cerré la casa que con tanta ilusión habíamos comprado en la isla de Mallorca y regresé al norte, a mi tierra, a una apartada aldea donde vivo desde entonces. El mundo se convirtió en un recuerdo lejano, tan brumoso e inexistente como los desolados paisajes de agua que se pueden contemplar desde mi ventana. A veces me quedo mirando el horizonte y siento añoranza del sol y de los lugares en los que había transcurrido mi vida cuando era vida, y no un torpe simulacro hecho tan sólo de palabras. Desde que murió Mario escribo como una autómata, con una extraña pulsión que nace en algún rincón oculto de mi cerebro y lo hago sobre hechos que poco tienen que ver con la realidad, escribo sobre historias posibles, sobre tiempos entrecruzados, sobre la muerte y el dolor de los otros, y los personajes, que propagan y enmascaran mi propio dolor con una impostura asombrosa que produce el efecto de un sedante. No salgo, no veo a nadie, durante días y días no pronuncio una sola palabra que vaya destinada a otros oídos que los míos. A veces miro imágenes que se reparten por toda la casa, cuadros, fotografías, libros de arte, viejas postales con paisajes desconocidos, y eso me relaja, es una ventana abierta al exterior, al único trozo de realidad que quiero ver: mudo, fijo, silencioso, hecho de encuadres planos, sin dimensión real.

Por eso la llegada de esa mujer se convirtió en un acontecimiento cuya importancia no alcancé a imaginar entonces. Sucedió hace casi un año. Lo recuerdo todo con la nitidez del presente. Cuando llamé a la puerta yo estaba desesperada, tratando inútilmente de encontrar una vía de avance para la historia que estaba escribiendo. Me sentía terriblemente extraviada, como un niño que pierde a su madre entre la muchedumbre. De pronto, los personajes habían enmudecido, se habían quedado sin gestos y, como yo misma, sin un espacio en el que seguir existiendo. ¿Qué hacer entonces? En esos momentos me habría gustado estar en una ciudad cualquiera, mirando a los transeúntes, espionando sus gestos, su comportamiento. Pensé en las fotos de Doisneau o en las de Lisette Model, en los rostros callejeros y anónimos que el objetivo immortalizó para siempre. Una escena, un encuadre, un movimiento preciso sobre el obturador, y ya está, ese viejo anciano que leía el periódico en la Riviera francesa dormita ahora bajo el suave sol primaveral, esos jóvenes amantes que esperaban para cruzar la calle se besan del mismo modo que lo harían si se encontraran a solas, y los clientes del bar de Sammy consumen su vaso de cerveza sin importarles que durante años y años, durante toda una eternidad vergonzante, seguirán bebiendo y bebiendo, besándose y besándose, durmiendo hasta el infinito... Quizá es esto y no otra cosa lo que hace naufragar un relato: el miedo del autor a su propia omnipotencia, la insostenible ligereza con la que fabrica vidas, inventa peripecias y justifica comportamientos morales. Pensé que así era. Mis personajes se habían rebelado contra esta angustiada promesa de vida eterna. Seguramente consideraban totalmente abominable la posibilidad de llegar a ser como Emma Bovary o Julián Sorel, muñecos animados que repiten una y otra vez los mismos gestos, con los mismos sufrimientos, seres casi vivos que padecen regularmente las mismas calamidades y cuya posible redención no existe, no se pueden liberar, del mismo modo que los involuntarios modelos de Doisneau o Lisette Model quedaron petrificados para siempre cuando la cámara les enfocó. Ya sé, ya sé que parece algo exagerado; pero escuchen ustedes esta inquietante historia y luego me dirán si no tengo razón.

Bien, quedamos en que mi actividad sufría un parón, yo me había quedado en blanco y entonces sonó el timbre. Dejé el estudio y fui hacia la puerta principal. Allí estaba esa mujer, sonriente, complacida, como si verme fuera para ella la mejor de las noticias.

—¡Ah, querida señora! —exclamó con evidente satisfacción—. No sabe cuánto me alegra encontrarla. Regreso hoy mismo a Italia y temía no poder cumplir un encargo que me hicieron hace tiempo. Le traigo una carta de Gentile Bellini.

Esperó mi reacción al oír ese nombre. Pero, aunque me sonaba remotamente familiar, no pude recordar de qué podía yo conocer al tal Bellini.

Cogí el sobre con un gesto de extrañeza y lo contemplé dudando si debía abrirlo en ese momento. Ella me miró con una sonrisa y asintió en silencio, como si quisiera animarme a que lo hiciera. Pensé que se despediría entonces, pero permaneció en la puerta, muy quieta, inmóvil, mientras su rostro expresaba la firme determinación de quedarse. Era una mujer de edad madura, algo gruesa, de aspecto alegre y un poco vulgar, aunque su compostura y sus ademanes reflejaban un espíritu cultivado y sus ojos tenían el brillo inequívoco de las personas inteligentes. Se presentó a sí misma como Caterina Cornaro y añadió que era italiana, lo que resultaba totalmente innecesario, pues su acento era tan inconfundible como su desenvoltura. Naturalmente, la invité a pasar y le ofrecí asiento junto a un precioso mirador desde el que se pueden ver, en los días sin niebla, los acantilados abruptos que descienden sobre el mar. Se acomodó y miró a través de la ventana. El sol acababa de caer bajo la línea del horizonte y una leve mancha grana trazaba un halo imaginario entre el cielo y las oscurecidas aguas del Cantábrico. Yo la observaba con interés. Era una mujer curiosa. Incluso físicamente. Debía de rondar los sesenta años, aunque su rostro conservaba intacta la tersura, y eso le daba el aspecto y la expresión de alguien extremadamente jovial, sin edad, una persona feliz y satisfecha de sí misma. Iba vestida con un traje extraño, un poco anticuado, que había sido adornado con una preciosa tira bordada en hilo de oro, y llevaba al cuello, sobre el generoso escote, un medallón de ámbar del que colgaba una gran perla blanca. Dicen que tanto el ámbar como las perlas son aderezos que pueden atraer la mala suerte. Nunca lo he creído, pero en el caso de Caterina Cornaro menos todavía. No había más que mirarla para darse cuenta. Imaginé que era una de esas personas aquejadas de un optimismo enfermizo. Tenía esa extraña actitud que siempre tuvo Mario, un impulso vital y complacido que yo no poseo, pero que sé reconocer en los demás de inmediato. Hay seres privilegiados por su capacidad para disfrutar de los pequeños detalles, gozadores instintivos que convierten la más trivial de las circunstancias en algo placentero y que son capaces de desdeñar, con una indiferencia ofensiva, la lóbrega llamada de la desgracia o el inestable soplo de la infelicidad que nos aflige y atemoriza al resto de los mortales. Yo siempre me he debatido en una estéril batalla para no caer en los brazos oscuros y retorcidos del desánimo o el desconsuelo. Así pues, tras un breve fuego cruzado de palabras corteses y espavientos más o menos convencionales, decidí que Caterina Cornaro debía de ser uno de esos seres afortunados que atraen sobre sí los buenos sentimientos y repelen los malos, porque su presencia introdujo en mi casa un aire de optimismo y alegría que hacía tiempo echaba en falta.

Tomamos un té y charlamos de Italia, de Venecia, de donde dijo ser oriunda, y de ciertos gustos comunes que nos sorprendieron a las dos. También ella, como yo, era aficionada a coleccionar imágenes: viejas fotografías, láminas de cuadros, reproducciones de grabados, bocetos... Hablamos de los paisajes de Monet, de las veintinueve obras que había pintado sobre la ciudad de Venecia, de Modigliani, por quien ambas sentíamos una secreta debilidad, concretamente por esos retratos de Jeanne Hébuterne antes de que se suicidara, y le mostré con orgullo unos bocetos originales de Bakst para *La bella durmiente* de Tchaikovsky, que Mario me había regalado. Los compramos en Budapest, durante nuestra luna de miel. Fue siempre el regalo más preciado para mí, el que me recordaba permanentemente cómo éramos en aquella época feliz, lo que sentíamos el uno por el otro, el sabor de nuestros cuerpos, el olor cerrado de una alcoba, la desuidez resbalando entre las sábanas blancas de una cama de hotel y los bocetos esparcidos por el suelo de la habitación, convertidos por un instante en mudos testigos de amor que parecía eterno.

No sé por qué se lo conté. Supongo que yo me sentía profundamente sola y ella tenía ese aspecto maternal y comprensivo... Observé que me escuchaba con agrado. El caso es que, al cabo de un rato, me encontraba hablando con esta mujer desconocida de los aspectos más personales e íntimos de mi vida. Le conté cómo me había quedado viuda y lo dura que resultaba la soledad en esta casa a la que había decidido retirarme hace ya demasiado tiempo.

—Durante muchos años viví en Mallorca —le expliqué—. Mi marido y yo teníamos una villa preciosa, sobre una colina, dominando un paisaje siempre luminoso y vivo...

Ella me miró con comprensión. Yo proseguí ensimismada:

—Era un lugar hermosísimo. En las laderas crecían multitud de plantas. A veces todavía me sobresalto cuando vuelvo a sentir esos olores. Me produce un insólito bienestar. Había aromas de espliego, de tomillo, de romero... Y flores. Muchas flores. Era como un sueño. La vieja colina sembrada de cipreses. Los viñedos. Las tardes de verano y el calor de un sol deslumbrante...

Cerré con fuerza los ojos y vi a Mario, a lo lejos, con su sombrero de paja, el torso desnudo, hermoso, cálido, tentador... De pronto oí que la extraña mujer decía en voz baja:

—Guarde esas imágenes como el mejor de los tesoros. No están impresas, pero son más fuertes y más verdaderas que una fotografía o que un cuadro colgado en un museo. Son tuyas. Y están dibujadas sobre un lienzo indeleble: sus propios sentimientos.

La miré con agradecimiento. Por un instante sentí que habíamos entrado en una especie de comunión espiritual que le permitía entender cada una de mis emociones. Yo todavía no estaba preparada para comprender las suyas. Porque en ese mismo instante, cuando albergaba la esperanza de haber encontrado un alma gemela, ella cambió de tono y con una risa excesivamente despreocupada, preguntó:

—¿Por qué no se va de este lugar? Es demasiado gris, tantos y tantos días cubiertos por la niebla, por la lluvia y por el viento... ¿No echa en falta la luz mediterránea?

—Quizá —respondí molesta—. Pero este ambiente sombrío hace juego con mis sentimientos.

—¡Eso es absurdo! —dijo ella—. Usted es una de las personas más afortunadas que conozco.

—No se burle de mí —dije con tristeza—. Me consuelo con el recuerdo de un tiempo y unos rostros que ya no existen, una vida que fue la mía y que se ha perdido para siempre.

Mi acompañante rió de nuevo.

—¿Ha pensado usted en la suerte que tiene al poder conservar intactos sus recuerdos? —dijo—. La memoria es su gran aliado, querida señora, le permitirá luchar contra ese gran espejismo que es el tiempo.

—¿Espejismo, dice? —respondí con amargura—. El tiempo es mi principal pesadilla. A medida que discurre, me aleja de todo lo que he vivido. Me aleja de Mario, de su recuerdo, de su voz que cada día es más tenue, de su rostro que va estando más y más desdibujado. Hay veces en las que no sé por qué sigo adelante, por qué tengo que consumir la poca vida que me queda. Me parece un simple resto sobrante, sin ninguna función y sin ningún interés. La gente siempre se queja de que tiene poco tiempo. Yo tengo la impresión de tener demasiado. Lo que no tengo es vida.

—Vuelva hacia atrás. Recupere lo que ha perdido.

—Ojalá pudiera. Ojalá pudiera invertir la dirección del tiempo y sumergirme de nuevo en el pasado.

—Bien —dijo ella—. Eso me parece bastante posible. ¿Por qué no había de ocurrir?

—Es demasiado tarde —respondí.

Me miró con una sonrisa de maternal condescendencia.

—Entonces ¿es cierto? —exclamó sorprendida—. ¿Usted cree todavía en esas cosas?

Puso su mano sobre la mía y añadió:

—El tiempo, querida señora, es un enigma, y como todo enigma eternamente irresoluble, en algún momento debemos empezar a pensar que no existe.

—¿Cómo puede decir eso? —pregunté asombrada.

—Usted es escritora, trabaja con mundos donde todo es posible. Sin duda conoce ese espacio fronterizo donde convergen misteriosamente lo real y lo imaginario. No le será difícil admitir que alrededor de esa frontera se desvanecen algunas de nuestras más sólidas certidumbres.

Hice un vago gesto de asentimiento. No obstante, dije:

—Pero el tiempo existe. Cuando me miro en el espejo apenas puedo reconocerme. El tiempo deja sobre el rostro las huellas de su paso: arrugas, manchas, señales. Se lleva a la persona que fuimos y nos deja un envoltorio decrepito, lleno de torpeza y masedumbre.

Caterina Cornaro soltó una nueva carcajada. Era una risa franca y abierta.

—Usted habla de otra cosa, querida amiga. Esas no son las huellas del tiempo. Son las de la vida.

—Para mí son una misma cosa. La medida del tiempo no está sólo en los calendarios. Está también en los cuerpos, en los objetos, en la naturaleza y en el alma. El devenir del tiempo se lleva a las personas una tras otra. Siempre. Es un camino estrecho que conduce inevitablemente a la muerte. Nadie se puede salir de ese sendero. Eso es realmente el tiempo, una medida, un trayecto, lo que se tarda en llegar al punto final.

Ella respondió:

—Es posible. Pero no hay nada que nos obligue a pensar que discurre en una única dirección.

—Todo el mundo sabe que los días pasan uno después de otro, y los meses, y los años. Así ha sido desde el principio y así será hasta el final —dijo con amargura.

—Se equivoca —objetó ella con una inusitada rapidez de reflejos—. El tiempo no es un continuo, está hecho de pequeñas unidades indivisibles que, comúnmente, llamamos *momentos*.

Observé un gesto de seriedad en su rostro. Acto seguido, se inclinó hacia mí, bajó la voz que se tornó más grave y profunda, y añadió:

—Esos momentos, que pertenecen a la percepción del individuo y a sus características genéticas, las vive cada especie de forma muy distinta: lo que para un caracol o una tortuga resulta veloz, para un jaguar no lo sería en absoluto. La vista, los músculos, el olfato del jaguar, están codificados genéticamente para enfrentarse a *momentos* de un tamaño o una duración mucho menores que los de la tortuga o el caracol, que tiene un *signo momentico* de 1/4 segundos. Para la especie humana la velocidad *momentica* es de 1/18 segundos: 18 fotogramas por segundo se perciben en el cine como una imagen en movimiento, 18 golpes por segundo se perciben como un sonido continuo. Ni nuestra vista, ni nuestro oído están preparados para establecer diferencias *momenticas* por debajo de esa frecuencia. ¿Sigue usted creyendo que el tiempo es algo objetivo, algo a lo que podemos enfrentarnos con naturalidad?

Hice un gesto de impotencia. Ella continuó:

—El *signo momentico* más bajo de la especie animal, 1/50 de segundo, lo ostenta un pez llamado el luchador de Siam. ¿Cómo cree usted que percibe este pez nuestros días y nuestras noches, nuestros torpes movimientos y nuestro sentido de la fugacidad? Frente a nuestro 1/18 de segundo, ¿cree posible seguir hablando de un tiempo real y objetivo? ¿Cree que todavía es admisible ese caduco concepto de realidad que se apoya sobre lo que ven nuestros ojos o lo que oyen nuestros oídos? No, amiga mía, la realidad, lo mismo que ese absurdo concepto que usted llama *tiempo*, no existen. Se lo aseguro. El tiempo es un simple espejismo, una fábula inventada por los hombres para explicar un misterio que nadie ha sido capaz de definir con acierto. Ni los filósofos, ni los científicos.

Se quedó pensativa, con la mirada perdida en algún punto del paisaje.

—Pero usted parece despreciar siglos y siglos de pensamiento —dijo—. No se puede negar el paso del tiempo. Nadie lo ha hecho.

Se volvió hacia el lugar donde yo estaba y añadió:

—No sé si está usted familiarizada con ciertas teorías filosóficas, pero es un tema que a mí, personalmente, me apasiona. Todos los grandes filósofos se ocuparon del asunto, intentaron explicar la naturaleza del tiempo y entraron en un farragoso mar de contradicciones. Aristóteles entendía el tiempo de una manera parecida a como lo ha descrito usted, como «una medida del movimiento según el antes y después». Pero ¿por qué ese movimiento ha de ir en una única dirección? ¿Por qué no podemos pensar en el movimiento continuo, en el tiempo circular? Ya sabe, cosas que vuelven, que dan la vuelta y regresan a su lugar de origen.

La miré con tal asombro que ella soltó una nueva carcajada.

—Bueno, no necesito que me dé la razón —dijo—, sólo le ruego que reflexione sobre ello. Déjeme continuar. Hay diferentes definiciones filosóficas. Verá, para Platón, el tiempo es «la imagen móvil de la eternidad». Muy visual, pero no explica su naturaleza, su comportamiento, su esencialidad. San Agustín, un poco más hábil, optó por una definición escéptica: «Si nemo ex me quaerat, scio; si quaerenti explicare velim, nescio». Esto es: «Si nadie me lo pregunta, lo sé; si quisiera explicarlo al que me lo pregunta, no lo sé». Para Kant, «el tiempo es la condición subjetiva bajo la cual tienen lugar todas nuestras intuiciones». Observe que he dicho «condición subjetiva». La lluvia es agua, el polvo es tierra, nuestros cuerpos son huesos, músculos y vísceras; pero el tiempo ¿qué es?, ¿qué composición física tiene?, ¿de qué está hecho? Quisiera que pensara en una cosa: ¿qué sería del tiempo sin nuestra observación? Sinceramente, muchos otros lo se lo han preguntado antes. Y hay respuestas para todos los gustos, como muy bien habrá podido observar. Por ejemplo, Newton creía en un tiempo «verdadero, absoluto y matemático», mientras Albert Einstein echa por tierra todas estas conclusiones al enunciar su famosa teoría de la relatividad, con la que el tiempo se sitúa en un plano relativo que depende del sistema de referencia del espectador. ¿Conoce usted el ejemplo de la manzana de Newton? Bien, pues imagine que la dichosa manzana está cayendo del árbol. Para alguien que esté quieto, observando el acontecimiento desde algún lugar próximo, la manzana caerá; pero si ese observador se encuentra dentro de un ascensor que va bajando a la misma velocidad de aceleración que la manzana, esta no cae, sino que permanece en suspenso. La verá a la altura de sus ojos durante todo el tiempo que dure la caída. Es el sistema de referencia lo que nos hace creer una cosa u otra, el punto donde, como observadores, nos encontremos situados. Todo consiste en salir de un lugar inadecuado y colocarnos en otro que nos permita observar correctamente. Dígame ahora, ¿qué le hace tener una opinión tan pesimista sobre el paso del tiempo? Todos esos hombres intentaron explicarlo y no lo consiguieron. Ni siquiera consiguieron ponerse de acuerdo a la hora de definir una cosa aparentemente tan sencilla. ¿No siente

una pequeña duda?

No supe qué decir. Me sentía abrumada por aquel complicado alarde de erudición. Durante unos instantes permanecí en silencio, observando a esa extraña mujer. Sus manos jugaban insistentemente con el collar de ámbar. Era curioso. Por una parte me parecía terriblemente lejana, tan distante como un fantasma. Pero al mismo tiempo, su presencia resultaba envolvente y corpórea, más próxima que la de cualquier otra persona que yo hubiera conocido con anterioridad.

Le serví un poco de licor y observé que estaba anocheciendo. Al otro lado del mirador, las sombras habían ganado la batalla y el mar, gris y mortecino, parecía un gran trozo de metal deslizándose por un plano inclinado. Busqué los ojos de Caterina Cornaro en la penumbra de la habitación y vi que eran del mismo color que el mar, acaso de la misma materia. Por un momento sentí que nuestro encuentro era una proyección irreal de algo que nunca había sucedido. Como si hubiera leído en el interior de mi mente, dijo alzando su copa:

—No tenga miedo, querida amiga. La mayor parte de las cosas que nos suceden a diario son también una ilusión. El tiempo no pasa, lo que pasa es la vida.

Noté que algo había cambiado dentro de mí. No sé cómo fue, o por qué motivo sucedió, pero puedo asegurar que una paz hasta entonces desconocida me sosegó lenta e inexplicablemente.

Las horas pasaron rápidas y el sobre que aquella mujer había venido a traerme permanecía sin abrir, olvidado, sobre la mesa. Cuando mi acompañante decidió que debía seguir su viaje, se podían ver las luces de los grandes barcos que salían al anochecer camino de Plymouth, Dover o Southampton. Insistí mucho en que se quedara a pasar la noche, pero ella rechazó una y otra vez mi ofrecimiento. Al salir por la puerta hizo un gesto señalando la carta y dijo:

—No olvide el sobre. Creo que contiene algo que le puede interesar.

Nos despedimos de una forma un tanto forzada, aunque ella insistió mucho en que, seguramente, nos veríamos en alguna otra ocasión.

Cuando se fue, la casa estaba a oscuras y a mí me pareció más grande y más solitaria que de costumbre. En medio de esa oscuridad sólo se podían ver las luces del ferry, avanzando por el Cantábrico, como una lejana serpiente luminosa...

Esa noche dormí mal. Durante horas, me debatí con los fantasmas de un sueño que parecía ser más real que la propia realidad. Estaba dormida, pero algo ajeno a mi voluntad me mantenía alerta. Las imágenes avanzaban a empellones sobre mi conciencia. He escrito ese sueño hoy, mucho tiempo después de que sucediera todo. No ha sido difícil. Tenía tanta fuerza y era tan nítido que, aún hoy, lo recuerdo con absoluta claridad. Sé que sólo tendrá valor si relato al mismo tiempo el resto de la historia. Por eso lo escribo. Para que ella sepa que he comprendido.

Aristóteles está sentado sobre un banco de piedra del Gimnasio de Atenas. En los corredores y en el paseo que rodean el campo de deportes se oye una gran algarabía de estudiantes. El viejo filósofo está solo. Recoge sobre el brazo su túnica blanca y apoya la cabeza sobre la palma de la mano. A lo lejos se distingue, bañado por la luz de la mañana, levemente amarillento, el templo de Apolo Likaios.

Hoy su ánimo se encuentra muy alterado. Ha estado pensando en Nicómaco, su padre, en los lejanos tiempos en los que aún vivía como médico del rey Amyntas de Macedonia, y en el viejo maestro de la Academia de Atenas, Platón, a cuyo lado pasó los mejores años de su vida. Imágenes claras de la niñez y la juventud, imágenes precisas, tan vivas como si sucedieran ahora mismo. Tienen el calor de los campos abrasados por el sol, la limpieza de una visión real. Ahí están las tardes rojizas de la calurosa ciudad de Assos y su primera esposa, Pithia, ahijada del rey Hermias; ahí están los años felices que Aristóteles pasó en Pella, junto al pequeño hijo del rey Filipo. Todos estos recuerdos le han embargado hoy, sin explicación, sin orden, sin lógica. Han dejado en su espíritu un oscuro velo melancólico y una preocupación incierta.

Por el fondo de la estancia entra uno de los guardabosques del emperador y se dirige, con su pesada jaula de madera, al lugar en el que se reciben los animales que constantemente llegan de todo el imperio. Uno de los muchos ayudantes del maestro le acompaña. Dentro de la jaula un grifón ruge con mítica fiereza.

Aristóteles se pone en pie y se dirige hacia el paseo del Liceo en el que le esperan sus discípulos.

El filósofo es un macedonio de rostro severo y ojos penetrantes que parecen mirar hacia el fondo del tiempo. Acaba de cumplir cincuenta y dos años. Su túnica arrastra uno de los bordes por el suelo y remueve una pequeña capa de polvo ocre. En su mente, esa misma nube polvorienta enturbia levemente la conciencia.

Hace mucho tiempo que se ocupa del arte de la lógica y que su pensamiento se enriquece con experimentos y comprobaciones. ¿Por qué, entonces, siente esta inquietud, este miedo? ¿Por qué se deja invadir por la terrible sensación de que se acercan acontecimientos inesperados? ¿Por qué siguen vivos en su recuerdo todos los seres queridos desaparecidos ya, las tardes de primavera en la Academia, el placer de aquellos días en los que discutía con Platón y combatía con pasión su punto de vista, él, un simple discípulo, o la turbia relación con Speusipo, sobrino de Platón, cuando se quedó encargado de continuar en la dirección de la Academia, y todo eso lo ve tan claro, a veces, como si sucediera ahora mismo? El cálido sentido de la amistad y el ácido sabor del rencor permanecen en la memoria, detenidos en un lugar desconocido que se asemeja al límite oscuro del tiempo, del que parecen venir ambos, como las nubes que llegan del mar empujadas por el veloz Céfito.

Con estas reflexiones se acerca el maestro a sus alumnos.

Es un día caluroso. El sol brilla con fuerza. La escuela, situada en las afueras de la ciudad, está rodeada de campos de olivos diseminados por el pequeño valle que preside, en lo alto de una pequeña colina, el templo de Apolo. Los jóvenes discípulos le esperan junto al comienzo de uno de los corredores.

Aristóteles se detiene junto a ellos.

Son jóvenes. Sus rostros son jóvenes. Sus cuerpos son jóvenes. Su mirada, sus ideas, sus gestos imprecisos, todo en ellos es joven, nuevo, maravillosamente inexperto. Están a punto de vivir. Llenos de curiosidad, de afán por explorar cada uno de los pliegues de la vida. Y él, el viejo maestro, con toda su sabiduría acumulada en largos y pesados años, ha perdido el futuro. Se le ha evaporado como se extingue la lozanía de una cortesana cubierta por el manto de la vejez.

Ningún maestro puede enseñar esto. Es patrimonio exclusivo de la vida. Una lección que cada uno tiene que aprender a solas. Nadie se conforma con la muerte. Nadie acepta el olvido.

—Regresemos al punto en el que nos quedamos ayer. El conocimiento sensitivo lo proporcionan los *sentidos*. Ellos nos permiten adquirir la información que llega sistemáticamente del mundo corpóreo.

Uno de los estudiantes se detiene un momento junto a Aristóteles. Es un joven de cabello negro como las alas de un cuervo y mirada aguda y brillante.

—Maestro —pregunta. Su voz es clara, su porte noble—, hay algo que no puedo comprender. ¿Cuál de los sentidos es el que hace desfilar ese número ingente de imágenes que habita nuestro pensamiento? ¿Cómo se organizan? ¿A qué leyes obedecen? ¿Qué son, querido maestro: fantasía o saber?

Aristóteles se queda pensativo. Sobre el pequeño montículo en el que se encuentra el templo se extiende un cielo limpio y azul. Alrededor de las columnas revolotean los vencejos. Entran y salen, las rodean, como si jugaran con ellas y se burlaran de su incomprensible inmovilidad. El alegre aleteo de los pequeños pájaros negros traza, visto desde lejos, una doble elipse invisible, una voluta en forma de lazo que envuelve las columnas. Aristóteles tiene, por un momento, la extraña sensación de que esa figura incierta representa el infinito.

—Observen el vuelo de los pájaros —dice extendiendo el brazo en dirección al templo—. Observen el movimiento. Díganme, después de observarlo, qué ven.

Los jóvenes se quedan en silencio.

—Trazan un rizo entre las columnas —dice el muchacho del cabello negro.

Aristóteles se dirige entonces al resto de los alumnos:

—Ustedes ¿ven realmente ese rizo? —les pregunta—. Cuando cesa el movimiento del pájaro, cuando finaliza su vuelo, ¿pueden seguir contemplando la voluta que trazara en el aire? ¿Pueden asegurar su existencia?

Ellos, todos a un tiempo, responden negativamente. El rizo sólo existe mientras dura el movimiento.

—Bien —reflexiona el maestro—. Ese trazo apenas visible, ese dibujo en el aire que con tanta rapidez se desvanece, es una información que nuestra vista nos proporciona. Ahora bien, supongamos que ese lazo, su forma, existe en nuestra percepción de otros momentos, que tenemos en la memoria varias representaciones de su tacto, de su materia. ¿No serán esa serie de informaciones acumuladas las que nos permiten reconstruir una figura que carece de materia concreta, que está hecha solamente de aire? ¿No habrá otro sentido que unifique las cualidades sensibles aprehendidas, un *sentido común* que las comunique, que ponga orden en las representaciones de nuestra imaginación?

Todos callan. Junto al camino de tierra hay un joven atleta lanzando el disco. Tensa el cuerpo, alarga el brazo, y la rueda vuela centelleante hasta que se estrella dos veces contra la tierra esponjosa y roja. Aristóteles habla ahora con los ojos nublados por la excitación. Tiene la vista fija en el suelo.

—Imaginemos que hubiera dos categorías de *sentidos*: los *externos*, entre los que podríamos mantener la clasificación que hicimos ayer (gusto, tacto, oído, vista y olfato), que proporcionan un número limitado de información sensorial y que sólo funcionan en presencia de objetos sensibles. Y otros, que podríamos llamar *sentidos internos*, que funcionan en ausencia de dichos objetos y que no producen sólo imágenes de la memoria o representaciones de la fantasía, sino que sirven para reconstruir, para formar, para dar cohesión.

El maestro hace una pausa. Luego, como si hablara para sí mismo, dice:

—Ese lazo representa muchas cosas. Es el vuelo de un pájaro, el espacio existente entre las columnas y, también, nuestra propia capacidad para establecer uniones. Es una *forma en movimiento*. Y es, precisamente, el movimiento lo que la hace existir y, al mismo tiempo, dejar de existir. El movimiento es un problema básico del saber.

El grupo ha llegado ahora al final de uno de los senderos. El sol calienta en lo alto. Entran en los umbríos pabellones botánicos. El olor de las plantas aromáticas y el suave frescor de la gran nave confortan al maestro.

—Todas las cosas se tocan en todos sus puntos y pertenecen a un movimiento continuo, uniforme. Pero sólo el movimiento circular puede ser continuo. Nuestra mente forma parte de algo más grande que nos sobrepasa y funciona como el resto de las cosas: en sentido circular. Los pájaros nos ha hecho ver, en esta ocasión, una forma que teníamos en el pensamiento.

Luego calla súbitamente. Piensa de nuevo en Platón y en la inmortalidad del espíritu.

Despide al grupo de alumnos. Desea permanecer un momento a solas. Tiene la impresión de que la vida del hombre, su propia vida, es como la imagen efímera que traza el vuelo negro de un pájaro: una representación, una conjetura recompuesta en un espejo de barro. Todo lo vivido, su paso por este mundo, se le antoja inconsistente, tan inaprensible como el rizo que trazaran los vencejos en torno a las columnas del templo. ¿Dónde ha quedado todo? Fuera de los libros que sus alumnos le ayudan a llenar de reflexiones, ¿qué quedará en el futuro? Cuando el paso de la historia sumerja su existencia en el olvido, cuando el pájaro ya no vuele entre las columnas, ¿quién será él? ¿Cómo pervivirá? El lazo figurado no existe sin ojo que lo vea. ¿Qué ojo será capaz de mirarle en el lejano tiempo que queda por venir?

El joven Albert abandonó la Oficina de Patentes a las diez y media de la mañana. Salió del edificio apenas comenzaba la jornada laboral. Llevaba su traje nuevo de cuadros: solapas cortas, botonadura alta, chaleco de la misma tela asomando por la parte más alta del pecho. El pelo oscuro y rizado le hacía parecer muy poco germánico. En su aspecto, quizá por su modo de andar, o por la forma nerviosa en que movía continuamente la cabeza, se observaba una inquietud anormal.

Entró en un café de la avenida Schaffhausen. Sacó papel y lápiz del pequeño maletín en el que llevaba sus últimos trabajos y escribió un par de cartas. La primera era para su esposa.

Querida Mileva:

Salgo en este momento con destino al lugar del que te hablé. Acabo de saber que debo partir inmediatamente. Espero que todo vaya bien durante mi ausencia.

Tu esposo,

ALBERT

La otra carta era para Maurice Solovine y para Conrad Habicht.

Berna,
22 de octubre de 1905

Estimados amigos:

Motivos que ahora no puedo explicar me obligan a ausentarme por un tiempo que desconozco, pero que espero sea lo más breve posible. Lamento tener que suspender nuestras queridas reuniones de la «Academia Olímpica» y espero que muy pronto podamos reanudar nuestras discusiones.

Os ruego, a los dos, que cuidéis de Mileva mientras dure mi ausencia y que visitéis mi casa como si estuviera yo en ella.

Vuestro amigo,

ALBERT EINSTEIN

Después, abonó la cuenta con precipitación y corrió hacia la parada de coches que había en la esquina de la calle Kroneckmann.

Einstein cogió el avión de Zurich y más tarde, en esa ciudad, cambió de vuelo rumbo a Atenas. Cuando este segundo avión despegó y se apagaron las luces de «no smoking», una azafata rubia y muy sonriente se acercó y le ayudó a desabrocharse el cinturón de seguridad. Para entonces, su pelo negro se había vuelto asombrosamente blanco y los ojos, que siempre habían sido un poco oblicuos, estaban rodeados de una piel minuciosamente cubierta de arrugas. No obstante, pese a la vejez, seguía luciendo sobre el labio superior su bigote de siempre que parecía enmascarar la sonrisa traviesa de un niño.

En Atenas hacía una mañana cálida y soleada. La luz era muy fuerte y Einstein se desabrochó la chaqueta del traje con el que saliera de Berna y que ahora le parecía extremadamente estrecho e incómodo. Subió a un coche y se quitó el chaleco y la corbata. A los diez minutos de camino, el conductor detuvo el coche y un individuo extraño se subió a él. Llevaba unos zapatos de tela con grandes hebillas cubiertos de polvo y lucía una enorme y larga peluca marrón que le caía sobre el pecho.

Al acomodarse dejó escapar un prolongado suspiro de fatiga.

—Es largo el viaje desde Woolsthorpe —dijo.

Einstein comprobó que aún tenía unas pequeñas hojas pegadas a la parte superior de su espalda y ese hecho le hizo sonreír para sus adentros, pues le imaginó durmiendo boca arriba bajo un árbol, la gruesa peluca apoyada en el tronco y un libro desmayado en el regazo. Como si hubiera adivinado sus pensamientos, el hombre sacó de su bolsa de viaje un grueso libro escrito en latín y comenzó a leer en silencio. Einstein, entonces, le reconoció.

—Me llamo Albert Einstein —se presentó.

El inglés levantó la cabeza de su lectura y dijo escuetamente:

—Soy Isaac Newton. Es un placer.

—Siempre quise saber si la historia que contaba Voltaire sobre la manzana es cierta o se trata sólo de un truco literario.

Newton cerró molesto las tapas de su *Principia*.

—Caballero —susurró algo irritado—, hace tiempo que he decidido no hacer públicas manifestaciones sobre mis descubrimientos. Si es usted científico, como sospecho, he de manifestarle mi total desagrado por las polémicas en las que, muy a mi pesar, se han visto envueltos muchos de mis trabajos. No deseo repetir la enojosa experiencia que tuve que soportar con Leibnitz.

Einstein calló tímidamente. Pero, al cabo de unos minutos, volvió a hablar.

—Estaba usted equivocado. Durante años el mundo estuvo equivocado. El tiempo absoluto no existe. Era una hipótesis falsa.

—*Hypotheses non fingo* —contestó Newton altaneramente.

Luego le miró de soslayo, con la barbilla dignamente elevada, y preguntó:

—¿Niega usted la existencia del tiempo matemático? ¿Cree usted, acaso, que el tiempo verdadero es ese artilugio convencional que mide la hora, el día, el mes y el año? ¿Sabe que, después de doscientos años, mis descubrimientos sobre la gravitación siguen siendo válidos y que los estudiantes aprenden las leyes del universo según mi concepción del sistema planetario? ¿O es que cree todavía en la explicación del charlatán de Descartes por la que la Luna y los planetas flotan en el éter y son extraños y mágicos remolinos los que los mantienen en su órbita?

Einstein dudó un instante y luego respondió:

—No he querido ofenderle. Pensé que en el lugar al que nos dirigimos estas cosas se podían comentar sin prejuicios, sin que nadie se sintiera aludido. Simplemente, he

trabajado durante muchos años con el mundo físico que usted nos legó y he llegado a otras conclusiones. No sé si son ciertas o falsas, yo mismo lo dudo a veces, pero sé que un razonamiento es hermoso cuando resulta convincente. Mi teoría sobre la relatividad del tiempo lo es. El tiempo depende siempre del sistema de referencia del observador.

Newton, visiblemente interesado, con una sonrisa maliciosa en el sonrosado rostro, se volvió hacia su acompañante.

—¿Usted cree? —dijo enseñando los dientes—. ¿Es usted capaz de negar que existe un tiempo eterno y uniforme que transcurre con total independencia de cualquier suceso exterior?

—Sí —contestó sencillamente Einstein.

Newton se revolvió nerviosamente en su asiento.

—¿En qué siglo vive usted? —preguntó.

—En el siglo XX —respondió Einstein—. Sabemos que hay una medida para la velocidad de la luz, que tiene un límite: 300.000 kilómetros por segundo. Es constante, no varía. Eso hace que el tiempo y el espacio se conviertan en valores relativos.

Newton sacó un pequeño pañuelo de encaje del bolsillo de su chaleco y se secó con él la frente. Miró a su compañero con desconfianza y dijo:

—Tendrá que explicarme usted eso más despacio. Creo que puede tener cierto interés. Espero que podamos discutirlo en una situación menos incómoda y apremiante.

En ese instante, el conductor detuvo el coche a la entrada de un lugar polvoriento y ruinoso. A lo lejos se veían los restos de lo que debió de ser un templo.

Einstein y Newton bajaron del vehículo, miraron a su alrededor y trataron de buscar un camino por el que continuar.

—¿Por dónde...? —preguntó desconcertado Newton.

El taxista se quitó la gorra y se rascó, pensativo, la cabeza. El pelo, negro y ensortijado, se le quedó revuelto en la coronilla.

—Creo que es aquí —dijo el hombre—. Aquellas deben de ser las columnas del templo de Apolo Likaios.

Einstein sacó un viejo pantalón de su maleta y allí mismo, delante de los otros, se desprendió definitivamente de la última prenda del traje de cuadros con el que saliera esa misma mañana de la oficina de Berna en la que trabajaba. Más cómodo, estiró varias veces las piernas y se ató el pantalón con la corbata. Luego repitió un cómico gesto, encogiendo los hombros varias veces, como si estuviera espantando el incómodo ataque de varias docenas de insectos. Newton le miró y movió la cabeza en señal de reprobación. Pero él también se había desprendido de la peluca y su auténtico cabello, fino y blanco, le hacía parecer menos altivo y un poco más corto de estatura.

El taxista les hizo una seña desde la entrada a lo que parecían unos antiguos jardines. Los dos se acercaron. Junto a una fuente seca, había un cartel de madera.

—«El tiempo es la imagen móvil de la eternidad» —leyó Einstein sin dificultad, a pesar de que el trozo de madera estaba deslucido y la ampulosa frase escrita en griego antiguo.

Newton le miró satisfecho. Levantó el dedo índice, señalando el texto del cartel, como si viniera a darle la razón.

—Pura filosofía —dijo Einstein—. Eso, como usted bien sabe, lo dijo Platón hace una infinidad de años.

Iba a contestar Newton, cuando vieron aparecer una larga fila de figuras, aparentemente humanas si no fuera por el sepulcral silencio con el que parecían entablar una profunda discusión, que penetraban por el fondo del ruinoso recinto y que se dirigían hacia un arco semiderruido que había a la derecha. Dudaron si debían aproximarse. Volvieron la vista hacia donde se encontraba su guía, pero el taxista había desaparecido.

Einstein entró primero. Se acercó, con pasos cortos y rápidos, a un judío de larga barba que parecía, como ellos, un poco perplejo. Al ver a Einstein habló en árabe:

—Yo quise hacer una exposición sistemática de la teología. Sólo eso. Si quieres saber algo más, pregunta al obispo de Hipona.

Einstein se encogió de hombros.

—Debe de ser Maimónides —dijo Newton en voz baja—. Siempre tuvo problemas para conciliar la filosofía de Aristóteles y la interpretación literal del Antiguo Testamento.

El viejo judío siguió a la comitiva, el rostro bajo y ensimismado, y los ojos insistentemente clavados en el empedrado camino.

—La verdad —musitó mientras se alejaba— es inalcanzable.

Einstein y Newton se miraron extrañados.

Un joven de rostro gótico, que llevaba una enorme mitra dorada sobre su cabeza y que poseía unos bellos ojos almendrados, se acercó a ellos.

—Más fácilmente dudaría de que vivo, que no de que existe la verdad —dijo tajantemente—. La verdad es eterna, necesaria e inmutable.

—Nosotros —dijo Einstein humildemente— buscamos una solución física, no una explicación filosófica. Hemos traído a este encuentro nuestras investigaciones sobre el tiempo, pero son simples fórmulas matemáticas.

—¡Ah, el tiempo! —exclamó el joven obispo—. *Si nemo ex me quaerat, scio; si quaerenti explicare velim, nescio*. El tiempo sólo tiene sentido cuando deja de ser. Está hecho de muchos instantes que nunca se dan todos a la vez. ¿Pueden, acaso, estar presentes cien años? ¿Un año? ¿Un mes? No, sólo el instante es presente. Y deja de serlo con rapidez, con la misma rapidez con la que se convierte en pasado. El tiempo es difícil de medir, muy difícil. Sólo puede sentirse cuando está fluyendo en el alma, ella es la única que puede abarcar el pasado con la memoria y el futuro con la previsión y la esperanza. Si todo estuviera quieto, si no se produjeran cambios, sucesos, no podría hablarse del tiempo. En la eternidad nada cambia porque todo está presente.

—¿Le dice a usted algo el concepto de eternidad? —preguntó Newton.

—No estoy seguro —respondió Einstein—. Creo que es un tema excesivamente metafísico.

San Agustín metió las manos en la casulla y les dio la espalda. El camino seguía siendo una especie de procesión insonora y silente.

—¿Vamos? —preguntó Newton.

Einstein le siguió.

Aristóteles estaba sentado en la misma posición que tomara cuando despidió a sus discípulos.

—Perdón, caballero —dijo cortésmente Newton—. ¿Es usted la persona con la que debemos hablar?

—Somos físicos —añadió Einstein.

—¿Os han indicado que buscarais a Aristóteles? —preguntó el anciano—. Si es así, creo que ya le habéis encontrado. —Sus ojos tenían un velo gris que los hacía parecer extrañamente descoloridos.

—No sabemos su nombre. Sólo que debemos encontrar a quién entregar unos trabajos sobre el tiempo.

—No sé... —El anciano dudó—. El tiempo es algo muy confuso.

—Usted —aventuró Newton— hizo una de las primeras definiciones.

—No recuerdo. Escribí algo sobre el tiempo... Si hago un esfuerzo, creo que lo definí como número del movimiento según el antes y el después. Pero se han perdido tantas cosas... Con el incendio de la Biblioteca de Alejandría, ya no tengo conciencia de lo que queda para las generaciones posteriores. Dedicé toda mi vida a escribir los tratados. Cientos de tablillas que se almacenaban en el Liceo... Y ahora sólo puedo recordar pasajes de mi propia existencia, sensaciones. Me cuesta un enorme trabajo recomponer mi pensamiento. Mi memoria parece no querer ocuparse de otra cosa que no sea el mundo emocional que está definitivamente perdido para mí. Soy un pobre viejo en manos de mis torpes recuerdos.

—Claro, si hubieras resuelto tu pensamiento en una ley, nada de esto ocurriría. Una ley es algo contundente, definitivo.

Un hombre extraño le dirige estas palabras. Newton cree que le resulta vagamente familiar. Tiene el gesto hosco y los pliegues de sus mejillas enmarcan verticalmente la boca. Luce una singular barba entrecana que parece la prolongación de su cabello por la parte delantera de las orejas y que le da la apariencia temible de un oso enfadado.

—¿Quién eres tú? —pregunta Aristóteles.

—Soy el hijo de Giulia Ammannati.

—¿Y tu padre?

—Mi padre es sólo un tendero que teme a su mujer.

—¿Qué quieres?

—Explicarte que luché contra ti en Pisa.

—¿Por qué?

—La catedral de Pisa tiene una lámpara muy hermosa. Una mañana, estaba yo en el interior, cuando se me ocurrió comprobar la duración de sus oscilaciones. Era mi primer año en la universidad de esa ciudad. Estudiaba el arte de la medicina. Experimenté, experimenté y experimenté. Creo que no puede haber ciencia si no se realizan experimentos.

—Eso no me dice gran cosa —se extrañó Aristóteles.

—En aquellos tiempos, la física aristotélica era la base de la tradición científica. Todo surgía de ti y se organizaba en ti.

Aristóteles miró el cielo azul. Los vencejos habían abandonado las columnas del templo de Apolo. La vida parecía haber desaparecido hace siglos de aquel lugar. Todo era irreconocible, un vaho irreal recorría el viejo Liceo. Sólo el cielo parecía el mismo: limpio, azul, luminoso y tremendamente bello.

—Pero yo no estaba de acuerdo. Demasiada especulación filosófica —continuó el italiano.

—Nunca supe hacer otra cosa —dijo Aristóteles.

Parecía cansado de aquel enfrentamiento. Miró a su contendiente y vio ante sí a un anciano de gesto huraño, casi ciego, muy merchado por alguna enfermedad degenerativa y que, no obstante, se comportaba como si aún tuviera el espíritu fuerte y vigoroso de su juventud. Hablaba con una gran falta de respeto, la falta de respeto que sólo esgrimen los hombres cuando son descaradamente jóvenes y el tiempo les permite cometer cualquier clase de errores. Parecía algo violento.

—Tengo el carácter de mi madre —dijo como si hubiera descifrado el pensamiento de Aristóteles.

Newton le miraba con gran interés. El italiano continuaba hablando. Era un torrente de palabras y parecía tener una deuda pendiente con el macedonio.

—Tu doctrina estaba duramente aferrada a la teología. Por eso, traspasó la oscura Edad Media y pervivió durante siglos. Por eso, y porque lo dejaste todo muy bien organizado. Y los hombres son terriblemente perezosos a la hora de investigar. Carecen de curiosidad. Encuentran más grato repetir el pensamiento antiguo que descifrar lo misterioso con la propia experiencia.

—Estoy totalmente de acuerdo —aseguró Newton.

Einstein se encogió de hombros nuevamente. Como si aquella discusión le interesase muy poco, sacó del bolsillo del pantalón una libreta y comenzó a escribir fórmulas y más fórmulas, hasta que la primera hoja quedó cubierta de una letra apretada y menuda.

En un momento dado, levantó la vista de su pequeño cuaderno, miró al viejo y ceñudo italiano, y dijo:

—Usted tenía razón, en parte. La Tierra se mueve. Pero eso no tiene importancia.

—¿No tiene importancia? —aulló el anciano—. Me condenaron por esa maldita afirmación.

Newton, entonces, reconoció a Galileo.

—¡Es usted! —exclamó admirativamente—. Debí imaginarlo. Kepler, usted y yo mismo, fuimos los que conseguimos una cosmovisión distinta de la de los griegos.

—Y tú ¿quién eres? —preguntó Galileo, achicando los ojos, hasta que quedaron reducidos a una simple línea alimentada por la luz azulada de sus pupilas.

—Me llamo Isaac Newton. Nací el mismo año en el que usted murió. Formalicé la ley de la inercia. Combinando los descubrimientos de Copérnico y Kepler sobre el sistema solar con sus leyes del movimiento, establecí una única ley fundamental: la de la gravitación universal.

El italiano no le prestó atención. Se volvió furioso hacia Einstein y dijo:

—La Tierra se mueve. Y eso es una cuestión de la máxima importancia.

Einstein guardó su libreta en el bolsillo trasero del ancho pantalón y sonrió con sus pequeños ojos judíos. En ese momento, tenía un aire ciertamente malicioso.

—No hay ningún movimiento absoluto. La Tierra gira o está en reposo. El firmamento gira o permanece estático. Es un problema de elección de coordenadas.

Volviéndose hacia Newton, que le miraba con ojos atónitos, continuó:

—Y la manzana puede permanecer flotando si el que la mira está cayendo a la misma velocidad que ella, con la misma aceleración. La fuerza gravitatoria depende del estado de movimiento del observador.

El italiano y el inglés se miraron furiosos.

Aristóteles, algo confundido, dijo tímidamente:

—Habláis de cosas extrañas. ¿No os habéis fijado nunca en la serena quietud de las estrellas?

—Nada es sereno en el universo —dijo gravemente Galileo—. Yo lo demostré con mi «viejo descubridor», el telescopio que fabriqué con estas manos.

Mostró las viejas manos con las palmas hacia fuera. Tenía un aire de niño desamparado. Luego, se dirigió a Einstein, y añadió:

—Hice lo que pude. Usé péndulos, construí telescopios, experimenté con los cuerpos en movimiento, proyecté máquinas militares y, sobre todo, les demostré que sus creencias eran una patraña: el universo no permanece en reposo; es una gigantesca máquina que se mueve y se mueve...

Newton se volvió hacia el científico judío y dijo a media voz:

—Fue un gran físico y un eminente matemático. El mundo cambió con él.

Einstein movió afirmativamente su cabeza blanca y observó que el viejo italiano se inflaba satisfecho, como un pavo real a punto de extender la cola.

Mientras tanto, Aristóteles paseaba pensativo alrededor del banco de piedra. De pronto, se paró en seco y, como si hubiera recuperado milagrosamente la memoria, preguntó:

—¿Qué hacéis vosotros aquí?

Los tres científicos le miraron asombrados.

—¿Cómo habéis podido llegar?

La pregunta se quedó suspendida en el aire mortecino de un intervalo.

En ese momento los vencejos volvieron a volar, los atletas lanzaron nuevamente sus discos y el guardabosques del emperador salió del Liceo, con su pesada jaula vacía. Aristóteles, junto al banco de piedra, comprobó que los extraños visitantes de la memoria futura habían desaparecido. Pensó que todo había sido producto de su vieja y fatigada imaginación. Un sueño absurdo. Levantó la vista hacia los campos amarillentos donde la mies tapizaba el suelo con un baño dorado y entonces lo vio: el cuaderno de aquel ridículo hombrecillo del bigote estaba allí, sobre el banco, lleno de incomprensibles signos que el tiempo había respetado. Ese hombre existía. En algún lugar... muchos años después... Era real. Iba a ser real en el futuro. Y todos los demás. Un día, en un recodo del tiempo, habían podido contemplarse mutuamente y escuchar aquello que pensaban. Asombrado, recordó un dicho macedonio que había oído muchas veces de labios de su padre: el tiempo no pasa, lo que pasa es la vida. Después se dirigió con paso seguro hacia el oeste, el lugar por donde se oculta el sol, con la esperanza de ver, siquiera por un breve segundo, el rostro del futuro reflejado en un espejo de barro.

Me desperté con una extraña sensación de angustia, como si en el transcurso del sueño hubiera perdido algún detalle importante en el que residía la única explicación posible sobre mi propia vida. Eran las tres de la mañana. Me levanté y me asomé a la ventana. A lo lejos, sobre el mar, las luces del último ferry todavía permanecían visibles. Hacía frío. Busqué el sobre de Gentile Bellini, que yo misma había dejado sobre la mesa la tarde anterior, y no lo encontré. Juro que había desaparecido. En su lugar, sobre la vieja bandeja de plata en la que deposito el correo, había un medallón de ámbar del que pendía una hermosa perla blanca.

Durante meses llevé aquel medallón sobre el pecho como si se tratara de un talismán. Solía pensar que Caterina Cornaro lo había olvidado premeditadamente y que el simple hecho de ponérmelo podía ayudarme a ser más fuerte y más feliz. También durante meses tuve la impresión de que íbamos a vernos de nuevo. Me mantenía en un estado expectante y un poco irreal, y solía mirar la silueta agrietada de los acantilados con la esperanza de verla aparecer en cualquier momento.

El tema sobre el que habíamos hablado aquella tarde me rondaba la cabeza y con frecuencia me veía invadida por una serie de ensoñaciones imprecisas que siempre conducían al mismo lugar: la posible inexistencia del tiempo. Escribí varios cuentos al respecto. En uno de ellos, una mujer que se había adueñado de mis recuerdos infantiles, la vieja casa de Begoña que luego se derribó para hacer un bloque de pisos, llegaba a Córdoba y se quedaba allí. En otro, había alguien que paseaba por un puente sobre el Danubio durante su viaje de novios, con el abrigo blanco y la bufanda rosa que yo llevaba siempre en aquella época feliz en la que también era una recién casada. Imaginé a Monet en Pourville y relaté la muerte de un escritor, Henry Steiner, cuyo cuerpo apareció junto al muro de su casa en una noche de luna llena. Era la primera vez que escribía sobre acontecimientos sobrenaturales, apariciones, o lo que fuera aquello, y yo misma me sorprendí, porque no creo en absoluto en ese tipo de cosas; pero noté que los cuentos mostraban de una manera bastante fiel el estado de duda que Caterina Cornaro se había empeñado en despertar en mí. Todo era ficticio y al mismo tiempo real. La escritura nos permite fabricar un mundo a la medida de nuestros más oscuros sueños, los hace visibles como si abriera una profunda grieta por la que se filtran las humedades y la viscosidad de algo que aparentemente no existe y que, sin embargo, está ahí. Guardé aquellos cuentos con la absoluta certeza de que nunca se los daría a leer a nadie. En el fondo me sentía avergonzada, como si hubiera traicionado ciertos principios de coherencia y racionalidad, aunque debo confesar que una íntima satisfacción me invadía cada vez que pensaba en ellos.

Tiempo después, una tarde brumosa de invierno, mientras revolví en mi biblioteca, y también encontré la carta perdida. Igual que en uno de esos cuentos que había escrito. En mi caso no estaba escondida en la cubierta de un viejo libro, ni me la habían enviado de forma anónima.

El sobre de Gentile Bellini, cuya desaparición yo había querido atribuir a un misterioso designio, apareció entre los bocetos de *La bella durmiente* de Baskt. Recordé aquella tarde lejana, el orgullo con el que se los había mostrado a Caterina Cornaro, y las confianzas que le hice después. Seguramente, obcecada por mis propias emociones, debí de recoger los bocetos sin verlo.

Entonces pensé en el medallón y sentí una terrible vergüenza. Todo había sido un malentendido, una estúpida confusión. Me había quedado con una joya que no era mía y que, seguramente, ella deseaba recuperar. Sentí una terrible vergüenza. Pensé que debía devolvérselo como fuera, pero recordé que Caterina Cornaro se había marchado sin dejar dirección alguna.

Abrí el sobre con la esperanza de hallar algún indicio que me indicara cómo hacérselo llegar. No encontré nada parecido. Sólo una invitación para asistir a la exposición de pintura veneciana que se iba a celebrar en el Szépművészeti Múzeum de Budapest. Pensé que era una casualidad terrible. Allí era donde Mario y yo habíamos pasado nuestra luna de miel y allí era donde habíamos conseguido los bocetos de Baskt. Por causa de estos recuerdos había empezado mi conversación con Caterina Cornaro.

La invitación venía dirigida a mi nombre con una nota manuscrita que firmaba Gentile Bellini, al que seguía sin poder recordar, pero que imaginé era el comisario de la exposición o el director del museo, o cualquier especialista en arte que me conocía personalmente de algún encuentro anterior. La muestra, prevista al parecer con excesiva antelación, aún no se había clausurado. Faltaban apenas tres días para que finalizara.

No sé lo que me impulsó a ir. Mentiría si dijera que sólo deseaba entregar el medallón de ámbar a su legítima dueña. En el fondo deseaba esclarecer mis dudas, y acaso apurar la sensación de que estaba viviendo una historia inquietante y misteriosa, como en los relatos fantásticos que me había empeñado en escribir durante los últimos meses.

Llegué a Budapest el último día de la exposición. Fui directamente desde el aeropuerto hasta el museo y dejé la maleta en la taquilla, al cuidado de una matrona húngara que apenas podía comprender mi rudimentario inglés cuando pregunté si podían avisar al señor Bellini. Me miró como si estuviera loca. No quise insistir. Compré el catálogo y dejé una generosa propina, con la esperanza de que esa pequeña venalidad me permitiera recorrer las salas tranquilamente, a mi aire, incluso después de que la mayor parte de un público obediente y silencioso abandonara el museo por indicación de los conserjes. Tenía la certeza de que el misterioso autor de la invitación daría señales de vida tarde o temprano. Pero no fue así. Cuando había visto apenas la mitad de las obras expuestas, aquellos preciosos retratos de Lorenzo Lotto, Giorgione o Romanino, de una intensidad inquietante y serena al mismo tiempo, o las grandiosas interpretaciones bíblicas de Tintoretto y Veronés, que te transportaban en el tiempo y creaban en el ánimo una sensación similar a la de los sueños, un corpulento guardián uniformado me obligó a seguirle hacia la salida. Protesté en todos los idiomas que conocía, pero no se inmutó, me condujo hasta la puerta a través de un laberinto de salas vacías, imperturbable y tenaz como sólo los vigilantes jurados saben serlo. La mujer de la taquilla me esperaba con la maleta. Señalaba insistentemente su reloj, pero yo no tenía la más mínima intención de irme sin encontrar lo que había venido a buscar a Budapest. Porfié con ambos durante unos minutos, intentando hacerles comprender que había venido desde muy lejos para ver esos cuadros. No hubo manera. De pronto recordé la invitación manuscrita de Gentile Bellini que estaba dentro de la maleta y la saqué. Se la mostré a la mujer. Ella no me comprendía y yo no paraba de insistir, Gentile Bellini, mister Bellini, *please*, quiero ver a Gentile Bellini... Al fin me entendió. Hizo un gesto de impaciencia y me llevó hasta una de las salas que todavía yo no había podido ver. Se paró junto a una pared y me señaló con ojos furiosos un cuadro.

En el fondo sospechaba que iba a ocurrir algo así. El cuadro que la húngara me mostraba lo había pintado Gentile Bellini entre 1429 y 1507. Se titulaba *La reina de Chipre*, y representaba a una mujer madura, de rostro sereno y mirada inteligente, que llevaba un precioso vestido renacentista y un medallón de ámbar del que colgaba una gran perla blanca. Me acerqué al pequeño cartel que había sobre la pared y leí la siguiente explicación:

La reina de Chipre, Caterina Cornaro, muerta en el año 1510, fue una de las más ilustres figuras femeninas del Renacimiento italiano. Bisnieta del dux Marco Cornaro, se casó con Jacobo II, rey de Chipre, y enviudó poco más tarde, gobernando la isla hasta que tuvo que renunciar a la corona. Rodeada de poetas y hombres de letras, llevó hasta su muerte una vida retirada en el señorío de Asolo, al pie de los Alpes y lejos de su Venecia natal. Fue pintada por Tiziano, Veronés y Bellini. Hay varias óperas dedicadas a ella, entre las que destacan las de Halévy y Donizetti.

No sentí preocupación, ni el más mínimo vestigio de temor, debo confesarlo. Aún hoy, al cabo de tanto tiempo, recuerdo este suceso con una sorprendente tranquilidad de ánimo. Podía haber sido un sueño, pero no lo fue. Podía tratarse de una mala jugada de mi imaginación, pero ella había estado realmente en mi casa, habíamos hablado de la inexistencia del tiempo, de los espacios fronterizos donde lo real se confunde con lo imaginario, de Aristóteles y Einstein, su mano se había posado cálidamente sobre la mía, y luego yo había soñado. Sucedió así. Simplemente.

Marian Izaguirre nació en Bilbao y reside en Madrid. En 1991 vio la luz *La vida elíptica*, obra con la que obtuvo el histórico Premio Sésamo. Desde entonces ha publicado seis novelas más: *Para toda la vida* (1991), *El ópalo y la serpiente* (1996, Premio Andalucía de Novela), *La Bolivia* (2003, Premio Salvador García Aguilar), *El león dormido* (2005), *La parte de los ángeles* (2011, Premio Ateneo de Valladolid), *La vida cuando era nuestra* (2013) y *Los pasos que nos separan* (2014). Es también autora del libro de relatos *La reina de Chipre*, publicado originalmente bajo el título *Nadie es la patria, ni siquiera el tiempo* (1999, Premio Caja España).

Edición en formato digital: marzo de 2015

© 1999, Marian Izaguirre

© 2015, Penguin RandomHouse Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin RandomHouse Grupo Editorial / Yolanda Artola

Imagen de portada: © Birgit Tyrrell / Arcangel Images

Penguin RandomHouse Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-90628-06-5

Composición digital: M.I. maqueta, S.C.P.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

[La reina de Chipre](#)

[Primera parte. La mujer de Ogród Saski](#)

[1. La mujer de Ogród Saski](#)

[2. La trocha de Mariel](#)

[3. El testigo rojo](#)

[4. Por las húmedas calles de Roma](#)

[5. Kumari, la diosa viviente](#)

[6. Isla Kampa](#)

[7. El recuerdo de Gellért](#)

[8. El sueño de Alexei Sechenko](#)

[Segunda parte. La reina de Chipre](#)

[1. La última noche de Henry Steiner](#)

[2. La doncella de Thouraine](#)

[3. Mi casa](#)

[4. Yo llevaba aquel abrigo claro y una enorme bufanda rosa alrededor del cuello...](#)

[5. La carta perdida](#)

[6. Hotel América](#)

[7. El caballo de ébano](#)

[8. La reina de Chipre](#)

[Biografía](#)

[Créditos](#)